



*Caminando
con el destino*

**WINSTON
CHURCHILL
Y ESPAÑA**

1874-1965

Winston Churchill





Winston Churchill de camino al Sínodo de la Iglesia ante el Rey, ca. 1911.
Topical Press Agency. Colección Hulton Archive. © Getty Images

Caminando con el destino
WINSTON CHURCHILL
Y ESPAÑA 1874-1965

Del 25 de marzo al 5 de junio de 2011

Sala El Águila. Madrid



Churchill Archives Centre

Comunidad de Madrid

Presidenta

Esperanza Aguirre Gil de Biedma

Vicepresidente, Consejero de Cultura y Deporte y Portavoz del Gobierno

Ignacio González González

Viceconsejera de Cultura

Concha Guerra Martínez

Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas

Isabel Rosell Volart

Subdirector General de Museos

Álvaro Martínez-Novillo

Asesora de Artes Plásticas

Lorena Martínez de Corral

Exposición

Esta exposición ha sido organizada por la Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas de la Vicepresidencia, Consejería de Cultura y Deporte y Portavocía del Gobierno de la Comunidad de Madrid.

Con la colaboración del Churchill Archives Centre (Cambridge), Chartwell House (Westerham) y Museo del Ejército (Toledo).

Comisario

David Sarias Rodríguez

Coordinación General

Concha Vela

Coordinación

Adriana Rexach

Pilar Gutiérrez

Documentación

Lucía Laín

Diseño y dirección de montaje

Enrique Bonet

Conservación

Teresa Cavestany

Facsímiles, copias y enmarcado

Cromotex

Traducción

Polisemia

Montaje

ExmoArte S.A.

Transporte

Manterola

Seguro

STAI

Catálogo

Editor

David Sarias Rodríguez

Textos

Roberto Villa García

David Sarias Rodríguez

Allen Packwood

Emilio Sáenz-Francés San Baldomero

Manuel Álvarez Tardío

Sir Martin Gilbert

Carlos Abella Martín

Responsable de Exposiciones

Temporales

Concha Vela

Coordinación

Marina Rodríguez

Adriana Rexach

Diseño gráfico

Fernando López Cobos

Traducción

Nichola Clayton

Polisemia

Fotomecánica

Cromotex

Imprenta

Comunidad de Madrid

Imagen de cubierta:

W. Churchill en 1939.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/4/1. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved

© De esta edición: Comunidad de Madrid

© De los textos: los autores

© De la traducción: Nichola Clayton,
Polisemia

Los editores han hecho el mayor esfuerzo para localizar a los propietarios de los derechos de cada imagen reproducida en este catálogo.

ISBN: 978-84-451-3379-8

Depósito legal: M-9151-2011

Agradecimientos

Manuel Flores Camará

Catalina Luca de Tena

Pedro Romero de Solís

Archivo ABC

Federico Ayala Sorensen

Archivo General de la Administración,

Ministerio de Cultura

Mercedes Martín Palomino

Ángeles Santoyo Romero

Archivo Oronoz

Silvia Cermeño

Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

Antonio González Quintana

Nieves Sobrino García

Arxiu Nacional de Catalunya

Conxi Petit Cebrián

Asamblea de Madrid

Pedro Muñoz

Chartwell House

Alice Martin

Churchill Archives Centre

Sarah Lewery

Allen Packwood

Madelin Terrazas

Churchill Heritage Limited

Anthea Morton-Saner

Colección ABC

Lucía Báez García

Curtis Brown

Gordon Wise y John Parton

Fundación Hispano-Cubana

Cristina Álvarez Barthe

Flores Chaviano

Getty Images

Lluís Pascual

Gtres, Associated Press

Manuel Montero

Library of Congress (Washington)

Museo del Ejército de Toledo

General Antonio Izquierdo, director

M.^a Cristina Giménez Raurell

Carmen Pérez de Andrés

La Comunidad de Madrid, en su compromiso por acercar las mejores exposiciones a los madrileños, tiene el privilegio de presentar en la Sala El Águila la exposición *Caminando con el destino. Winston Churchill y España: 1874-1965*, que nos acerca una de las figuras históricas y políticas más extraordinarias del siglo XX y el mundo en el que vivió y que contribuyó a modelar.

La exposición, más allá de los años de la Segunda Guerra Mundial, presenta la atractiva y compleja trayectoria de Sir Winston Churchill. Desde el imperio victoriano hasta la Guerra Fría, la exposición presenta todas sus facetas: soldado y héroe militar, periodista y reportero de guerra, biógrafo e historiador, líder político y pensador liberal-conservador.

La exposición muestra por primera vez en el continente europeo la colección documental y los efectos personales custodiados por el Churchill Archives Centre de Cambridge y Chartwell House, la extraordinaria casa-museo de Sir Winston Churchill.

De entre los fondos cedidos por el Churchill Archive destacan, sin duda, los manuscritos originales de discursos célebres como *The Few* («Los Elegidos»), en el que Sir Winston celebró el heroísmo de los pilotos de la RAF durante el terrible año de 1940, o el que pronunció en Zúrich en 1946 para abogar por la unidad de Europa y el triunfo de la democracia liberal.

Los madrileños y quienes nos visitan podrán conocer el lado más personal del estadista británico gracias a los fondos cedidos por Chartwell House, que incluyen los lienzos y pinturas realizadas por Churchill hasta el final de su vida, sus conocidos bastón negro y sombrero de copa, el dictáfono y las máquinas de escribir empleados en la redacción de su extensa producción literaria.

También presentamos piezas del Museo del Ejército de Toledo, de entre las que destaca la medalla a la Campaña de Cuba, de la que Churchill fue receptor, así como apoyos documentales y gráficos cedidos por varios archivos españoles.

Por medio de esta exposición, la Comunidad de Madrid ofrece a los madrileños la oportunidad de examinar la relación de afecto e interés que Churchill sintió por España y con los españoles desde que obtuvo sus primeros laureles militares junto a los soldados españoles en la Cuba de 1895 hasta el final de sus días.

Quiero agradecer el trabajo de todas las personas e instituciones que han hecho posible esta exposición, sin precedentes fuera del mundo anglosajón, que estoy segura de que todos los madrileños y quienes nos visitan disfrutarán.

Esta exposición, que está llamada a convertirse en una cita ineludible del calendario cultural español, permitirá descubrir a uno de los estadistas más relevantes de la historia, a uno de los mejores oradores y a un líder político que unió a una nación en defensa de la libertad.

Esperanza Aguirre Gil de Biedma
Presidenta de la Comunidad de Madrid

Índice

11

Introducción

David Sarias Rodríguez

15

Del liberalismo a la democracia: el sistema político británico en la época de Churchill

Roberto Villa García

31

Churchill: la juventud de un aventurero en la era victoriana

David Sarias Rodríguez

43

Churchill: el joven político, 1900-1930

Allen Packwood

55

Winston Churchill y España, 1936-1945

Emilio Sáenz-Francés San Baldomero

73

Los últimos años de Churchill: paradojas de una victoria incompleta

Manuel Álvarez Tardío

89

Winston Churchill: una reflexión

Sir Martin Gilbert

99

Dos cartas para España

Carlos Abella Martín

103

English Texts



Introducción

Winston Churchill (1874-1965) es uno de los personajes británicos –desde luego el *político*– más universales de todos los tiempos. Los textos incluidos a continuación y la exposición a la que acompañan introducen la figura del estadista británico al público general español enfatizando aquellos elementos –algunos relativamente poco conocidos– que unieron su trayectoria vital con España. Así, tanto la exposición como los textos del catálogo sitúan a Churchill en el cambiante y complejo contexto histórico que media entre el joven oficial de caballería decimonónico y el líder de una nación sometida al terror nuclear de la Guerra Fría. Tal y como se reflejó en los impulsos aventureros que le llevarían a recorrer medio mundo hasta convertirse en un héroe de guerra, Churchill nació y se educó en los valores victorianos que marcaron el apogeo imperial del Reino Unido. Sin embargo, a partir de la Gran Guerra su vida adulta estaría dominada por el progresivo, y doloroso para Churchill, declive británico. Es difícil exagerar la agonía que Churchill, sabedor de la limitada capacidad de acción de Gran Bretaña, sufrió ante el ascenso de los fascismos y durante su determinada resistencia en los terribles meses de soledad durante la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1942, su firme oposición al expansionismo soviético también se vería extraordinariamente condicionada por la creciente e inevitable subordinación a los

Estados Unidos. Sin embargo, Churchill jamás renunció a que Gran Bretaña jugara un papel como potencia global. Dicha postura explica, en gran medida, su firme apoyo al proceso de integración europea –reflejado, por ejemplo, en el célebre discurso pronunciado en Zurich en 1946 e incluido en la colección expuesta– como mecanismo garante de la paz en el continente, junto a su apasionada defensa de una Gran Bretaña autónoma, capaz de operar simultáneamente en el teatro europeo, como *partenaire* privilegiada de los Estados Unidos y como centro de la comunidad de naciones surgida del Imperio.

En segundo lugar, nuestra empresa recoge el continuo, aunque relativamente poco conocido, vínculo que unió a Churchill con España y que reflejó fielmente la evolución del pensamiento y las actitudes del premier británico. Así, sus puntos de vista acerca del dominio español en Cuba, en general comprensivos hacia la posición española y opuestos a las crecientes veleidades intervencionistas de los norteamericanos –representadas en la exposición mediante, por ejemplo, la medalla al mérito militar que las autoridades españolas concedieron a Churchill y fragmentos de los numerosos artículos de nuestro protagonista acerca de la cuestión– deben enmarcarse en el contexto de la sociedad victoriana y del apogeo del gobierno imperial británico. Estas realidades también contribuyen a explicar la

amistad y el afecto que unieron a Churchill con españoles de tanta relevancia política como Alfonso XIII o Jacobo Fitz-James Stuart, Duque de Alba –reflejadas en la exposición mediante los intercambios epistolares entre Churchill y ambos personajes, además mediante las atractivas fotografías tomadas durante las estancias de Churchill en nuestro país–. Inevitablemente, la posición británica en el concierto internacional se uniría a la educación de Churchill y a estos lazos afectivos para condicionar la actitud de Sir Winston ante España. Así, la falta de preparación británica explica en gran medida la extrema cautela de Churchill ante la Guerra Civil española, reflejada en los numerosos artículos en defensa de la política de no-intervención como el famoso «La Tragedia Española», incluido en la exposición, y que contrastaron vivamente con el firme rechazo de Churchill a las políticas de apaciguamiento perseguidas por el gobierno de Londres frente a Hitler. La debilidad, magnificada por la guerra y el progresivo ascenso de la Unión Soviética y los Estados Unidos como superpotencias dominantes, también contribuye a explicar el pragmatismo de Churchill ante la ambigüedad de la España franquista durante la Segunda Guerra Mundial –recogida en los telegramas expuestos, en los que un Churchill y Franklin Roosevelt debaten cómo tratar con los españoles a lo largo de la guerra–. La debilidad, sin duda reforzada por el fuerte anticomunismo de Churchill, también contribuyó a la voluntad de éste por no arriesgar la desestabilización interna de España y, por tanto, por tolerar al régimen franquista –voluntad continuada por los

laboristas del gobierno Attlee y reflejada en la larga misiva enviada por Churchill a Franco ya en las postrimerías de la guerra y que se incluye en la colección expuesta.

En tercer lugar, tanto la exposición como los textos incluidos a continuación se detienen en un examen del papel de Churchill en la adaptación del discurso liberal-conservador al ascenso del intervencionismo estatal de corte keynesiano y la expansión de los modos políticos propios de las democracias avanzadas. Tal y como se refleja en su temprano discurso de 1899 y en el ejemplo similar de 1951, ambos incluidos en la colección expuesta, la postura de Churchill hacia la labor asistencial del gobierno transitó de lo que Allen Packwood denomina en estas páginas como «paternalismo victoriano» a la aceptación plena del estado de bienestar en general y la sanidad pública gratuita en particular. En lo que se refiere a la gestión económica, la pésima experiencia personal de Churchill con el agonizante *laissez faire* vinculado al patrón oro tardío de los años de entreguerras, unida a la evidente preferencia del electorado por gobiernos activistas le llevaron a respetar y aceptar la creciente labor reguladora y, en definitiva, intervencionista del Estado en la vida económica nacional.

Desde el punto de vista plástico y emotivo, la colección expuesta recoge una rica selección de objetos personales –desde un pasaporte en el que se incluyen los visados españoles que Churchill utilizó en 1959 hasta los útiles de pintar que Churchill utilizó en los últimos días de su vida pasando por los sombreros de copa y el bastón comúnmente asociados con la imagen pública

Churchiliana—. A estos objetos se añade una completa colección documental y fotográfica que ilustra las diferentes facetas de Sir Winston abordadas en este proyecto. Así, una selección de imágenes de Sir Winston en España —durante sus visitas a nuestro país en 1914 y 1959— acompañan el capítulo escrito por Roberto Villa, quien abre este compendio con un texto que sirve para comparar el sistema político británico con el español e introduce al lector de este lado de los Pirineos en las peculiaridades del teatro político en el que Churchill desarrolló su extraordinaria vida pública. El segundo texto acompaña a la primera sección de la exposición y contempla la primera etapa vital de Churchill, poniendo el énfasis en el viaje que éste realizó a Cuba en 1895, en plena postrimería de la España imperial, reflexionando sobre la importancia de la posición social y el carácter de Churchill en el desarrollo de su fulgurante carrera política. El texto incorpora, asimismo, una selección de fotografías que muestran gráficamente al joven Churchill desde su infancia hasta su juventud pasando por su etapa en la escuela militar de Sandhurst, además de a su círculo familiar más íntimo y el entorno que le acogió en Cuba. Allen Packwood, actual director del Churchill Archives Centre, en el que están custodiados los papeles personales de Sir Winston, contribuye a nuestra empresa con un texto centrado en la primera etapa política vivida por Churchill —desde finales del siglo XIX hasta los años treinta— cuyo acompañamiento fotográfico incluye elementos como la famosa imagen de un joven (y frustrado) Churchill prisionero de los Boers, así como ejemplos de su

etapa en varias secretarías de Estado, inclusive una peculiar fotografía junto al famoso Lawrence de Arabia, pasando por su retorno a la vida militar durante la Gran Guerra. El profesor Emilio Sáenz-Francés recoge aquí el testigo para evaluar y explicar la actitud de Churchill hacia España durante los años treinta y cuarenta, análisis acompañado por algunas de las más impactantes fotografías de Churchill en su «hora más grande». Emilio Sáenz-Francés incluye aquí una valoración de la evidente desconfianza hacia el gobierno legítimo de la República durante la Guerra Civil, así como la difícil relación bilateral —triangular si también incluimos a los norteamericanos— hispano-británica durante la Segunda Guerra Mundial. La última etapa vital de Churchill es examinada por Manuel Álvarez Tardío, incluyendo el ajuste a las nuevas realidades de las postguerra —fielmente reflejadas mediante, por ejemplo, instantáneas tomadas mientras Churchill pronunciaba los famosos discursos de Fulton y Zurich— con un especial énfasis sobre la adaptación de la tradición de pensamiento liberal-conservador, a la que Churchill pertenecía, al desarrollo de la socialdemocracia keynesiana. Por último, Sir Martin Gilbert, biógrafo oficial de Churchill, nos ofrece una reflexión personal acerca de algunos de los mitos persistentes que aún parecen adherirse a la percepción del carácter y la personalidad de Churchill, acompañada por una selección de imágenes centrada en los aspectos más personales e íntimos de la vida de Churchill —de entre las que destaca la entrega del premio Nobel de literatura y el resultado de la pasión de Churchill por la pintura.



Del liberalismo a la democracia: el sistema político británico en la época de Churchill

La dilatada vida de Winston Churchill (1874-1965) forma parte de una de las etapas más apasionantes de la política europea. El último cuarto del siglo XIX y el primero del XX constituyeron una época de transición desde los regímenes representativos liberales a la democracia de masas tal y como hoy día la concebimos. Este proceso conllevó cambios en los sistemas políticos europeos. A grandes rasgos, la soberanía compartida entre monarcas y parlamentos basculó a favor de estos últimos; el derecho de voto restringido a contribuyentes y capacidades intelectuales dejó paso al sufragio universal; la mujer dejó de tener un papel marginal en la vida política para adquirir los mismos derechos cívicos que el varón; los partidos políticos dejaron de ser agrupaciones elitistas, que se activaban circunstancialmente para las elecciones y el trabajo parlamentario, y pasaron a convertirse en organizaciones permanentes con un número imponente de afiliados, y, por último, la supremacía de los partidos liberales comenzó a ser contestada por corrientes políticas alternativas como el obrerismo, el

corporativismo confesional o el nacionalismo autoritario.

Los cambios en las costumbres y la vida política, sin ser revolucionarios, se aceleraron al mismo ritmo que los económicos, los sociales y los culturales. Los años que transcurren entre 1870 y 1914 son los de la llamada Segunda Revolución Industrial, de brillantes innovaciones y de raudos cambios tecnológicos, de la concentración empresarial, de la revolución de los transportes y de las comunicaciones. Es el periodo donde eclosiona el comercio internacional, el de los últimos descubrimientos geográficos y del definitivo conocimiento de toda la superficie del planeta, de la secularización y del triunfo de la ciencia, paralelo al del racionalismo y al positivismo. Es la época de desarrollo de los sindicatos modernos y de las organizaciones patronales, de las políticas sociales de los Estados, del crecimiento y profesionalización de la administración, de la expansión de la alfabetización y de la escuela pública. Manifestaciones como el urbanismo o las diversas corrientes artísticas reflejan también estos cambios. Son los años del cine y de la popularización de los espectáculos más elitistas, de la luz eléctrica, del automóvil y de la fotografía, de nuevas

Visita a Alemania para recibir el Premio Carlomagno, 1956.
Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill.
CSCT 5/8/129. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars
of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

formas de vida y ocio que, en fin, anuncian el mundo que hoy conocemos. Sin embargo, en este periodo nacieron algunas patologías que difícilmente hubieran prosperado sin el desastre de la Primera Guerra Mundial: la exacerbación del proteccionismo económico, la rivalidad creciente entre los diversos imperios coloniales, el socialismo revolucionario, el desarrollo de las teorías «socialdarwinistas», del nacionalismo racista, y de un catolicismo corporativo y antiliberal.

Churchill y la Europa de su tiempo también conocieron una etapa intermedia menos optimista, que interrumpió la senda abierta a la modernidad que había marcado la anterior. El periodo de 1914 a 1945 abarcó verdaderos *annus horribilis* para la civilización europea. La aparente estabilidad internacional que surgió tras la guerra entre Francia y Prusia (1870-1871) se quebró con dos destructivas guerras mundiales. En ambas, el escenario europeo fue el más perjudicado, con millones de víctimas mortales y una devastación sin precedentes de ciudades y campos. El triunfo del comunismo en Rusia arruinó la oportunidad de transformación hacia la democracia que para este país se había abierto en febrero de 1917. Por si fuera poco, la vocación internacionalista del comunismo se constituyó en un factor de inestabilidad decisivo en muchos otros países europeos. Junto a él, el ascenso de un nacionalismo totalitario acabó por lastrar la difícil transición del liberalismo a la democracia. Ésta se truncó en los países

del sur de Europa, mientras que los regímenes parlamentarios implantados en la Europa del Este después de la Primera Guerra Mundial no perduraron y dieron paso a dictaduras de derecha. El fascismo se adueñó de uno de los países más importantes del continente, Italia. Y el nazismo destruyó la República y forjó una dictadura revolucionaria en Alemania, la pieza clave de la que dependía la estabilidad de toda la Europa continental después de la Paz de Versalles (1919).

La crisis no era sólo política. El optimismo liberal, la confianza en el individuo, el racionalismo y el positivismo científico declinaron por completo en esta etapa. Se popularizaron nuevas concepciones que abundaban en la idea de comunidad, en la supremacía de lo colectivo, en el irracionalismo y el voluntarismo, que influyeron en el método científico y en las corrientes artísticas. La expansión del comercio internacional se estancó durante la Primera Guerra Mundial para retraerse tras la gran crisis de 1929, que dio paso a un exacerbado nacionalismo económico. Esa crisis también constituyó un aldabonazo que destruyó la confianza en el sistema de libre mercado y en su capacidad de procurar la prosperidad a un número creciente de personas.

Sólo después de 1945, Europa retomaría las formas políticas, económicas y culturales que se estaban pergeñando antes de la Primera Guerra Mundial. No obstante, lo haría en un ambiente marcado por la incertidumbre. Ésta la introdujo



Lord Winston S. Churchill en Madrid. «El Ministro de Marina de Inglaterra, Lord Winston S. Churchill, con el Duque de Alba y el Marqués de Villavieja, disponiéndose a comenzar un partido en el Real campo de polo de la Casa de Campo».

Madrid, 16 de abril de 1914. Foto GONI. Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración. 03 (083). Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio. Prensa Gráfica Extranjera. F-00368-004.

el declive y la división de Europa y del mundo en dos bloques, el liberal-democrático y el comunista, y el enfrentamiento larvado entre las dos grandes superpotencias que los lideraban: Estados Unidos y Unión Soviética, conocido como Guerra Fría. En realidad, hasta la disolución de la URSS en 1991, los sistemas liberal-democráticos no recuperaron la situación de absoluta hegemonía perdida en 1914. Winston Churchill no llegaría a verlo: su muerte en 1965 se produjo en un momento de relativa distensión en la lucha, cuando el equilibrio nuclear hacía que no se vislumbrase a corto plazo una derrota del totalitarismo soviético.

Los cambios políticos en vida de Churchill, que hemos delineado con trazo grueso, no se produjeron de forma mimética en todos los países europeos. De hecho, el político británico tuvo la suerte de vivirlos desde un plácido observatorio, la Gran Bretaña de su tiempo. Obvia-

mente, su país también se enfrentó a problemas muy serios durante la etapa de entreguerras. Desde luego, fue también protagonista y víctima de ambas guerras mundiales. No obstante, todos esos problemas se afrontaron en un marco político muy estable. Gran Bretaña completó la transición del liberalismo a la democracia con éxito, de manera gradual, pausada y sin grandes convulsiones. Las reformas, lejos de debilitar las viejas instituciones de gobierno, parecieron reforzarlas, modernizarlas e insuflarles el plus de legitimidad básico para afrontar el desafío que representaban los autoritarismos nacionalista y comunista. Frente a evoluciones políticas más o menos abruptas como las de Francia o España, donde la tradición revolucionaria hacía que la rivalidad entre los partidos se ventilase con muy poco respeto al marco institucional vigente, Gran Bretaña se mostró siempre como el Estado liberal modelo.

El país en que por vez primera vio la luz Churchill (1874) era entonces, y de manera incontestable, la primera potencia mundial. Económica y militarmente sólo podían compararsele, y aún de manera desventajosa, Alemania y Estados Unidos. Gran Bretaña agrupaba, además, el imperio colonial más extenso del mundo y aún se encontraba en plena expansión por África y Asia. Eran los años de la *splendid isolation*, la época dorada del orden liberal en un ambiente aún aristocratizante. Pero también los años de consolidación de una amplia clase media de propietarios y arrendatarios rurales, industriales, comerciantes, profesionales liberales, funcionarios y obreros cualificados a tono con las necesidades de la economía capitalista. En fin, una particular *belle époque* británica que se adelantaba respecto a otros países en el otoño de la Era Victoriana.

En efecto, el largo reinado de Victoria I (1837-1901) representó, sin duda, el momento más álgido de ese país. Políticamente, el nacimiento de Churchill coincidió con el segundo gobierno de Benjamin Disraeli, el primer y único *premier* de origen judío de la historia del Reino Unido. Los remozados conservadores, ahora en el poder, habían de vérselas en las elecciones con los nuevos liberales de William Gladstone. Las guerras coloniales, las reformas sociales y sobre todo el problema irlandés en sus múltiples vertientes (autonómico, religioso, económico) eran las cuestiones más candentes. Pero el último tercio del siglo XIX fue, dentro

de un marco institucional aparentemente invariable, una época de aceleración de los cambios dentro del sistema político británico. Puede decirse que fue entonces cuando Gran Bretaña comenzó su proceso de democratización, que se cerraría básicamente en 1928.

Pero, ¿cuál era la estructura institucional sobre la que se implementarían estas reformas? ¿Cómo funcionaba a grandes rasgos el sistema político británico? Se ha popularizado la afirmación de que Gran Bretaña no tiene Constitución escrita, y sin embargo no es exactamente así. La diferencia con otros países, como España, reside en que la Constitución no codifica en una sola disposición legal los principios y normas fundamentales que rigen su sistema político. Por el contrario, esa Constitución abarca un conjunto de leyes diferentes que se fueron superponiendo unas a otras a lo largo del tiempo: la Carta Magna de 1215, la Ley del *Habeas Corpus* de 1679, la Declaración de Derechos de 1689, la Ley de Instauración de la Corona (*Act of Settlement*) de 1701, la Ley de Unión con Escocia de 1707 y, quizás la más importante para el asentamiento del sistema representativo liberal: la Ley de Reforma de 1832. A estas disposiciones se unían una serie de costumbres o convenciones no escritas que suplían los aspectos no regulados por las leyes.

En cierto modo, este tipo de constitucionalismo era herencia directa del Antiguo Régimen, con el que Gran Bretaña nunca llegó a romper



Fiesta del partido, 1956.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill, CSCT 5/8/130, Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

del todo. O quizás lo hizo de esa peculiar manera mediante la que el peso de la tradición y el respeto por el pasado no impedían una modernización progresiva. La originalidad del Reino Unido respecto a otras naciones como España era notable. En nuestro país, al igual que en la mayoría de los países europeos, se impuso la ruptura revolucionaria con el Antiguo Régimen y la definición del Nuevo por una Ley Fundamental que pretendía salvaguardar, codificándolos, todos los cambios normativos e institucionales. Ciertamente que el camino elegido por los británicos retardó algunas reformas políticas y administrativas que se impusieron con rapidez en España durante la primera parte del siglo XIX, pero salvaguardó con éxito la estabilidad del sistema.

En nuestro país la ruptura con el Antiguo Régimen fue bastante drástica. Aunque las reformas introducidas por los liberales contribuyeron decisivamente a implantar el régimen representativo, su puesta en marcha generó mucho menos consenso entre la elite política. El precio a pagar fue dosis mayores de inestabilidad institucional que tuvieron su expresión más acabada en las «Constituciones

de partido» del siglo XIX. En los comienzos del régimen representativo, los grupos políticos españoles tenían su propio modelo constitucional y aspiraban a implantarlo una vez en el poder sin tener en cuenta las aspiraciones de los demás. De ahí que cuando se promulgó la Constitución de 1876, España estrenase ya su sexta Carta Magna.

De todas formas, para que la comparación sea justa, no cabe achacar sólo a factores internos la distinta forma de afrontar la implantación del régimen representativo en uno y otro país. El terremoto que provocó el expansionismo napoleónico en toda Europa fue una difícil prueba de la que Gran Bretaña salió airosa y reforzada. Más importante aún, este país no sufrió la guerra en su territorio y, por tanto, su independencia y su estructura institucional tradicional no peligraron seriamente.

Por el contrario, España fue un país en guerra continua desde 1793 hasta 1840. Peor aún, sus viejas instituciones no supieron responder a la invasión napoleónica y se hundieron en 1808, mientras su elite política se dividía en *afrancesados*, partidarios de aceptar los hechos consumados y acatar la monarquía impuesta de José Bonaparte, y *patriotas*, que promovieron la rebelión y la lucha armada contra los franceses. Los últimos lograron la victoria militar pero no consensuar un nuevo marco institucional común. Los liberales pretendían edificar un nuevo sistema político, mientras que los «realistas» deseaban promover reformas desde



W. Churchill y Clementine a bordo del Yate Christina en Tenerife, 1959.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/8/161. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

la legislación del Antiguo Régimen o retroceder sin más a 1808. La sima que les separaba resultó tan profunda que el problema acabó ventilándose en una larga guerra civil, larvada entre 1814 y 1833 y abierta entre 1833 y 1840. El hecho de que la reforma institucional tuviese que resolverse durante tan largo tiempo y mediante la exclusión violenta del contrario resultó fatal, porque acabó repercutiendo sobre la cultura política del país durante treinta años más. Y es que, tras la victoria final de los liberales, los partidos que se crearon disputaron el poder volviendo a excluirse el uno al otro, como habían hecho liberales y «realistas» y forzando su llegada al poder y las reformas constitucionales con la ayuda de motines revolucionarios y *pronunciamientos* militares. Curiosamente, el nacimiento de Churchill coincidió con el final de esta etapa en España. El nuevo régimen representativo que auspició Cánovas del Castillo desde 1874, codificado en la nueva Constitución de 1876, abrió el periodo político más estable de la historia contemporánea de nuestro país.

Además, no hay que olvidar que, si bien Gran Bretaña supo preservar mediante reformas graduales la estabilidad institucional, este método le supuso también quedarse algo rezagada en la adopción de algunas de las innovaciones políticas que acompañaron la progresiva implantación del liberalismo. En la que suele considerarse «cuna del parlamentarismo» apenas si existían en el siglo XIX frenos

legales frente a una intervención abusiva de la Corona. De hecho, hasta el siglo siguiente, las funciones de ésta no serían reguladas, al menos por defecto. Entonces, sólo el respeto al derecho político consuetudinario por parte de la Corona, la «costumbre» no escrita instituida tras décadas de convulsiones y guerra civil en el siglo XVII, preservaba la primacía del parlamento y establecía más bien *de facto* una monarquía constitucional. Por el contrario, en España la limitación legal del poder regio fue un hecho desde el primer texto constitucional de 1812 y, formalmente, estaba también consagrada en el de 1876. Otra cosa es que, en la práctica, las circunstancias excepcionales en las que se estableció el régimen liberal en España acabaran haciendo de la Corona el verdadero árbitro político de las enconadas disputas entre unos partidos y otros.

Formalmente, el parlamento británico tenía a finales del siglo XIX un aspecto y también un funcionamiento arcaizantes, comparándolo con el español. Hasta 1911 las legislaturas británicas podían durar hasta siete años y sólo a partir de ese año se redujo a un máximo de cinco, una medida que en España ya se había implantado en 1845 y para sustituir periodos más cortos. Bien es cierto que, en la práctica, ni en uno ni en otro país las legislaturas duraban tanto tiempo. De hecho, la Corona solía disolver antes las Cámaras a petición del jefe del gobierno. Pero mientras que en España la disolución afectaba a ambas, porque nuestra



W. Churchill y Onassis jugando a las cartas a bordo del Christina, 1959.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/8/162. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

Cámara Alta, el Senado, tuvo siempre una parte electiva desde 1837, su equivalente británico, la Cámara de los Lores, no se renovaba en ningún caso por sufragio. Al contrario, todos los Lores lo eran por derecho propio (obispos, magistrados y títulos nobiliarios que heredan el cargo) o designados por la Corona y que ostentaban el cargo toda la vida. Esa falta de representatividad no era óbice, sin embargo, para que pudieran vetar la legislación aprobada por la Cámara Baja, la Cámara de los Comunes, que sí era completamente electiva; para que pudieran erigirse en Corte Suprema de Apelación y, además, para fiscalizar la labor del gobierno. Si bien es cierto que los Comunes conservaron siempre cierta

primacía a la hora de legislar, en realidad no se convirtió en predominio claro y rotundo hasta principios del siglo XX.

La pieza clave del sistema representativo británico era la Cámara de los Comunes. Junto con el gobierno (encabezado por el *cabinet*), aquella fue la institución que cambió en mayor medida su funcionamiento para adaptarse a los principios propios de un sistema democrático. Si bien en su reglamento interior pervivían costumbres que databan del *unreformed system* (el sistema anterior a 1832), en vida de Churchill tuvo lugar una serie de cambios entre los que destacó la instauración del sistema de *comisiones*. Estas instituciones evidenciaban la creciente complejidad de los asuntos que se trataban

en el parlamento: las constituían un mínimo de 16 diputados especialistas en determinadas materias y estaban encargadas de organizar el trabajo legislativo.

La época de Churchill fue también la de la consolidación de los grupos parlamentarios que mediatizaban, disciplinándola, la libertad de voto que había disfrutado tradicionalmente cada diputado. La originalidad del parlamentarismo británico, exportada a otros países de influencia anglosajona, residía en la figura del *whip*, introducida a partir de 1880. Éste era un miembro del partido encargado de asegurar la disciplina del grupo parlamentario informando a los diputados sobre el sentido que el partido esperaba que diesen a su voto en cada proyecto de ley. El *whip* poseía además una serie de recursos entre los que se encontraban, en última instancia, la expulsión del grupo parlamentario de los diputados que se negasen a acatar la disciplina de voto.

Por el contrario, parte de las viejas costumbres que hacían peculiar al parlamento británico sobrevivieron a las reformas. Quizás la más sobresaliente era la figura del *speaker*, asimilable sólo en parte a la de presidente del Congreso de los Diputados español. Si bien aquél solía ser elegido entre los propios miembros del parlamento, y por tanto no dejaba ser originalmente un político de partido, después de su elección tenía que romper amarras con su grupo de origen. De hecho, para asegurar su neutralidad, no tenía derecho de voto ni podía

intervenir en las discusiones parlamentarias. Al igual que en la mayor parte de los parlamentos, el *speaker* se elegía tras la constitución definitiva de la Cámara pero a diferencia de lo que ocurría en España, su significación política no tenía por qué responder a la de la mayoría del parlamento. De hecho, la costumbre consagraba que la misma persona ocupase el cargo de *speaker* para más de una legislatura y su presencia en la Cámara se aseguraba mediante otra convención: la no concurrencia de ningún otro candidato por su distrito.

Sin duda alguna, fue la elección de los miembros de la Cámara de los Comunes lo que más modificaciones experimentó a lo largo del tiempo. Éstas se hicieron a través de sucesivas reformas que ampliaron progresivamente los derechos políticos de la población británica. De hecho, durante la niñez de Churchill el sistema se encontraba en plena transformación. La Ley de Reforma (*Reform Act*) de 1832 había acabado con buena parte de los vestigios de las elecciones del Antiguo Régimen, basadas sobre todo en el principio de la territorialidad. Éste consistía en que era el territorio histórico, y no el ciudadano, el sujeto sobre el que se basaba la representatividad política. Cada territorio histórico elegía un número de diputados, independientemente de los cambios demográficos.

No obstante, atentos al compromiso con el pasado, los políticos británicos no hicieron cambios radicales. Sólo suprimieron varias circuns-

cripciones, los llamados «burgos podridos» (*rotten boroughs*), donde la desproporción entre votantes y escaños era mayor, y se distribuyeron estos últimos entre las zonas más pobladas. Del mismo modo, se redujeron los escaños de otros territorios y se crearon circunscripciones nuevas. Este tipo de reforma se realizaría en España de forma más radical. Javier de Burgos acabó en 1833 con los territorios históricos y los sustituyó por provincias. Sobre éstas, los liberales basarían a partir de 1834 la distribución de escaños atendiendo antes que nada a su población, criterio que aún se utiliza en nuestros días.

La reforma británica de 1832 amplió también el número de electores de unos 400 mil a unos 650 mil, estimándose que se extendieron los derechos políticos a uno de cada seis varones adultos ingleses. De hecho, a pesar de que la cifra era aún pequeña en comparación con la población total, la reforma había consagrado a Gran Bretaña como el país con el electorado más numeroso de Europa. Los liberales españoles se inspiraron directamente en la *Reform Act* británica y convirtieron a España en el segundo país europeo con más electores por una década (1837-1846). En las elecciones de 1844, el número de españoles con derecho a voto ascendía a 640 mil.

Las reformas en el Reino Unido tuvieron su continuación en 1867-1868 y 1884-1885. Ambas supusieron nuevas reordenaciones tanto de la división electoral del territorio, otorgando escaños a las zonas más pobladas del país en

detrimento de otras, y el acceso a los derechos políticos de una cantidad mayor de británicos. En la práctica, Gran Bretaña pasó de un electorado de un millón de varones en 1866 a otro de 5,5 millones en 1884. A pesar de la brusquedad del dato, las reformas británicas se introdujeron de forma más pausada que en nuestro país. A partir de 1846, el número de electores españoles se redujo y amplió al compás que marcaban los diferentes partidos en el poder (moderados, progresistas y Unión Liberal), hasta que, anticipándose a Gran Bretaña, se proclamó el sufragio universal masculino en 1868. Vigente hasta 1878, en que se retornó a un derecho de voto más restringido, terminó por consagrarse definitivamente en 1890.

De hecho, el menor gradualismo de las reformas españolas propició también la pronta recepción de innovaciones que hoy son inseparables de cualquier elección auténtica. Por ejemplo, el secreto del voto fue establecido en España ya en 1812, mientras que en Gran Bretaña éste tendría que esperar hasta la Ley de Sufragio (*Ballot Act*) auspiciada por Gladstone en 1872. La compilación legal más completa sobre prácticas ilícitas y delitos electorales data en España de 1864, mientras que su equivalente británica es de 1883. La reducción a un solo día del acto de votación fue implantada de forma definitiva en España en 1878, mientras que en Gran Bretaña no lo sería hasta 1918. No obstante, los británicos sí que innovaron en otros campos como la lucha contra la corrup-

ción electoral. En 1868 crearon un Tribunal de Elecciones compuesto de altos magistrados para verificar la legalidad de las votaciones. En España no se tomaría una medida similar hasta 1907, cuando se transfirió al Tribunal Supremo la competencia de dictaminar sobre este asunto. De todas formas, la fórmula no llegó a cuajar porque las Cortes se reservaron el derecho de mediatizar en última instancia las sentencias del Supremo, validándolas o rechazándolas mediante votación. Esta medida sería finalmente derogada en 1931. En todo caso, la diferencia que hacía sobresalir la praxis política británica respecto a la española radicó en el papel de las elecciones. Mientras los partidos británicos acabaron aceptando que era el veredicto de las urnas quien condicionaba en primera instancia la formación de gobierno, en España los partidos, imbuidos de un fuerte espíritu exclusivista para con el adversario político, se resistieron a que un factor como el voto, que introducía dosis agudas de incertidumbre a la hora de repartir el poder, cumpliera un papel similar.

Éste fue el contexto en el que se desarrollaría la carrera política del joven Churchill. De hecho, cuando la inició siendo derrotado por la circunscripción de Oldham en 1899, las elecciones y los partidos políticos en su época eran bastante diferentes a los de la Gran Bretaña de hoy día. Es verdad que los británicos adelantaron a finales del siglo XIX la llegada de la política de masas. En las ciudades, los *clubs* dejaron de ser agrupaciones elitistas para convertirse

en verdaderas sucursales de los partidos, con miles de militantes. Algunos de ellos dejaron de asentarse sobre un marco puramente local y aceptaron cada vez más afiliados de partes distintas del país. La tirada de la prensa de partido creció de manera geométrica, en un país cuyo grado de alfabetización era excepcionalmente alto en la Europa de ese momento. Proliferaron las llamadas asociaciones o comités de registro, encargadas en una época de cambios en el censo electoral de que los afiliados y simpatizantes de sus respectivos partidos estuviesen inscritos para poder votar. Los organismos centrales de los partidos conservador y liberal adquirieron cada vez más protagonismo en actividades como la selección de los candidatos, la propaganda y su financiación. Conforme las campañas se hicieron cada vez más complejas y caras, con la introducción de la cartelería, de los anuncios radiados y el uso del automóvil, y una vez que se introdujeron limitaciones legales a los gastos electorales, el papel de la organización nacional a la hora de movilizar a voluntarios y suministrar la infraestructura sobre la que se tenía que sostener la propaganda fue creciendo más y más, hasta que se hizo preponderante en el segundo cuarto del siglo XX. Desde su refundación a partir de 1870, los partidos conservador y liberal dejaron de ser progresivamente formaciones parlamentarias y desarrollaron estructuras permanentes destinadas a movilizar al electorado. De la misma forma, sus liderazgos comenzaron a trascender

más allá de los muros de la Cámara de los Comunes. Aparte de la faceta de líder del grupo parlamentario, comenzó a popularizarse la de líder del «partido», es decir, de todas las organizaciones extraparlamentarias que se agrupaban en torno a conservadores o liberales.

No obstante, Churchill llevó a cabo su carrera política en una etapa de transición, en que el elitismo y el personalismo aún tenían un papel muy destacado. Por este motivo, la estructura de los partidos británicos no formaba aún la malla jerarquizada y piramidal que caracteriza hoy día a la mayor parte de los partidos europeos. Por el contrario, constituían una coalición de asociaciones diversas (grupos de presión económica o articulados en torno a alguna reforma concreta, asociaciones de mujeres o jóvenes), *clubs*, periódicos y, más importante, notables con arraigo en los pequeños distritos electorales. Es verdad que todos esos elementos estaban coordinados, a partir de los años setenta del siglo XIX, por un comité nacional de carácter permanente, pero la labor de éste era más bien supletoria. Es decir, intervenía en los lugares donde el apoyo al partido solía ser menor para buscar candidatos y apoyarles durante la campaña. Donde el partido era fuerte, en realidad el papel de los notables solía ser preponderante y en sus respectivas áreas de influencia, casi independiente. Ellos elegían al candidato y sostenían los gastos que el registro y la propaganda generaban. Esto era posible gracias a que el sistema británico basaba su re-

presentación en circunscripciones territoriales muy pequeñas y fácilmente controlables «desde abajo».

El declive de los notables comenzó tras las sucesivas ampliaciones del censo electoral, que rompió la malla clientelar sobre la que se sostenían, y complicó y encareció las labores de registro y propaganda. Pero este proceso fue más lento de lo previsto y se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. El predominio de los notables en sus distritos llegaba a ser tal que muchas veces su candidato obtenía el escaño sin oposición. De hecho, en las elecciones en las que Churchill logró por primera vez acceder a la Cámara de los Comunes, las de 1900, el número de escaños atribuidos sin competencia, es decir sin que se presentase un contrincante de otro partido, fue de 243 (nada menos que el 36% de los escaños de toda la Cámara). En las consultas siguientes el número se reduciría progresivamente hasta prácticamente desaparecer después de 1945. Este fenómeno de las elecciones sin competencia solía ser incluso más agudo en otros países, entre ellos España, pero la tendencia que se registró fue la misma: su progresiva reducción a la par que crecía la movilización y la competencia entre los diversos partidos.

Además, la persistencia del personalismo en la vida política británica, junto con el hecho de que no hubiera bruscas rupturas o cambios de régimen político, daban a la política británica un aire aristocratizante bastante peculiar y su-



Recibiendo el Premio a la Libertad, 1957.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/8/139. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

mamente diferente al de países como España, en el que la vieja nobleza había sido desplazada de la vida política prácticamente a mediados del siglo XIX. El hecho de que Churchill, descendiente directo del Duque de Marlborough, fuese un noble de abolengo no era en absoluto excepcional, en una Cámara de los Comunes poblada por los vástagos de condes, vizcondes, duques y marqueses de rancia prosapia. No eran en su mayor parte títulos de nueva creación como ocurría en España, donde las posibilidades de ascenso social a través de la política resultaban mucho mayores.

Con sólo cuatro años de experiencia parlamentaria, Churchill pasó en 1904 de ser conservador a liberal, y no volvió a la disciplina

«tory» hasta 1924. Estos cambios de partido, que hoy resultan extraños y hasta tienen una connotación peyorativa, eran bastante comunes en la política europea anterior a 1945 y especialmente en Gran Bretaña y en la España de la Restauración y de la Segunda República. Este fenómeno podía ocurrir por un disenso ideológico, como le ocurrió al joven Churchill con la política proteccionista auspiciada por un gobierno de su partido, y también a causa de fricciones internas dentro de la formación de origen.

De hecho, en la política británica, la división interior de los partidos en facciones que representaban intereses diversos y liderazgos alternativos, también era una constante. Así, cuan-

do uno de esos liderazgos planteaba un conflicto insoluble con la dirección del partido, algo que generalmente ocurría cuando los intereses de una facción chocaban frontalmente con la línea oficial, la solución más frecuente era la separación de esa facción y su integración en otro grupo político. En cierto modo, la disciplina de los grupos parlamentarios y el ascendiente de los *whips* fue un proceso largo que aún no ha culminado del todo, pues la disciplina de voto continúa hoy día siendo más flexible en Gran Bretaña que en otros países como España. Ésta era, sin duda, otra consecuencia del carácter descentralizado de los partidos británicos y del sistema de pequeños distritos uninominales. Curiosamente, sólo una formación política, el Partido Parlamentario Irlandés, había conseguido articular a finales del siglo XIX un partido centralizado, organizado en torno a su líder, Charles Parnell, y a su comité nacional.

Como liberal, Churchill participó en el parlamento en algunas reformas constitucionales de gran trascendencia. La *Parliament Act* de 1911 afirmó la supremacía de la Cámara de los Comunes recortando la capacidad de los Lores de vetar su legislación, asunto capital en lo referido al presupuesto anual del Estado, y redujo la duración de la legislatura en los Comunes a cinco años. Otra ley de 1917 reglamentó por vez primera la figura del primer ministro, que ya en el siglo XIX había trocado su papel de *primus inter pares*, en un sistema que otorgaba formalmente a la Corona la titularidad del poder

ejecutivo, por el de verdadero dirigente político del país. De hecho, esta ley regulaba con atraso el *cabinet* al modo de un Consejo de Ministros, tal y como estaba establecido en otras partes de Europa (en España, desde 1823).

Pero la más trascendental de todas fue la reforma electoral de 1918 que introdujo al fin el sufragio universal para todos los varones mayores de 21 años y las mujeres mayores de 30. A pesar de ese trato desigual, que se corregiría con la equiparación definitiva en 1928, lo cierto es que Gran Bretaña fue uno de los primeros grandes países en introducir el sufragio de la mujer. En España esto no fue posible hasta 1931 (en la práctica, las mujeres no votarían hasta 1933), y otros como Francia no lo harían hasta 1945. Ésta fue, sin duda, la ampliación del electorado más importante de la historia británica, pues multiplicó por tres el número de electores, y culminó con éxito el largo proceso de democratización. Y no contó con el asenso de todo el mundo. El propio Churchill, en su libro *Parliamentary Government and the Economic Problem* (1930) abogó por el retorno a un electorado más reducido, seleccionado por criterios de renta y capacidad intelectual.

Ésta no sería la última reforma electoral. Desde la oposición, Churchill observó cómo los laboristas tomaron la iniciativa en esta materia. Las reformas de 1948 y 1949 consagraron el moderno sistema electoral británico. Por iniciativa del *premier* Clement Attlee, se suprimieron las últimas circunscripciones con

más de un escaño y se implantó totalmente el sistema de pequeños distritos que sólo podían elegir un diputado. Curiosamente, los laboristas culminaron así el programa de reforma de la división electoral auspiciado por los conservadores de Salisbury en 1885. Con ese nuevo sistema, los laboristas perdieron la mayoría en las elecciones generales de 1951 tras un apretado resultado.

Es interesante contraponer la actitud de los socialistas británicos con la de sus homólogos españoles, enemigos acérrimos del distrito uninominal, que había primado en nuestro país desde 1846 hasta 1923, y que el PSOE, aliado con la izquierda republicana, contribuyó a abolir en 1931. Además, los laboristas no mostraron demasiado entusiasmo por la representación corporativa, al contrario que muchos socialistas de otros países, y abolieron los escaños de las universidades. A la vez, Atlee también culminó la gran aspiración de los liberales: la supremacía de la representación política del ciudadano sobre la del territorio. Los laboristas crearon una comisión de límites encargada de revisar periódicamente las fronteras de los distritos, con el fin de que los cambios de población no mermaran su representatividad. Un último paso fue la nueva *Parliament Act* de

1949, que redujo aún más la capacidad de los Lores de frenar la legislación aprobada por los Comunes.

Como es conocido, estas reformas no impidieron a los conservadores volver al poder tras las elecciones de 1951 y conservarlo hasta 1964. Ni Churchill durante su último gobierno (1951-1955), ni sus sucesores variaron las reformas institucionales de los laboristas. Con un partido modernizado tras su reestructuración en la segunda década de los 40 y con el mismo ánimo de movilizar y competir que hacía un siglo habían insuflado Lord Derby y Disraeli, los «tories» lograron derrotar en dura lid a sus rivales, permanecer trece años consecutivos en el poder y, a partir de ahí, gobernar Gran Bretaña casi toda la segunda mitad del siglo XX. Del mismo modo, las reformas políticas de los laboristas mostraron que eran dignos sucesores de los liberales, es decir, un factor de estabilización y de cambios graduales en el sistema que permitían su continuo rejuvenecimiento. Sin duda, estas actitudes marcaban un contrapunto a países en los que la lucha política se articuló con modos de imposición y exclusión del adversario y que, precisamente por eso, no lograron estabilizar un marco legal de convivencia duradero.



Churchill: la juventud de un aventurero en la era victoriana

Winston Spencer Churchill nació el 30 de noviembre de 1874 en el palacio de Blenheim, a la sazón residencia de su abuelo, Duque de Marlborough y cabeza de lo que el propio Churchill identificó como una de las familias que tradicionalmente habían regido el país. Heredero de una tradición familiar que se remontaba al primer Duque de Marlborough, arquitecto de las victorias británicas contra los franceses de Luis XIV, Churchill recibió la educación típica de la clase alta británica de su época. Un modelo en el que los progenitores tendían a delegar la educación de los hijos en institutrices primero y, más tarde, en los mal llamados «colegios públicos» (*public schools*), las elitistas instituciones en las que tradicionalmente se formaron (y en gran medida, aún se forman) las élites sociales y políticas británicas.

Durante esta primera etapa vital la vida del joven Churchill gravitó primero alrededor de Ms. Everestt, la institutriz y niñera que ejercería de madre y por la que Churchill desarrolló un intenso amor filial hasta su muerte. Más tarde, Churchill fue enviado a Harrow, uno de esas famosas *public schools*, por la que Churchill

pasó sin pena ni gloria y de la que saldría con calificaciones (excepto en redacción y lengua inglesa, en las que ya apuntaba las maneras que le llevarían a merecer el premio Nobel de Literatura) tan mediocres que su propio padre, Lord Randolph Churchill –entonces un prominente político conservador– optó por enviar a su hijo a la escuela militar de Sandhurst por juzgarle poco capaz de aprovechar una educación universitaria o de acceder a la intelectualmente más exigente Real Academia Militar de Woolwich, en la que se formaban ingenieros y artilleros reales. La desconfianza de Sir Randolph sería confirmada cuando Churchill fracasó en su primer intento de pasar los exámenes de acceso y, luego, sólo lo hizo en el arma de caballería, de nuevo, intelectualmente menos exigente que la de infantería.

El, ampliamente manifestado, escaso aprecio paterno por sus capacidades intelectuales contribuyó a reforzar el evidente sentimiento de soledad del joven Churchill. La tónica dominante de la correspondencia infantil de Churchill es la letanía de peticiones a sus padres para que le visitaran –incluso para que le informaran de a dónde, exactamente, podía escribirles– y quejas acerca de la escasa atención que le prestaban. Poco cambió durante

W. Churchill vistiendo el uniforme del 4.º de Húsares en 1895.
WCHL 4/41/2. Churchill Archives Centre. Other deposited collections relating to Sir Winston Churchill, WCHL 4/41 pt 2 of 2.



Winston Spencer Churchill (WSC) en 1881.

BRDW 1/1/9. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

la adolescencia de Churchill. Su padre murió poco antes de que Churchill se licenciara de Sandhurst y con su madre siempre mantuvo una relación distante y relativamente fría. Una vez llegado a la madurez Churchill se aseguraría de no reproducir sus propias experiencias de juventud e hizo lo que estuvo en su mano para tomar un papel mucho más directo en la vida de sus hijos y nietos –cuya experiencia contrastaría vivamente con la del propio Churchill.

En cualquier caso, el principal legado de sus padres a Churchill consistió en una considerable red de contactos sociales, el considerable prestigio asociado a su padre –a pesar de haber sufrido un grave y rápido deterioro mental en los meses que precedieron a su muerte– y en la férrea voluntad con la que Lady Randolph utilizaría repetidamente su influencia al servicio de la carrera de Churchill. Por último, aunque quizás no menos importante, cabe señalar que Lady Randolph Churchill, cuyo nombre antes

de contraer matrimonio era Jeanette Jerome nació en los Estados Unidos y legó a su hijo una cierto poso de simpatía por los norteamericanos –además de la consabida red de contactos sociales entre las élites de la costa Este– que más tarde se fortalecería durante la juventud y la vida adulta de Churchill.

La primera ocasión en la que la posición de la familia Churchill y el propio carácter del joven Winston entrarían en juego tuvo lugar durante el viaje de este último a tierras cubanas a fin de, tal y como el propio Churchill explicó en sus memorias, obtener gloria y experiencia militar. Churchill viajó a Cuba entre el 20 de noviembre y el 10 de diciembre de 1895 en calidad de observador militar «empotrado», por utilizar una expresión de reciente cuño, con las tropas españolas entonces combatiendo a la insurgencia independentista. Aunque la estancia en la isla fue relativamente corta, su experiencia allí supuso un punto de inflexión fundamental en su experiencia vital y tendría un impacto crucial sobre su trayectoria posterior. Fue en Cuba donde Churchill experimentó por primera vez el combate, donde recibió su primera condecoración y donde exhibió primero sus habilidades como periodista de guerra. Asimismo, el viaje a la entonces colonia española también ofrece una ventana única para asomarse tanto al carácter personal y la posición social del joven Churchill, como a ciertas particularidades de la mentalidad victoriana imprescindibles para explicar y entender la carrera pública de

Randolph Churchill.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/2/51. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

Churchill y, en gran medida, sus convicciones políticas y éticas.

Cuando Churchill finalizó su formación en Sandhurst a principios de 1895 se enfrentó a un panorama desolador para un ambicioso teniente de caballería. En pleno apogeo de los grandes imperios europeos, la mayor parte del mundo «civilizado» se encontraba entonces bajo el plácido manto de la *pax britannica*. Hoy sabemos que bajo una superficie de aparente tranquilidad ya habían aparecido las primeras tensiones que conducirían al horror de dos guerras mundiales y a la desaparición del mundo en el que Churchill había nacido. Sin embargo, en 1895 la compleja red diplomática del concierto de las naciones, los arreglos económicos articulados sobre el patrón oro y el libre comercio, combinados con el poder aparentemente omnímodo de la Royal Navy parecían asegurar la paz entre las naciones civilizadas. Entre la Guerra de Crimea (1853-1856) y la Gran Guerra (1914-1918) el ejército británico tan sólo se enfrentó a intervenciones coloniales de escala modesta excepto las guerras de los Boers (1881-1882 y 1897-1902). Incluso esta última, aunque de mayor duración e intensidad (y en la que el propio Churchill obtuvo considerables laureles militares), no dejaba de ser un conflicto colonial, localizado y relativamente menor.

No es sorprendente, pues, que de entre los oficiales jóvenes en el regimiento de Churchill —el socialmente exclusivo 4.º de Húsares de



la Reina— ninguno tuviera experiencia bélica real. Aún más revelador, durante los periodos en los que el regimiento se encontraba acuartelado en la propia Inglaterra el «año laboral» incluía cinco meses de invierno durante los cuales se esperaba de los oficiales que disfrutaran de largas ausencias dedicadas a la práctica de la caza del zorro. La caza, junto al polo, se consideraban excelente preparación para la guerra y ambas eran actividades socialmente adecuadas para los oficiales. Desafortunadamente para el joven Churchill, el costo de ambos deportes también era exorbitante y muy superior al sueldo de un teniente recién salido de Sandhurst. Así, en agosto de 1895 Churchill se enfrentaba a varios meses de inactividad profesional y a un doble dilema. Temperamentalmente le resultaba difícil adaptarse a la falta de acción; económicamente, tras malgastar sus fondos disponibles en adquirir y equipar ponis de polo —a la sazón su deporte favorito—, le era imposible costear los gastos de la temporada



W. Churchill junto a su madre y su hermano Jack.

BRDW 1/1/8. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

de caza. Tras examinar la situación internacional, Churchill decidió que la guerra en Cuba le ofrecía la solución perfecta a ambos problemas. Junto a su hermano de armas el teniente Reginald W. R. Barnes, Churchill solicitó al Coronel Brabazon, entonces al mando del 4.º de Húsares, permiso para viajar a la colonia española e integrarse en las tropas españolas en calidad de observador militar. Según Churchill nos ha indicado en sus memorias, Brabazon consideró que observar de primera mano operaciones militares reales era «casi tan bueno» como la caza y, consecuentemente, concedió su autorización a los planes de sus dos jóvenes oficiales.

A continuación se produjo otro fenómeno enormemente revelador y que se repetiría a lo largo de toda su juventud: Churchill recurrió a su red de contactos familiares y personales a

fin de garantizar el éxito de sus planes. Tal como ha descrito el historiador Douglas S. Russell, a Churchill no le resultó difícil que Sir Henry Drummond Wolf, el embajador británico en Madrid —un viejo amigo de familia que ya había contribuido a la carrera militar de Churchill cuando le regaló la sección de transporte para su ejército de soldaditos de plomo—, lograra los permisos necesarios del gobierno español en forma de una carta personal del Duque de Tetuán, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores español. A continuación Churchill escribió al mariscal de campo Lord Wolseley —que un año antes había publicado una biografía de John Churchill, el ilustre antepasado del joven Winston— quién a su vez garantizó el permiso correspondiente del ministerio de la guerra. No satisfecho con resolver las necesidades burocráticas de Churchill, Wolseley

Mrs. Everest, ca. 1891.
BRDW 1/12. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd,
London on behalf of the Broadwater Collection.

también se preocupó de que la inteligencia militar del ejército le proporcionara mapas e información relevante sobre la isla y de que le encargara a Churchill la realización de un informe sobre el nuevo tipo de cartucho empleado por el ejército español –dotando así al viaje de un objetivo militarmente relevante y de cierto carácter semioficial.

Al mismo tiempo que Churchill daba carta de naturaleza oficiosa a su aventura tropical, también logró un contrato con el *Daily Graphic*, un periódico para el que su padre ya había escrito desde la India. Este contrato fue para Churchill la primera oportunidad de probar sus habilidades narrativas como periodista y reportero de guerra. No menos importante, también fue la primera ocasión en la que el joven pudo complementar los menguados ingresos de un teniente de caballería con los considerablemente más sustanciales de un periodista *free lance*. Asimismo, cabe poca duda de que Churchill era consciente del valor de su labor periodística para proyectarse de cara al público y, quizás, poner las primeras bases de una futura carrera política.

En último (pero no menos importante) lugar, Churchill necesitaba obtener la autorización materna. El consentimiento de Lady Randolph no era sólo imprescindible desde un punto de vista emocional sino que era esencial para el éxito de los planes del joven Churchill, ya que sólo con su ayuda económica podía el depauperado Winston adquirir los pasajes para cruzar



el Atlántico –aunque más económico que una temporada de caza–, un camarote de primera clase a la altura social de la familia, estaba fuera del alcance de la mayoría de los mortales incluido el propio Churchill. Las (en términos relativos) estrecheces económicas provocadas por la extravagancia tanto del propio Churchill como de su progenitora –ambos firmes partidarios de gestionar los ingresos en función de los gastos– ya habían sido motivo de cierta tensión entre ambos y continuarían acompañando a Churchill hasta el final de su vida. Ante el riesgo de que Lady Randolph no mostrara su mismo nivel de entusiasmo por el costo y el riesgo de embarcarse en una guerra ajena, Churchill optó por seguir una táctica de hechos consumados. Lady Randolph recibió una carta, enviada cuando todos los preparativos para la expedición habían finalizado en la que su



Soldados españoles en Cuba.

Autorizadas por el Museo del Ejército. 204903r y 2044937r.

retoño la informaba de que había «decidido marcharse» a Cuba. Lady Randolph contestó a la misma recomendando al joven Winston que «considerando» que era ella quien «proveía los fondos» quizás «habría sido más sensato *empezar* por consultarle» y esperando (en vano) que «la experiencia de la vida te enseñe que el tacto es un ingrediente esencial» para toda futura empresa.

A pesar de la regañina, Lady Randolph consintió en financiar el viaje. Nacida en Nueva York, la madre de Churchill se comportó hacia la cuestión del viaje a Cuba como lo haría en todas y cada una de las empresas iniciadas por su hijo. No sólo proveyó los fondos necesarios, además recurrió a sus propios contactos entre la alta sociedad neoyorquina a fin de facilitar la travesía del joven Churchill, que le llevó desde Liverpool a La Habana vía los puertos de Nueva York y Tampa (Florida). Entre los contactos de Lady Randolph destacaba Bourke Cockran –algunos biógrafos han apuntado que la naturaleza de la relación entre ambos parece haber sido particularmente íntima tras la muerte del padre de Churchill el año anterior– un demócrata de Nueva York al que Churchill conoció con ocasión de este viaje. Churchill mantuvo con él una estrecha amistad hasta el final de sus días y fue Cockran quien, según el propio Churchill, le enseñó a utilizar la lengua inglesa en público «como si fuera un piano». Además de contribuir a la formación oratoria del joven Churchill, Cockran también organizó una visi-

ta del mismo a la escuela militar de West Point –Churchill se horrorizó ante el modelo de internado y la severa disciplina infligida sobre los cadetes norteamericanos– y facilitó, junto a familiares del propio Churchill emparentados con los Vanderbilt, la entrada del mismo en la alta sociedad neoyorquina.

Una vez llegados a La Habana, Churchill y Barnes se alojaron en el Gran Hotel Inglaterra –que, tal y como Celia Sandys ha señalado, a pesar del deterioro económico general aún continúa en pie y capaz de ofrecer un lujo en marcado contraste con las condiciones de vida que sufren la mayoría de los cubanos. Las autoridades españolas, verbigracia las cartas de presentación del Duque de Tetuán a las que pronto se añadirían las de Martínez Campos, Capitán General en la isla, y convencidos de que el viaje de Churchill representaba una muestra de apoyo del Gobierno británico, se deshicieron a facilidades. Martínez Campos asignó a Juan O'Donnell, uno de sus oficiales de estado mayor con conocimientos de inglés –e hijo del Duque de Tetuán– al cuidado de los dos oficiales ingleses y éste les recomendó incorporarse a una de las columnas móviles entonces desplazadas hacia el territorio controlado por los rebeldes (también llamados *mambises*) cubanos. Siguiendo los consejos de O'Donnell, Churchill y Barnes se trasladaron a la provincia de Santa Clara por ferrocarril (el primer tren blindado que utilizó Churchill, quien un año más tarde alcanzaría fama y glo-



Fotografías propagandísticas de los mambises cubanos.

En esta página, arriba, 3b13101u (Library of Congress Prints and Photographs Division Washington).

En esta página, izquierda, 3c21720u. (Library of Congress Prints and Photographs Division Washington).

Página siguiente, arriba, 3b45808u (Stereo copyrighted by Strohmeyer & Wyman. Library of Congress).

Página siguiente, derecha, 3b21830. (Stereo copyrighted by Strohmeyer & Wyman. Library of Congress).

ria en el descarrilamiento de otro similar durante las Guerra de los Boers en Sudáfrica) tras los pasos de la columna mandada por el general Álvaro Suárez Valdés.

Los pasos seguidos por Churchill en la isla y la evolución de su punto de vista se encuentran ampliamente documentados gracias a sus memorias de juventud, publicadas en 1930, cinco reportajes escritos en Cuba y publicados en el *Daily Telegraph* y dos artículos de opinión aparecidos en la *Saturday Review* en 1896. En sus memorias y los reportajes de guerra Churchill

narra, con notable inteligencia, las dificultades de un ejército español enzarzado en una guerra de guerrillas contra un enemigo elusivo y que contaba con considerable apoyo popular. Así, Churchill escribió críticamente acerca del uso español de las tácticas estáticas propias de un ejército europeo. Martínez Campos había articulado su estrategia de ahogamiento de la rebelión sobre *trochas* o líneas fortificadas mediante fortines (los famosos *blocaos* del argot militar español) diseñadas para entorpecer los movimientos de la guerrilla y que en últi-



ma instancia tan sólo sirvieron para convertir las posiciones de los españoles en blancos fijos. Sin embargo, las críticas de Churchill a la estrategia española no se tradujeron ni en una crítica contra la formación y capacidad del ejército en sí ni, necesariamente, en excesivas simpatías por los rebeldes.

En realidad Churchill enfatizó la buena formación y capacidad física de las tropas españolas —en contra de los informes sobre soldados imberbes y desmoralizados que leyó antes de partir a Cuba— así como el evidente

valor de los mandos. En particular el del propio general Valdés, perfectamente dispuesto a arriesgar su vida (además, crucialmente, de la de su estado mayor en el que estaba integrado Churchill) con temerarias cabalgadas a las proximidades del frente de batalla. Asimismo, Churchill notificó a sus lectores la existencia de unidades compuestas por voluntarios cubanos y que sumaban un número de tropas similar al de los propios rebeldes. También deploró las tácticas destructivas y —desde el punto de vista de un oficial europeo de la

Winston Churchill a caballo en Bangalore (India) en 1896, poco después de abandonar Cuba.
BRDW 1/2/11 Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

época— poco caballerosas de los *mambises*. En parte, Churchill sufrió el típico proceso de asimilación sufrido por la mayoría de los periodistas «empotrados» en unidades militares. Tal y como el propio Churchill reconoció en su correspondencia, el contacto continuo y los riesgos compartidos con la unidad de acogida, inevitablemente influenciaron su punto de vista y lo hicieron más favorable a los españoles. En un pasaje extraordinariamente revelador de sus memorias de juventud Churchill manifestó su sorpresa inicial cuando oyó a los oficiales españoles afirmar que luchaban por la unidad de su patria. Hasta entonces, confiesa Churchill, no había pensado que otras naciones europeas pudieran emplear un lenguaje similar al de los británicos —y del que él mismo sería un máximo exponente— para defender sus propios imperios coloniales.

Simpatía, no obstante, no exenta de crítica. Churchill apreció pronto (y así se lo comunicó a sus lectores) que la administración española sobre la isla estaba fatalmente minada por la corrupción y que la causa de los rebeldes, a pesar de las limitaciones señaladas, era popular entre los cubanos. Popularidad que no hacía sino aumentar a medida que los *mambises* extendían los disturbios y las operaciones de guerra sobre un área cada vez más extensa de la isla. Aún así, una vez que Churchill asumió que la causa de España no era del todo diferente a la de los británicos en conflictos similares contra los súbditos menos acomodaticios de



algunas de sus colonias, su opinión final sobre el conflicto estaba decantada. En privado, una carta personal a Bourke Cockran y, en público, a sus lectores de la *Saturday Review*, Churchill manifestó que no creía a los cubanos capaces de gobernarse mejor de lo que lo hacían los españoles y deploró las crecientes veleidades intervenciones y la hostilidad contra España de los Estados Unidos. Alternativamente, le indicó Churchill a Cockran, los Estados Unidos se vería forzados a asumir las obligaciones de España como potencia dominante en la isla. Y en opinión de Churchill —parcialmente acertada— a largo plazo la opinión pública norteamericana no toleraría una presencia imperial en Cuba.

Churchill obtuvo en Cuba su primera experiencia de combate cuando, en el día de su veintiún cumpleaños, la columna del General Valdés fue atacada y nuestro protagonista se encontró personalmente bajo el fuego de los *mambises*. Sólo entonces, como él mismo relató más tarde, supo Churchill que podía enfrentarse satisfactoriamente a los rigores del combate. Antes de abandonar Cuba las autoridades españolas –sin duda alertas a la importancia de maximizar el impacto público de la presencia británica en sus filas– le comunicaron que se le había concedido la Cruz al Mérito Militar con Distintivo Rojo por su comportamiento en el frente –años más tarde también se haría acreedor de la Medalla de la Campaña de Cuba, concedida a todos los combatientes que participaron en dicha contienda y la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898. Sin duda, tal y como él esperaba, el estatus de Churchill entre los oficiales del 4.º de Húsares se vio ensalzado proporcionalmente.

Así, la preparación y organización de la expedición a Cuba representaron la primera ocasión –no sería la última– en la que Churchill gestionó su extensa red de contactos sociales a fin de agilizar trámites burocráticos y eliminar posibles obstáculos en su búsqueda de gloria militar y fama. Su trabajo para el *Daily Graphic* sirvió para probar, incluido ante sí mismo, su capacidad para ganarse un jornal mediante la pluma. En no menor medida, el considerable impacto público de su trabajo periodístico en Cuba –envuelto en una útil polémica que incluyó a buen número de medios británicos, españoles y norteamericanos– también sería buena prueba para Churchill de la utilidad del periodismo para acrecentar su fama entre el público general. Finalmente, durante las semanas que duró su viaje a Cuba, Churchill sentaría las primeras piedras de sus vínculos personales con los Estados Unidos y con España. Ambos perdurarían durante el resto de su vida adulta.



Churchill: el joven político, 1900-1930

«Mal podíamos prever la fuerza de las Corrientes que nos empujarían adelante o nos alejarían con fuerza irresistible; aún menos las horribles convulsiones que sacudirían el mundo y destruirían las estructuras del siglo XIX».

Winston S. Churchill, *My Early Life*
(2nd impression, London, 1930)

Winston Churchill se sentó por primera vez en el parlamento británico ocupando el escaño por Oldham en la Cámara de los Comunes en febrero de 1901. Fue un momento apropiadamente dramático para iniciar una vida política. La reina Victoria acababa de morir y Gran Bretaña trataba de gestionar su legado imperial en Sudáfrica. Churchill tan sólo tenía veintiséis años pero era el heredero de una familia aristocrática, un hijo de padres famosos que había sido catapultado hacia la popularidad nacional gracias a su dramática fuga de la cautividad durante la Guerra de los Boers. Como la época que le tocó vivir, la de la llegada del aeroplano y el automóvil, Churchill era un hombre joven con prisa determinado a forjarse un nombre, a «convertir mi espada en un atril de acero» y

a defender el nombre político y el legado de Lord Randolph Churchill, su padre fallecido.

Churchill se convirtió en una figura controvertida desde el principio, cuando usó su primer discurso en la Cámara de los Comunes para elogiar a sus antiguos enemigos, afirmando que «si yo fuera un Boer, estaría luchando en el campo de batalla». Churchill se asoció muy pronto a un grupo de conservadores muy activos apodados «los *Hooligans*», en un juego de palabras entre el inglés por «gamberro» y el nombre de uno de sus miembros, Lord Hugh Cecil. A continuación, Churchill asumió prominencia nacional cuando se negó a seguir la línea del partido, oponiéndose a la política victoriana de comercio libre y favoreciendo en su lugar las propuestas de protección arancelaria. El 31 de mayo de 1904, en un gesto dramático, cruzó el parlamento para sentarse en la bancada de la oposición liberal, cambiando de partido por una cuestión de principio, sacrificando su circunscripción y arriesgando su reputación. Fue una apuesta arriesgada de la que no se arrepentiría. El partido Liberal accedió al poder en diciembre de 1905 y logró una convincente mayoría en las elecciones generales de 1906. Churchill pronto inició un ascenso meteórico sirviendo como Vicesecretario de

Joven Churchill en Campaña, ca. 1900.

BRDW I/1/30. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

*Recorte de prensa del discurso «Social Reform»
con el que Churchill inició su carrera política, 1897.*
BRDW 1/1/30. Reproduced with permission of Curtis Brown
Ltd, London on behalf of the Estate of Winston Churchill.
Copyright: Winston S. Churchill.

Estado para las Colonias (1905-1908), Presidente de la Junta de Comercio (1908-1910), Ministro del Interior (1910-1911) y Ministro de la Marina (1911-1915).

Las principales preocupaciones de Churchill durante los años anteriores a la guerra pueden resumirse como imperialismo en ultramar y reforma en lo doméstico. Churchill fue, en un sentido amplio, un hijo del imperio. Sus memorias más tempranas eran de Dublín durante el periodo en el que su abuelo fue *Lord Lieutenant* (máximo representante británico en Irlanda) y su padre fue Secretario de Estado para la India. Su educación y su servicio en el ejército en la India, Sudán y Sudáfrica no harían más que reforzar sus convicciones imperiales. Para Churchill el Imperio Británico era una fuerza a la vez progresiva y civilizadora, además de un instrumento al servicio del poder y la prosperidad de Gran Bretaña. Esta visión queda capturada en uno de sus primeros discursos, pronunciado en Oldham el 27 de junio de 1899, durante su primer e infructuoso intento de ser elegido como uno de los dos diputados por dicha circunscripción:

«Tengo una visión de la raza británica marchando con paso firme por el camino del progreso, combinando el prestigio y la brillantez de un trono antiguo, la dignidad y el esplendor de una Corte Real con el poder de un pueblo libre y satisfecho y con la justicia de la igualdad ante la ley. Una nación fuerte y a la vez compasiva, armada con un poder imperial, acomodada gra-

cias a los frutos del comercio, enriquecida por las recompensas de la industria, derrotando a sus rivales, vencedera de sus enemigos en la guerra —así marcharemos adelante en triunfo y gloria.»

Sin embargo, merece la pena mencionar que Churchill no era un observador acrítico del imperio. Sus escritos más tempranos muestran con frecuencia considerable simpatía hacia sus enemigos más desafortunados. Ahí se enmarcan sus palabras acerca de los Boers en 1901, mientras que la primera edición de su libro *The River War* contenía una fuerte condena de la profanación de la tumba del Mahdi por los soldados británicos tras la batalla de Omdurman: «la tumba ha sido profanada y destruida por orden de Sir. H. Kitchener. El cadáver de *Mahdi* ha sido desenterrado. La cabeza ha sido separada del cuerpo y, por citar la explicación oficial “preservada para su uso en el futuro” —un giro que en este caso debe entenderse que significa pasar de mano en mano hasta llegar a El Cairo... ¡Esa es la caballerosidad de los vencedores!». Esta cáustica explicación, que Churchill eliminó de las ediciones subsecuentes, no es tanto una crítica al imperio como un ataque contra personalidades y sucesos que, en su opinión, caían por debajo de la deseable política imperial.

Otra constante con frecuencia olvidada es el interés de Churchill por la reforma social en el ámbito doméstico. Se ha sugerido que ésta estaba unida a su visión del imperio, que para



W. Churchill (primero por la derecha) prisionero de los Boers en 1899.

BRDW I 01/018. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

Churchill la fortaleza del imperio dependía de un pueblo saludable y próspero, no obstante su punto de vista debe haber estado fuertemente influido por la pobreza que pudo observar en las circunscripciones de clase obrera de Oldham, Manchester y Dundee. En la Junta de Comercio Churchill trabajó con el radical Ministro de Hacienda David Lloyd George para introducir una primitiva forma de seguro de desempleo, bolsas de trabajo, regulación fabril y salarios mínimos para ciertas profesiones. Como Ministro de Interior, Churchill reformó el sistema penitenciario y como Ministro de la Marina mostró gran interés por las condiciones de la marinería. Sin embargo, este periodo también muestra los límites del radicalismo de Churchill. Churchill quizás sea mejor descrito

como un paternalista victoriano, interesado en mejorar las condiciones de las clases trabajadoras pero opuesto a aquellos que tomaban acción directa, fuera de los canales democráticos, como método para mejorar sus condiciones. Churchill no apoyó la causa del sufragio femenino y se opuso al crecimiento del sindicalismo obrero y a la expansión del socialismo. Siempre estuvo dispuesto a actuar para reprimir manifestaciones violentas y acciones sindicales fuera de la ley.

Sin duda, la reputación de Churchill era la de un hombre de acción. Aprendió a volar en 1913, cuando aún era una actividad increíblemente peligrosa y adoptó con frecuencia una actitud activa hacia sus responsabilidades. Quizás el caso mejor conocido es el de su decisión



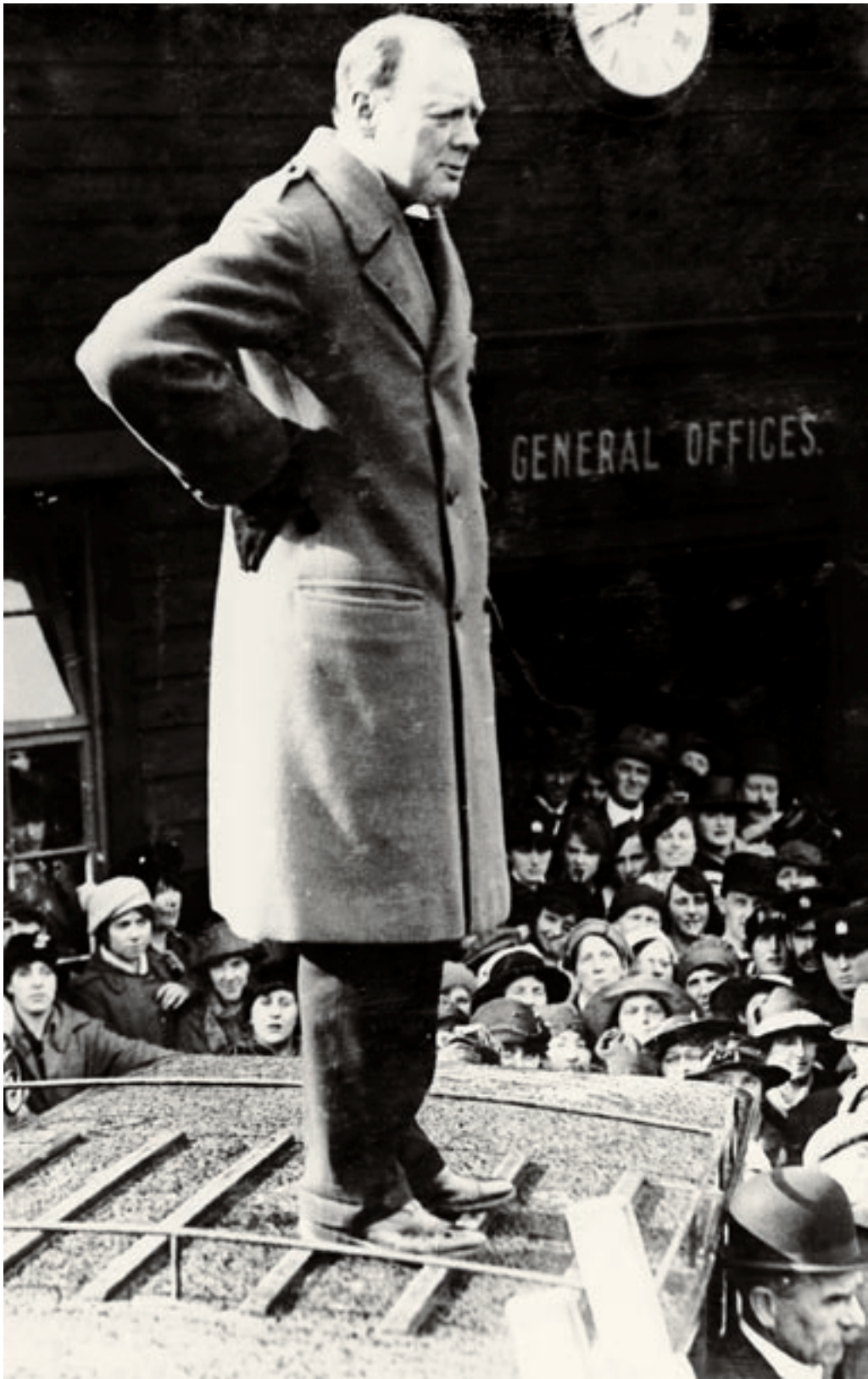
Maniobras conjuntas con el Kaiser, 1913.

BRDW II 7/6. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

de acudir a la escena del «Asedio de Sidney Street» el 3 de enero de 1913, donde la policía y el ejército asediaban a una peligrosa banda de anarquistas letones armados. Este tipo de acciones le garantizaron publicidad, pero tuvieron un coste, ya que si sus partidarios celebraron su dinamismo, sus críticos le acusaron de ser oportunista, egocéntrico e imprudente. Esto se ve claramente ilustrado en la montaña rusa que fue su carrera durante la Primera Guerra Mundial. Churchill fue ampliamente elogiado por haber preparado y movilizó la flota británica, pero también se le criticó por su implicación personal en la defensa de Amberes y por su fuerte apoyo a la desastrosa campaña de los Dardanelos que culminaría en la derrota de la península de Gallipoli. Churchill se encon-

tró apartado por primera vez de los centros de decisión y halló cierto consuelo en la pintura antes de incorporarse a la guerra de trincheras como teniente coronel al mando de un batallón en el frente occidental. Su bravura personal jamás se cuestionó, ni tampoco su determinación de recuperar un lugar en la escena política británica y mundial. Cuando el Primer Ministro Lloyd George le llevó de vuelta al Ministerio de Municiones fue un reconocimiento de que los talentos para la gestión de Churchill no podían ignorarse durante demasiado tiempo.

La Primera Guerra Mundial no sólo tuvo un enorme impacto sobre la carrera de Churchill, tampoco puede subestimarse la influencia de la guerra sobre su mentalidad. El devastador efecto del conflicto en el teatro europeo



Discurso a los trabajadores del norte de Inglaterra, 1914.

BRDW 1/1/66. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.



W. Churchill rodeado de oficiales del 6.º Regimiento Escocés, 1916.

Churchill Archives Centre. Other deposited collections relating to Sir Winston Churchill, WCHL 4/18.

fue hábilmente descrito por Churchill como «la crisis mundial» ya que debilitó fatalmente el orden internacional. Los viejos imperios y estados-nación de Europa fracasaron en su intento de controlar la balanza de poder internacional y, a consecuencia, quedaron en ruinas. El nuevo mundo, manifestado en los Estados Unidos, tuvo que acudir al rescate de Gran Bretaña y de sus aliados. Las dinámicas del imperio habían sido alteradas: Gran Bretaña se vio en dificultades para costear el gobierno directo de sus colonias, mientras los territorios en régimen de dominio lograron mayor independencia ya que, en lugar de ser éstos quienes delegaran en Gran Bretaña para

su defensa, fue la metrópolis la que se vio forzada a emplear tropas y recursos de aquéllos. Asimismo, la carrera naval contra Alemania en los años previos a 1914, en la que Churchill jugó un papel fundamental en calidad de Ministro de Marina, eliminó la supremacía naval británica. La llegada del acorazado tipo *Dreadnought*, del submarino, el aeroplano y el cambio del carbón al petróleo crearon un nuevo terreno de juego en el que el predominio británico no podía ya garantizarse. Además, la revolución llevó a los bolcheviques al poder en Rusia, mientras la debilidad rusa y británica en el Pacífico fortalecían la posición de Japón.



W. Churchill inspeccionando la 47.ª División en Lille, 1918.

BRDW 1/1/72. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.



W. Churchill con Lawrence de Arabia y el Rey Abdullah en 1921.

BRDW 1/2/82. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

¿Cómo percibió Churchill estos cambios? Churchill aborreció el ascenso de los bolcheviques en Rusia, comparando el transporte de Lenin a Rusia en un tren sellado con la importación de una plaga de bacilos. Churchill veía el comunismo como un reto contra mucho de lo que él representaba: un desafío contra el imperio, la monarquía, el estado-nación, la democracia parlamentaria, el comercio libre y el control paternalista de la clase trabajadora. Desde ese momento Churchill veía el fantasma de Moscú en todas partes: detrás de la expansión del socialismo y el sindicalismo militante en el Reino Unido, tras la huelga general de 1926 y también de los complotos para desestabilizar el Imperio Británico en ultramar. Este nuevo elemento en el escenario mundial fue un factor crucial en su alejamiento del partido Liberal y su retorno al Conservador en 1924. Para su sorpresa se le recompensó por su vuelta con el puesto de Ministro de Hacienda, responsable de los asuntos financieros de la nación y, tradicionalmente, el segundo más importante en el gobierno.

Durante este periodo la oposición de Churchill a la Unión Soviética puede superponerse a su creciente admiración por los Estados Unidos. En 1929 y, de nuevo, en 1931-1932 Churchill realizó dos viajes pronunciando discursos a lo largo de Norteamérica, empleando la oportunidad para comentar en la prensa numerosos aspectos de la política, la historia y la vida con-

temporánea estadounidense. Desde luego ya Churchill no le gustó la Ley Seca! La describió como «un espectáculo a la vez cómico y patético» que sólo había logrado provocar «el mayor juego de pilla-pilla jamás conocido». Una impresión en nada mejorada cuando, a pesar de poseer un pasaporte y visados diplomáticos, su equipaje fue registrado al entrar en el país a través de Seattle en 1929. Sin embargo, lo que realmente capturó su imaginación fue el nivel de sofisticación tecnológica dominante en Estados Unidos así como la fortaleza y vitalidad del mundo empresarial y la industria del país. Recorrió la fábrica acerera de Bethlehem, donde vio la línea de producción mecanizada y la contrastó con las anticuadas prácticas de la industria pesada británica. A consecuencia, escribió que «la estructura de la industria americana tiene cualidades de esplendor nunca vistas en ningún otro sitio. En ningún otro país tiene la ciencia un espacio tan grande para expandirse como en el vasto territorio de los Estados Unidos». El entusiasmo de Churchill no fue reducido ni por el crack de Wall Street, que observó de primera mano en la 5.^a Avenida de Nueva York.

El contraste entre el viejo mundo europeo, aún dañado y dividido tras la Primera Guerra Mundial, y el emergente Nuevo Mundo de Norteamérica, con sus vastos recursos y potencial (a pesar de la gran depresión) su ausencia de barreras para los viajes, el comercio y las comunicaciones, movieron a Churchill a



W. Churchill, Ministro de Hacienda, con su esposa e hija.

Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración. 03 (083). Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio. Prensa Gráfica Extranjera. F-00368-006.

escribir un artículo titulado «Los Estados Unidos de Europa». Publicado en 1930, el artículo es interesante porque recoge el punto de vista de un Churchill maduro —una visión del mundo que se originó en su infancia y en sus experiencias formativas, pero que estaba ya refinada por su experiencia política y por sus observaciones sobre una situación internacional compleja. La clave para entender este artículo consiste en entender también dónde veía Churchill la posición de Gran Bretaña. Esto es lo que él mismo afirmaba: «tenemos nuestro propio sueño y nuestra propia tarea. Estamos con Europa, pero no en ella. Estamos vinculados pero no obligados. Estamos interesados y asociados, pero no absorbidos». Para

Churchill, Gran Bretaña no era simplemente una potencia europea. Era una potencia global. Gran Bretaña debía estar preparada para actuar como garante del orden europeo, animar y, quizás, participar en planes para mantener a los europeos unidos, pero también debía mantener en mente los intereses de su propio Imperio y de los dominios. Además estaba la cuestión de los Estados Unidos. Churchill pensaba, quizás a causa de sus raíces, aún con mayor convencimiento que la mayoría de los británicos, que la lengua y cultura compartidas colocaban a Gran Bretaña en una posición única a modo de puente entre el nuevo y el viejo mundo. Por citar algo de la conclusión del propio artículo:

Caricatura de W. Churchill publicada en la prensa española de los años 30, su etapa «desaparecida». Autor desconocido. Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración. 03 (088). Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio. Prensa Gráfica Nacional. F-03619-001).

«Gran Bretaña podría reclamar, con igual justificación, jugar tres papeles distintos simultáneamente, el de una nación europea, el de centro del Imperio Británico y el de socio en el mundo de habla inglesa. No se trata de tres papeles alternativos sino de un papel triple...».

En otras palabras, el poder de Gran Bretaña en el escenario mundial derivaba de su posición como eje central del Imperio, Europa y el mundo de habla inglesa y Gran Bretaña necesitaba actuar en esos tres niveles para mantener su poder e influencia. Éste era el punto de vista que Churchill llevó consigo a los años treinta y después a la Segunda Guerra Mundial, y esta era la filosofía que marcó sus acciones, con profundos efectos sobre el mundo.

Fue esta visión del mundo la que le permitió ver más allá de su ardiente anticomunismo y darse cuenta, a mediados de los años treinta, de que las potencias fascistas constituían una mayor amenaza para los intereses británicos y contra el orden mundial que la Unión Soviética o el comunismo. Churchill publicó una biografía en cuatro volúmenes de su ilustre antepasado John, primer Duque de Marlborough, entre 1933 y 1938. Estaba escribiéndola mientras se producía el ascenso del Nacionalsocialismo en Alemania. Es difícil que se le escaparan las resonancias contemporáneas de esta biografía. La narrativa del trabajo era un Churchill construyendo y liderando una coalición de estados contra un déspota europeo. Entonces había sido John Churchill contra Luis XIV de



Francia, pero mientras Churchill escribía también se encontraba trabajando activamente en contra de prolongar el apaciguamiento de la Alemania de Hitler. Si bien la naturaleza del régimen Nazi le desagradaba intensamente y lo veía como una grave amenaza para la estabilidad europea que podía involucrar a las potencias europeas en otro baño de sangre, Churchill también estaba motivado por la seguridad de que una Europa dominada por el régimen nazi debilitaría enormemente a Gran Bretaña, al eliminar una de las tres esferas de influencia y crear una nueva superpotencia centroeuropea, una Alemania resurgente y despótica capaz de retar la supremacía comercial, militar e imperial de Gran Bretaña.

Winston Churchill y España, 1936-1945

Winston Churchill sentía una sincera simpatía por España. Su acendrado sentido de la historia, le hacía, quizás, idealizar los fallos del régimen de la Restauración, y la valía de los políticos que protagonizaron aquellos años de la vida española, en los que quería ver el reflejo de un ideal aristocrático al que se sentía tan vinculado. En su fuero interno, España era la heredera de un gran imperio europeo «una de las ramas más antiguas del árbol de las naciones europeas», que había rivalizado con Inglaterra, y que en esa pugna había sido derrotada, quedando arrumbada a los márgenes del protagonismo político. Como otros muchos ingleses de clase y de su ideología, atribuía a nuestro país y a sus habitantes un innato y sugestivo sentido del honor, una atrayente gallardía; un espíritu quijotesco que, en último término, había vivido su hora mejor durante la lucha común con el Reino Unido para expulsar a Napoleón de la Península Ibérica.

Y no menos importante, el padre y fundador de la saga familiar, John Churchill, el primer Duque de Marlborough, había fraguado su fortuna y su prestigio en una guerra que, si bien

fue fundamentalmente europea, era, en su origen y en su esencia, una guerra española: nuestra Guerra de Sucesión. Churchill idolatraba a su ilustre antepasado, del que escribió una magna biografía, y ello supone otro pequeño elemento, quizás de empatía o de interés, que a buen seguro colaboraba a que España no fuese una extraña a sus ojos. El nuestro era para él, en efecto, una vieja nación europea que, en su visión ideal de un mundo más justo y estable del que le tocó vivir, debería haber ocupado un lugar principal en el seno de la política continental. Pero España era, también, un país definido por unos ritmos particulares, atávicos, ajenos y –en último término– también peligrosos e inquietantes, fijados a lo largo de los años de miserias del siglo XIX, que –para los políticos ingleses– se traducían en una máxima: no intervenir en el avispero español.

En cuanto a su experiencia personal con nuestro país, Churchill había conocido a Alfonso XIII por primera vez en 1914, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, y ambos habían congeniado con facilidad, relación que se fortaleció en las visitas posteriores del Rey a Gran Bretaña. Como dice Roy Jenkins, Churchill consideraba a los monarcas europeos, al menos en cierto sentido, sus iguales sociales, y

Churchill, un icono global. Póster firmado por admiradores de Manzanillo, Cuba.
Churchill Archives Centre. The Churchill Papers, CHAR 2/436/11. War-time poster of WSC in Spanish, signed by leading citizens of Manzanillo, Cuba.



Pablo de Azárate y Flórez, Embajador de la República Española en Londres durante la Guerra Civil.
Archivo Oronoz 199610.

sus relaciones con los soberanos se cifraron en términos de simpatía, y –durante la Segunda Guerra Mundial– en los determinados por su disponibilidad a plegarse a la política decidida por él, sin importunarle en exceso. Con Alfonso XIII la sintonía fue, en efecto, singularmente sencilla, y la tristeza y desilusión de Churchill con la caída del Rey en abril de 1931, genuina, sin duda alguna.

La lectura del capítulo de los «Grandes Contemporáneos» de Churchill, dedicado a Alfonso XIII, destila, desde luego, esa empatía con el ya Rey caído. El texto, escrito cuando España ya se desangraba en su cruenta Guerra Civil, nos ofrece un atisbo del desdén y la desconfianza con la que el futuro Primer Ministro contemplaba el régimen republicano de 1931. En efecto, Churchill indaga en ese texto las razones que podrían explicar la caída de la Restauración, más allá de los errores del Monarca, más allá del peso de la historia... Churchill, en

efecto, se pregunta, y en ese interrogatorio sin duda resuenan los clarines guerreros de la lucha civil que cinco años después de la caída de Alfonso XIII desgarraba España, y el auge imparable de la Alemania Nazi en Centroeuropa, aldabonazos de un mundo que se dirigía hacia el colapso. Su respuesta no podía sustraerse a ese conjunto de realidades, y es del todo reveladora: *La propaganda de Moscú*. Una afirmación que dice mucho del tono en el que el político británico interpretaba la República y los propios orígenes de la Guerra Civil.

La década de los 30 fue para Winston Churchill el periodo conocido como los *Wilderness Years*. Si en 1928, como indica Martin Gilbert, Churchill se encontraba en la cima de su poder, a punto de presentar su cuarto presupuesto como Ministro de Finanzas del gobierno conservador entonces presidido por Stanley Baldwin, la derrota conservadora acaecida un año más tarde privaría al político no sólo de su posición política, sino que –nunca totalmente aceptado por los conservadores, y negado por los liberales, cuyas filas había abandonado– le sumiría en un ostracismo político que se prolongaría con el retorno al poder de Tories, de nuevo dirigidos por Baldwin, en 1935. Un año más tarde, al compás del estallido de la Guerra Civil española, Churchill parecía un político amortizado; una sombra latente, surgida de los tiempos de la política aventurera de la Primera Guerra Mundial, afortunadamente superada por una nueva era más sensata, en la que no

Jacobo Fitz-James Stuart, Duque de Alba y representante de la España nacional en Londres.
National Photo Company Collection. Gift; Herbert A. French, 1947. Library of Congress 12471u.

había lugar para políticos impredecibles como él. Su solitario apoyo a Eduardo VIII en su deseo de contraer matrimonio con Wallis Simpson no pudo sino aumentar ese aislamiento.

Sin embargo, desde 1929 la Europa surgida del tratado de Versalles había comenzado a cambiar vertiginosamente. En 1931 caía —como ya hemos comentado— la monarquía española; en 1933 Adolf Hitler, cabalgando sobre la ola del miedo al avance del Comunismo, desatada por las tensiones derivadas de la crisis económica, se hacía con el poder en Alemania. A lo largo de los siguientes meses, el Führer subvertirá el proceso constitucional hasta convertirse en dictador. El nuevo Reich no ocultaba al mundo que su objetivo era borrar del mapa los efectos de Tratado de Versalles. En 1935 comenzaba la agresión italiana en Abisinia, que no encontró sino la respuesta vergonzosa por parte de las democracias del acuerdo Hoare-Laval, que virtualmente daba carta blanca al Duce en aquel territorio. En marzo de 1936, Hitler militarizó Renania, haciendo saltar en pedazos el Tratado de Versalles y su corolario de Locarno. La renuncia a las armas como elemento de la política exterior de los estados, contenido en el Acuerdo Briand-Kellogg se mostraba, menos de 10 años después de ser firmado, como una mueca macabra e hiriente ante la futilidad de los esfuerzos de tantos años por evitar la guerra.

Y en julio de 1936, una revuelta contra el gobierno frentepopulista de la República Española, por parte de amplios sectores del ejército



español, derivó en un conflicto civil que desangraría España durante cuatro años. La Guerra de España se convertía así en una pieza más del tablero de la diplomacia europea, donde el comunismo y los fascismos alemán e italiano se disponían —con su apoyo a los dos bandos enfrentados— a librar una lucha interpuesta, un conflicto para ellos quizás era vital, pero apenas difuso en el entramado de la política brutal en la que comenzaba a debatirse Europa.

Winston Churchill, apartado y olvidado, criticado abiertamente por una nueva —o no tan nueva— generación de políticos por sus posturas ultramontanas... sobre la forma en la que la India debía gobernarse, sobre el auge del militarismo alemán y sus verdaderas intenciones, sobre la Abdicación, sobre prácticamente todos los aspectos de la vida parlamentaria, no descuidó el conflicto español. Un conflicto que interpretaba en clave decididamente anticomunista. Y para él, el comunismo era ya

un viejo conocido, un mal supremo convertido en constante compañero desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Ya en sus memorias de aquel tiempo, Churchill había escrito que el mejor destino para las tropas al mando del Mariscal Haig hubiese sido el de llevar la guerra a Rusia y aniquilar, en sus mismos orígenes, la amenaza comunista.

En efecto, Winston Churchill fue, sin duda, un anticomunista convencido. Su acertada percepción de los peligros que suponía para Europa el Leninismo-Estalinismo, lo situaron ya en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial en un nivel muy elevado por encima de muchos de sus contemporáneos. Pero también era un político extremadamente hábil y realista, que era capaz de discriminar las prioridades del momento. Y así, mediada la década de los 30, buscando mejorar en algo su base política y reaccionando ante el auge del extremismo fascista en Europa, había iniciado –de manera, hemos de resaltarlo, muy epidérmica– un cierto repliegue de sus afirmaciones más feroces sobre las ideologías de izquierda. Como Roy Jenkins refiere, colegas de partido comenzaron a referirse de manera jocosa a Churchill como «el floreciente amigo del señor Maisky» (el embajador ruso en Londres). Al cargar contra el comunismo como la chispa fundamental de la Guerra Civil, puso en peligro ese acercamiento político.

Quizás Churchill ya sabía que para derrotar a un demonio, debería descender a los infier-

nos, aliarse con otro. Y en esa pugna tenebrosa, por formación, por trayectoria y por un olfato político de primerísimo orden, era consciente de que el nazismo era un peligro mucho mayor para la pervivencia del Imperio Británico que el comunismo, ya que aquél estaba dispuesto a abalanzarse militarmente sobre Europa y devorarla, mientras que la original y particular organización de la sociedad inglesa, hacía del comunismo algo mucho menos amenazante en términos nacionales, estrictamente británicos. Pero esa era una verdad en todo caso válida sólo para el Reino Unido.

El futuro primer ministro distaba de simpatizar con la Segunda República, un régimen que sentía inspirado por Moscú, que había instaurado una democracia tremendamente conflictiva y excluyente, y que, en sus últimos meses de existencia antes del inicio de la contienda civil, había venido determinada por una creciente inestabilidad social y radicalización política, que había sido la chispa que hizo estallar la conflagración. Para Churchill, todos aquéllos eran los ingredientes propios de la subversión comunista internacional en su forma más pura, que si, quizás, no amenazaba directamente a Gran Bretaña, sí suponía un peligro de primer nivel para muchos estados de Europa. Años antes, ante el golpe de estado que dio nacimiento al régimen de Carmona en Portugal, por encima de apriorismos ideológicos, Churchill había visto las virtualidades de un Portugal estable y pacificado, sobre la pervivencia de una demo-



La destrucción de la Guerra en el terrible año de 1940.

BRDW 1/1/143. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.



Churchill mostrando su famosa y desafiante «V».
BRDW 1/1/244. Reproduced with permission of Curtis
Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

cracia que se había probado incapaz. En 1936, las cosas habían cambiado, y mucho, en toda Europa, pero en último término, las fuerzas rebeldes, al menos en sus primeros compases, representaban muchos de los principios que él identificaba con la *España buena*. Socialmente, sus amigos y conocidos españoles se identificaban con el aún evanescente nuevo orden, y todos ellos coincidían en su hostilidad feroz a la república azañista. Churchill, en efecto, como él mismo dijo, simpatizó con los *nacionales* en el comienzo de la lucha, y se fue distanciando de ellos a medida que Hitler y Mussolini se convertían, a ojos de Europa, en los inspiradores del nuevo orden.

Gran Bretaña y Francia habían adoptado desde el comienzo de la guerra una postura de no intervención en el conflicto español, lo que ya de por sí nos da el tono –más allá del escenario internacional– del escaso prestigio (al menos en lo que se refiere al caso

británico) del que gozaba la República. Para el Gobierno de Londres, sumido en sus propias tensiones internas, como para el propio Churchill, el razonamiento en este caso era por una vez similar. Era un suicidio político comprometer al país en una guerra en la que cualquier paso en falso podría significar poner en peligro aspectos esenciales para el Imperio, como la plaza de Gibraltar o el propio control tácito del estrecho. Para el Primer Ministro Chamberlain, y su Secretario del Foreign Office, el apaciguador Halifax, la guerra en España era conceptualmente algo lejano y recóndito, un conflicto donde Gran Bretaña nada tenía que ganar y mucho que perder, y en el que existía la esperanza de que el comunismo internacional surgiese como la fuerza derrotada. Para Churchill, además de estos elementos, cabía la esperanza de que el régimen que se impusiese en la guerra no fuese inequívocamente favorable a Roma y Berlín; que se afanzase en España un sistema de autoridad más similar al de Carmona que al de Mussolini, con el que se pudiese tratar y negociar, y que pusiese fin a la agresión comunista en España, a la que Churchill –por encima de cualquier otra consideración– siempre consideró la primera y última responsable de la sangría española.

Una vez puestas las cartas sobre la mesa, era muy difícil variar esa política inicial de no intervención a un nivel gubernamental; más aun, cuando, a partir de 1937, la maquinaria

nazi comenzó a trabajar a pleno rendimiento en Centroeuropa. Y es que la ofensiva de Aragón de las fuerzas de Franco se hizo mimética en el tiempo con la Anexión de Austria. Apenas unos meses después, mientras el río Ebro se teñía de sangre con la batalla que lleva su nombre, Hitler imponía sus condiciones en Munich, y Checoslovaquia quedaba reducida a un cuerpo noqueado, inútil e inerte, sólo a la espera de la condena final... Unas semanas después de la caída de Barcelona, Praga lo hacía en manos de Hitler.

Ambos conflictos, el europeo, que no era sino un prólogo a la hecatombe mundial, y el español, que anunciaba otro país en manos de un solo hombre, son paradigmas de un tiempo difícil de la historia de Europa. En el balance de los peligros, Churchill que, poco a poco, había comenzado a recuperar la atención del resto de los parlamentarios en Westminster, y que había denunciado –aun desde la soledad política– el drama de la paz de Munich, vio fortalecida su opción, en el conflicto español, por un mal menor: confiar que el comunismo no prendiese en España, y que en ese proceso, el que caminaba a convertirse en dueño absoluto del antiguo reino de Alfonso XIII, se mostrase más razonable que sus homólogos en Berlín o en Roma.

Cuando en 1939 terminó la Guerra Civil, Franco parecía dar motivos para esperar lo peor –con saludos romanos inundando las calles de Madrid, bajo los sonos guerreros de una Falan-

ge engolfada...–, pero también había motivos para la esperanza y, por encima de la estética, brillaba el hecho de la vocación eminentemente católica y tradicional de un régimen que –en el momento en el que tuvo la victoria segura– acudió realista y presuroso, de la manos del primer ministro de exteriores del nuevo régimen, el Conde de Jordana, a dar las más absolutas seguridades a las democracias de la vocación pacífica de la España de Franco. En ese contexto, en unos pocos meses, dos hombres, Francisco Franco, pero sobre todo Churchill se harían protagonistas de la deriva de otro conflicto, más terrible si cabe que el español.

La Segunda Guerra Mundial comenzó por la independencia de Polonia y concluyó con ese principio aplastado por la dominación soviética del Este de Europa. Durante cinco años, se libró el que es, sin duda, el conflicto bélico más formidable de la historia de la humanidad, que expulsó a los márgenes de la historia a la tiranía nazi y alumbró un nuevo mundo bipolar en el que el eje de las grandes decisiones cesó de estar centrado en Europa. Aquél fue, sin duda, un enfrentamiento en gran parte definido por el liderazgo e inspiración política sin parangón de Winston Churchill, aupado de nuevo a las más altas esferas de poder político con el estallido de la guerra, y elevado a la categoría de Primer Ministro con el fiasco de la intervención inglesa en Noruega y el inicio del imparable ataque alemán sobre Francia en mayo de 1940.

Antes de la llegada de Churchill a Downing Street y –con mucha más virulencia– después de la caída de Francia, el asegurar la neutralidad española en el conflicto mundial se convirtió en un elemento esencial para la acción internacional británica. Aparentemente, la preocupación estaba más que justificada. España, fascinada, sin duda, más por el fascismo italiano que por el nazismo alemán, mimetizaba, uno a uno, los pasos dados por Mussolini que, finalmente, entró en la guerra en junio. Al igual que el Duce, el Caudillo modificó su previa declaración de Neutralidad por una de No-Beligerancia, interpretada –en aquel momento– en todas las cancillerías como una más que posible pre-beligerancia.

Y una entrada de España en la guerra hubiese sido, en efecto, fatal para el Reino Unido. Con Franco unido al esfuerzo militar del Eje, cualquier acción naval en el mediterráneo hubiese quedado muy seriamente coaccionada, y la plaza de Gibraltar, dramáticamente comprometida; la guerra en África y en Grecia, los únicos escenarios en los que, hasta 1942, Gran Bretaña pudo (si bien con escaso éxito) presentar batalla, no hubiese tenido lugar. En orden a conjurar ese peligro, el Gobierno británico puso en marcha una ambiciosa estrategia diplomática, basada en gran parte en la acertada percepción de Churchill de la naturaleza profunda del nuevo régimen político español. En primer lugar, se envió a Madrid a un embajador de peso, uno de los políticos

de más experiencia del panorama británico... y que había destacado por su rivalidad con el propio Churchill durante los años anteriores. Se trataba de Samuel *el Resbalón* Hoare, uno de los puntales de la política de apaciguamiento de la década de los 30 y que, ante la imposibilidad de poder jugar un papel relevante en la política nacional diseñada por Churchill, sí pudo desempeñar una misión clara y bien definida: evitar que España entrase en la guerra. Era, sin duda, un objetivo de primer nivel, y sin duda también uno de la máxima prioridad durante los meses en los que Inglaterra se enfrentó sola al empuje del Eje, como lo sería hasta 1941.

A través de Hoare se desarrollará en España la vieja política del palo y la zanahoria, el uso de sugestivas promesas de futuro, con respecto al engrandecimiento del protectorado español en África al final de la guerra, y, sobre todo, la instrumentalización de los suministros llegados por mar a España, de los que ésta era totalmente dependiente, y que estaban plenamente bajo el control de la poderosa flota de guerra británica. Por otro lado, España en aquellos momentos mantenía con Estados Unidos unas relaciones que en el mejor de los casos merecían el calificativo de frías y distantes. En el arduo proceso en el que Churchill fue atrayendo al presidente Roosevelt al terreno de las necesidades estratégicas que la guerra creaba para su país, un elemento nada desdeñable fue la labor británica al despejar el camino para la



W. Churchill y Roosevelt en 1941 a bordo del célebre HMS Prince of Wales.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/4/33. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

firma de un convenio comercial entre España y los Estados Unidos. A través de ese esfuerzo personal de Churchill, las relaciones de España con Norteamérica mejoraron sensiblemente, y la embajada estadounidense comenzó a actuar de forma coordinada con la británica, en un proceso a través del cual —por razones políticas— el régimen de Franco pudo obtener los suministros petrolíferos de los que el país era dramáticamente deficitario, y que constituían un elemento esencial para el sostenimiento de la vida económica española. Y no sólo eso, Churchill era consciente de que, llegado el caso, los Estados Mayores de Madrid tendrían en su mano la última baza. Si todo lo demás fallaba, para evitar la entrada de España en la guerra, se inició así un vasto programa de sobornos a los generales más importantes, para incentivar su ya de por sí general escaso ímpetu combativo.

España, en efecto, pudo en aquellos momentos inclinar poderosamente la balanza de la

guerra a favor del III Reich..., pero finalmente no lo hizo. Y no solo por los buenos oficios de Winston Churchill y su capacidad para comprender los ritmos peculiares que definían la política española y sus necesidades. El general Franco no era, en efecto, Benito Mussolini. Nunca compartió la fascinación por la Alemania nazi de éste, salvo en términos puramente militares. Su mayor disposición al Eje durante la primera parte de la guerra era poco revolucionaria, más hija del desdén y el rencor característico de gran parte de la derecha española hacia Francia y el Reino Unido, por haber sofocado cualquier posibilidad de resurgimiento de una España grande en la Europa del siglo XIX. En los primeros compases de la guerra, hasta la caída de Francia, la aspiración de Franco fue hacer de España la pieza clave en la firma de una temprana paz. Cuando quedó claro que el III Reich se había convertido en una potencia militar capaz de arrumbar al supuesto mejor ejército de Europa a la impotencia en apenas unas semanas, ilusionaba más en Madrid el hecho de la derrota de las democracias que la victoria y dominación de Hitler de toda Europa. Y el Führer, no podemos olvidarlo, había iniciado la guerra con un pacto con el demonio soviético, para destruir a la católica Polonia. Franco, en último término, era consciente de que la guerra es un negocio oscuro, impredecible y peligroso, y que —por encima de bravatas y discursos desafiantes— su España era sólo imperial en un voluntarismo vacío, y de que lo



President Roosevelt and Mr. Churchill inspecting a Guard of Honour on arrival at Yalta

W. Churchill y Roosevelt en Yalta.

BRDW 1/1/239. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

único en lo que haría bien en preocuparse era en sobrevivir. Sólo en sobrevivir.

Franco, en efecto, sabía de dónde procedía el trigo que alimentaba a los españoles. El Reich podía impresionar en tierra, pero los mares seguían siendo ingleses. Sus certificados de navegación, los famosos *Navicerts*, daban cuenta de ello. El Caudillo era, a la postre, un militar concienzudo al que los números no cuadraban. El ejército español era quizás una fuerza de un millón de hombres, pero rendidos tras una guerra entre hermanos, inadecuadamente armado y peor alimentado, reflejo perfecto un pueblo que ni quería ni podía soportar el esfuerzo imposible de la participación en la guerra. ¿Y Alemania? Al contrario que los italianos, impetuosos en el tono, exigía antes de pedir. No había

lugar a sutilezas. Aquella relación nunca fue un camino de rosas.

Ante ese conjunto de realidades, Franco estaba dispuesto a jugar sus cartas, que no eran sino las de la supervivencia. La suya y la de su régimen, ese horno furioso de generales altivos, falangistas incontrolados, carlistas ultramontanos y conspiraciones monárquicas. En ese juego, el flanco de la relación de los aliados nunca fue descuidado, aunque el Régimen cometió el error de menospreciar el papel potencial de Estados Unidos en el conflicto, y en la historia europea del futuro. En el Reino Unido, ostentaba la representación de la España Nacional desde los tiempos de la Guerra Civil, el Duque de Alba, sin duda un diplomático extremadamente capaz, que se valió con singular

destreza de sus inmejorables contactos personales, para desplegar las más cordiales relaciones diplomáticas posibles –teniendo en cuenta la evidente superior sensibilidad española para con el Eje–, y promover desde su posición privilegiada una política británica templada con respecto a España que favoreciese su neutralidad. Si bien Alba había enviado informes muy desfavorables sobre Churchill en los meses previos a su nombramiento como Primer Ministro, desde entonces su relación evolucionó en los términos de la más pura y absoluta sintonía. Ambos, en definitiva, compartían el mismo interés: mantener España a toda costa fuera de la guerra.

El camino edificado sobre estos cimientos estuvo plagado de momentos complicados, de tensiones y de equívocos. En los meses más duros para Gran Bretaña, la prensa española no dudó en cacarear exultante los éxitos del Blitz de la Luftwaffe sobre Londres. Para muchos, aquel fue el momento en el que más cerca estuvo Franco de entrar en la guerra, ante la inminencia de la derrota británica. Pero el otoño de 1940 también fue el tiempo de la desilusión alemana, materializada en las visitas de Ramón Serrano Suñer al Reich, la de Heinrich Himmler a Madrid y, sobre todo, en la fallida entrevista de Hendaya. Franco desconfiaba. Inglaterra estaba acorralada, pero no vencida; finalmente, la RAF se había impuesto en la lucha por los cielos ingleses, y los combativos discursos de Churchill habían

infundido nuevo ánimo a los londinenses y a todo el Imperio.

Para el Caudillo, en definitiva, en ese momento, estaba claro que Alemania no podía perder la guerra, pero también que –cancelada la proyectada invasión de las Islas Británicas– no había ninguna forma clara en la que la pudiese ganar. Franco no necesitaba más para mantenerse al margen, y el fuego de su indecisión fue alimentado por el crisol de representantes de la Alemania nazi en España, atomizados en camarillas y facciones que conspiraban entre sí la una contra la otra, y –en ocasiones– contra el propio régimen, con el objetivo de alterar su política exterior. Los Nacionalsocialistas más radicales de la legación en Madrid, en efecto, habían prometido a Berlín un cambio que diese el poder a la auténtica España, a la *España Azul*, dispuesta y ansiosa a entrar en la guerra junto al Reich. Franco era consciente de esos movimientos, que amenazaban su posición, y actuó contra ellos con firmeza. Más allá de la comprensible fascinación militar que inspiraba la Wehrmacht, poco se podía esperar de Hitler.

El inicio de la invasión de Rusia por Alemania en junio de 1941 abriría una etapa totalmente nueva en la historia de la Segunda Guerra Mundial. España enviará a Rusia a su División Azul, y Churchill se contentará con que Franco no vaya más allá. El eje de la guerra se trasladaba, en efecto, al norte, y España y el Mediterráneo perdían momentáneamente interés, pero aquello no era sino un espejismo

W. Churchill y Montgomery cruzan el Rin en 1945.
BRDW 1/1/236. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

que no dudaría más que unos pocos meses. A finales de ese año se cumplía la profecía de Churchill y Estados Unidos, tras el ataque japonés a Pearl Harbour, entraba definitivamente en la contienda. Churchill consiguió –con una gran dosis de habilidad– y no sin esfuerzo, que los americanos aceptasen una idea y un proyecto de inspiración británica. La idea no era sino la doctrina «Europa Primero»: era necesario aniquilar el nazismo, antes de concentrarse en la derrota del Japón. El proyecto: una vasta operación militar en el norte de África, que si en un principio recibió el nombre de Gymnast, pronto pasaría a recibir otro mucho más apropiado: Torch. Churchill, en efecto, convenció al Presidente de que las fuerzas anglo-estadounidenses no estaban aún preparadas para presentar batalla a Hitler en Francia. Era necesario un camino más largo, que lo expulsase de África y noquease al cada vez más débil aliado del Führer: Italia.

Los desembarcos aliados en el norte de África, en noviembre de 1942, constituyen uno de los momentos cruciales de la relación de Winston Churchill con España, durante la Segunda Guerra Mundial. La operación suponía la irrupción de los americanos en el escenario europeo, y nada podía fallar. Como requisitos previos, era necesario conseguir una actitud pasiva de las fuerzas francesas en Marruecos y Argelia. Esa misión quedó encomendada a los diplomáticos norteamericanos. Pero la más compleja fue la asumida por Churchill: garan-



tizar una actitud benévola por parte de España. Y es que los desembarcos incluían operaciones en la fachada atlántica de Marruecos, pero también otros más allá del estrecho de Gibraltar, en Orán y Argel. Como dijo sir Samuel Hoare, aquello suponía navegar a través de dos afilados cuchillos españoles, unos cuchillos españoles especialmente traicioneros.

Esa fue quizás la hora mejor de Winston Churchill con respecto a España durante la guerra, y también fue, sin duda, la hora crucial del general Franco en aquellos años. Una actitud hostil por parte de España ante los desembarcos, hubiera desbaratado la operación, y llevado quizás la guerra a la Península. Una vez que Torch se hubo iniciado, no faltaron presiones de los dirigentes del Eje para que el Caudillo cediese aeródromos en el sur de España, en orden a que la Luftwaffe pudiese operar en la zona, y lo que es peor, en Berlín se desempolvaban viejos mapas de 1940, ante la posibilidad de realizar una operación

preventiva en la Península, que blindase el flanco sur del imperio de Hitler. En cuanto a Churchill, una vez más sus cálculos políticos habían resultado perfectos. Una hábil estrategia diplomática colaboró a que se cumpliera su pronóstico: en España nada se movió esos días. Al contrario, los desembarcos, de la mano del nuevo Ministro de Asuntos Exteriores —y un viejo conocido del Foreign Office— el Conde de Jordana, inauguraron una nueva etapa de mayor cordialidad entre el Reino Unido y España... mientras que la relación con el Eje, dividido entre una Italia desesperada y una Alemania que navegaba sin remedio hasta el desastre de Stalingrado, vivió durante los meses siguientes algunos de sus momentos más tensos y críticos de toda la guerra.

Y es que 1943 fue el año de inflexión para la Segunda Guerra Mundial, tanto en su vertiente global, como en la puramente española. Hasta verano, Franco y su régimen vivieron en la ficción de que el agradecimiento de los Aliados, al haber favorecido España con su pasividad la operación Torch, blindaba al régimen de cualquier queja o reclamación por parte de aquéllos. Churchill estaba dispuesto a prestarse al juego, y contuvo el dogmatismo estadounidense, que ya clamaba por un política de mano dura para con España, al menos hasta que las operaciones en el norte de África terminasen. En julio, la Operación Husky —la invasión de Sicilia— que tuvo como primera consecuencia la caída de Mussolini, inauguró un tiempo nue-

vo en las relaciones de los Aliados con España. Con África pacificada e Italia dirigiéndose irremisiblemente al desastre, para muchos —no sólo en Washington sino también en Londres— había llegado por fin la hora de tratar al general Franco y su régimen como realmente se merecían.

En efecto, a partir de agosto de 1943, la actitud aliada para con España se endureció notablemente. Pese a la mejoría de los últimos meses, pese a la mayor solicitud de Franco para con Estado Unidos y el Imperio Británico, cuestiones trascendentales seguían interponiéndose entre ambas partes. Cuestiones como la ocupación española de Tánger al comienzo de la guerra, lo que suponía una violación del estatus internacional de la ciudad, y la presencia tolerada de una importante red de espías alemanes en esa plaza, y en toda España. Miles de soldados españoles continuaban luchando junto a las fuerzas alemanas en el frente ruso, una anomalía que —para británicos y estadounidenses— amenazaba la declarada voluntad española de observar una neutralidad estricta; y lo mismo sucedía con la prensa española, aún claramente partidaria de las armas del Eje. Y lo que era más importante, España era uno de los principales suministradores al Reich de Wolframio, mineral esencial para la producción de los blindajes de los vehículos alemanes. A lo largo de la guerra, el comercio de este mineral, de forma legal o ilegal, por parte de España y Portugal —los principales produc-

tores europeos— había alcanzado dimensiones descomunales. Los Aliados intentaron monopolizar ese mercado, lo que colaboró a acelerar la desaforada escalada de precios. Finalmente se hizo muy costoso para el Reino Unido y sus aliados sustentar ese sistema de compras preventivas. La única opción era forzar a Franco a que interrumpiese el comercio —de ese y de otros materiales— con Alemania.

En ese contexto, mientras Churchill, Roosevelt y el Primer Ministro canadiense participaban en Quadrant, la conferencia de Quebec de agosto de 1943, Sir Samuel Hoare, por iniciativa propia, planteó en una audiencia con Franco esas cuestiones, y se apresuró después a filtrar a la prensa que el Embajador Británico había presentado nada menos que un ultimátum al Caudillo. Hoare había comenzado su carrera particular para rehabilitar su figura pública, como paso previo a su ansiado retorno a la primera línea de la política británica, y estaba dispuesto a utilizar España como trampolín. El paso de Hoare no fue del agrado de Churchill y del Foreign Office, pero tocaba la tecla adecuada en lo que se refería a la sensibilidad estadounidense, firmemente partidaria de endurecer la postura de los Aliados para con Franco. Churchill era mucho más realista, no simpatizaba con Franco y su régimen, pero era un hombre pragmático que sabía que no existía ninguna ganancia política potencial en desestabilizar España. La caída de Franco bien podía volver a sumir a España en la incertidumbre, complicando la política de

la guerra —o incluso la de la posguerra— en un escenario en el que, como en 1936, lo único importante para Gran Bretaña era mantener sus intereses estratégicos.

Pero la jerarquía diplomática había dado un vuelco. Hasta 1943 fueron los británicos los que llevaban la voz cantante en España. Y a los embajadores americanos no les quedaba sino secundar las disposiciones imperativas de Sir Samuel. A finales de 1943 las cosas habían cambiado. Estados Unidos se estaba probando como la potencia del futuro, que por su capacidad económica y militar ya descollaba como la cabeza indiscutible entre los Aliados occidentales. Y América estaba dispuesta a imponer sus normas. Churchill, cuya formación había bebido de las fuentes de la grandeza del Imperio Británico, y que había hecho de su defensa la razón de su carrera política, fue también el primero en percibir que, aunque Inglaterra ganase la guerra, su victoria se materializaría en su declinar como primera potencia mundial. El testigo pasaría irremediabilmente al otro lado del Atlántico... Y el futuro de Gran Bretaña pasaba, por lo tanto, por una alianza firme y duradera en todos los órdenes con el gigante americano, el único que podría plantar cara al peligro global que ya se cernía sobre el horizonte de la posguerra: la Rusia soviética.

Así, fue el Departamento de Estado, renuente seguido por el embajador estadounidense en Madrid, Carlton Hayes, el que comenzó a marcar las líneas de la política para



Los tres grandes en Yalta.

BRDW 1/1/209. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

con España. Con Franco, Hoare quizás había sido un lobo, pero esa piel era una impostura que ocultaba al apaciguador hasta el final que siempre había sido. Cuando los americanos comenzaron a marcar una línea de acción tremendamente dura y exigente para con España, no pudo sino sentirse horrorizado. A la política británica en este momento le correspondió el difícil papel de templar a la estadounidense en España. Funcionó de nuevo un triángulo político que en los años anteriores ya había dado sus frutos: Hoare –pronto convencido de que el final de su carrera estaba en España y no en Whitehall–, el Vizconde de Halifax, enviado por Churchill a Washington poco después que Sir Samuel a España, y por los mismos motivos, y el propio Primer Ministro, a través de

su relación especial y directa con el presidente Roosevelt. Los tres con el mismo objetivo, paralizar las políticas más radicales de Estados Unidos con respecto a España, y respaldar la consecución de los objetivos razonables, que separasen finalmente a Franco de cualquier servidumbre o lealtad para con el Eje.

En cualquier caso, los últimos meses de 1943 y los primeros de 1944 fueron especialmente difíciles para España. El Caudillo se resistió a plegarse a las demandas aliadas, sobre todo por que veía tras sus alas las ambiciones de los generales monárquicos, que aupados en los éxitos anglo-americanos habían comenzado a planearle –sin duda respetuosamente– la necesidad de un nuevo diseño para el régimen cuando acabase la guerra, que favoreciese el retorno del

Rey, y la institucionalización de un sistema político que fuese aceptable para los Aliados. Franco creía que si se plegaba sin más a la voluntad de Washington y de Londres, desataría los vientos del generalato conservador, y su posición de supremacía absoluta en el seno del régimen se vería seriamente amenazada. El Caudillo creía que debía resistir, ganar tiempo y apoyarse, en ese camino, en la Falange, tan necesitada como él en esos momentos de ocaso de la estrella alemana. En el camino no dudó en poner en práctica su juego favorito, el de la confusión y el equívoco, y llegó a ofrecer a los Aliados sustituir la División Azul por una flotilla de la Armada Española, que se uniría al esfuerzo de guerra contra el Japón en el pacífico.

Franco, así, se resistió hasta el final a la retirada de la División Azul, que permanecerá como Legión en el frente hasta bien entrado 1944. Será necesaria la medida definitiva del embargo total a los suministros petrolíferos a España, durante los primeros meses de ese año, para conseguir que el Caudillo, a regañadientes, comenzara a ceder a las exigencias Aliadas. El embargo fue una acción considerada como inadecuada por muchos responsables políticos británicos y, si bien muchos (destacados) laboristas de la coalición gubernamental compartían la hostilidad desatada de los americanos con respecto a España, el argumento con el que se les podía contestar, que el régimen de Franco, con todas sus deficiencias políticas, era más humano que la Rusia del aliado Stalin, se

imponía por sí mismo. La visión de Churchill consiguió prevalecer, al menos en Gran Bretaña, y la política parlamentaria se mantuvo generalmente al margen a la hora de alimentar el fuego de las amenazas a España.

La guerra, por otro lado, avanzaba —quizás no todo lo rápido que muchos hubieran deseado—, pero, en último término, avanzaba irrevocable hacia su conclusión. En junio de 1944 se producía el desembarco en Normandía, que marcaba el principio del fin del conflicto mundial. Apenas dos meses más tarde, fallecía en San Sebastián el Conde de Jordana, responsable de pilotar —con especial acierto— la política exterior española desde septiembre de 1942. Ambos hitos, la Operación Overlord y la muerte del Ministro, marcaban el retorno de España a la insignificancia internacional. En pocas semanas, la comunicación terrestre entre España y el Reich quedaría interrumpida, y ya no habría lugar para temer el comercio español con Alemania, ni para que los espías del Reich en España jugasen papel alguno en la marcha de la guerra. Franco y su régimen pasaron a ser un mero argumento político, un elemento conversacional en las cumbres de los grandes. Stalin pudo hablar de la Península y de la necesidad de —en su debido tiempo— ajustar las cuentas con el Caudillo, y quizás con Salazar. Pero ni Roosevelt, ni sobre todo Churchill, estaban dispuestos a dejarse engañar. Había otras prioridades, y muchas de ellas tenían que ver con la propia voracidad del líder soviético. A fi-

nales de año, Samuel Hoare abandonó Madrid, señal inequívoca de que nada quedaba por hacer para el Reino Unido en España.

Cuando la guerra terminó, con la victoria de los Aliados y el nacimiento de un nuevo mundo, dividido entre rusos y estadounidenses, Churchill eligió Hendaya, en la frontera franco-española, para pasar unos días de descanso. La prensa del Régimen incluso especuló con una visita del Primer Ministro a San Sebastián. Era sobre todo un deseo de bendición internacional, materializado en una sonora frustración. Pocas semanas después, en plena conferencia de Postdam, el partido conservador era inesperadamente derrotado en las urnas. Winston Churchill perdió, al menos temporalmente, su capacidad para influenciar directamente en la política española, una de las muchas potestades a las que renunció, no sin cierta amargura, pero con una encomiable dignidad y aplomo, de las que dicen mucho de todo un sistema político.

Como afirmamos al comenzar estas páginas, Churchill apreciaba sinceramente a España.

Su comprensión, que no admiración o adhesión, para con la política de Franco durante la Segunda Guerra Mundial fue fiel reflejo de esa realidad. A lo largo de los años del conflicto, pese a todas sus deficiencias, España hizo lo que Inglaterra necesitaba de ella. Churchill era un realista y no precisaba más. No cayó en lugares comunes o en el ansia de satisfacer vendettas ideológicas particulares al tratar con Franco y su régimen. Haber favorecido cualquier práctica de ingeniería política con nuestro país hubiese ido en contra de su arraigado sentido de la historia.

Al mirar a España —ya fuese durante los sufrimientos de la Guerra Civil o en el tiempo del auge del franquismo— Winston Churchill veía, sobre todo, un pueblo infeliz, encerrado en las dolorosas contradicciones de su pasado; un dilema que —estaba plenamente convencido de ello— correspondía resolver en exclusiva a los propios españoles. En eso, como en tantas otras cosas, destacó por encima de la mayoría de sus contemporáneos.



Los últimos años de Churchill: paradojas de una victoria incompleta

El 8 de mayo de 1945, Winston Churchill, a la sazón Primer Ministro de Gran Bretaña, anunciaba en la Cámara de los Comunes, en un discurso radiado desde Londres a todo el país, que «a las 2.41 de la madrugada» del día anterior el Alto Mando alemán había firmado la «rendición incondicional de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas alemanas en Europa». De este modo, «la guerra con Alemania ha llegado a su fin», concluyó; al fin, «los malhechores» están «postrados ante nosotros», aunque todavía queda por doblegar el último de ellos, autor de «detestables crueldades»: Japón.

La guerra en Europa había terminado. A Churchill le quedaban todavía algunas semanas a cargo de la máxima responsabilidad del país. Deseaba que los laboristas, con quien había compartido coalición durante casi un lustro de dura guerra, aceptaran mantener en pie el acuerdo y prolongar el gobierno hasta que Japón fuera derrotado. Sabía que la hora de que los británicos se pronunciasen en las urnas había llegado, pero por razones que él consideraba primordiales, básicamente de política exterior y de guerra, no deseaba que esa consulta popular fuera convocada de inmediato, sino un año más tarde.

Sin embargo, no logró su objetivo. Los laboristas no respaldaron su propuesta y las elecciones fueron convocadas. El 26 de julio de ese mismo año de la victoria aliada, sin que todavía hubiera sido arrojada la nueva bomba nuclear en territorio nipón, el Primer Ministro conservador de Su Majestad el rey Jorge VI conocía la mala noticia: los británicos habían respaldado las candidaturas laboristas. Churchill, que, a priori, estaba en buena situación para recoger el fruto de su sólido liderazgo durante la guerra, se encontraba inesperadamente ante la dura realidad de los votos populares. Pero Gran Bretaña no era como otros países de la Europa de entreguerras en los que casi nadie estaba dispuesto a aceptar la derrota; al contrario, como cabía esperar del comportamiento de un líder tory en el país que tenía el sistema constitucional y democrático más sólido de esta parte del Atlántico, Churchill hizo lo correcto nada más conocer los resultados: se dirigió a Palacio y presentó su renuncia al Rey, recomendándole que «se pusiera en contacto con [Clement] Attlee», el líder laborista. Acto seguido declaró: «El pueblo británico ha dejado constancia de su decisión», aunque «lamento que no permitieran finalizar el trabajo contra Japón», quiero expresar «mi profunda grati-

tud por el apoyo férreo e inquebrantable» que el pueblo británico me ha prestado en «estos años peligrosos».

A partir de ese momento la vida de Churchill cambió de forma sustantiva. En la política nacional fue el momento de pasar a un segundo plano y digerir la derrota. Sus compatriotas habían decidido premiar el buen hacer de Attlee en el gobierno de coalición y confiar en el programa de los laboristas, lo que implicaba un importante impulso a la intervención pública en tiempos de paz y una nueva agenda de desarrollo del *Welfare State*, de acuerdo con las conclusiones del estudio realizado por una comisión presidida por Lord Beveridge.

Churchill siguió viajando a menudo pero ahora por razones personales. Se dedicó de forma intensiva a preparar su *The Second World War* que, editada en varios volúmenes por varios cientos de miles de ejemplares, le reportó sustanciosos beneficios. Y lo más importante, todavía como una de las figuras centrales del maltrecho Partido Conservador, realizó varias intervenciones en público. Algunas tuvieron un gran impacto en aquellos primeros años de una compleja posguerra que, poco a poco, fue viendo nacer la división en dos grandes bloques que durante varias décadas presidió la política mundial. Dos destacan especialmente, aunque cabría citar muchas más. La primera en Fulton, Estados Unidos, en el año 1946, acompañado por el nuevo Presidente norteamericano Truman, y la segunda en la ciudad suiza de Zurich,

meses más tarde, en el difícil contexto de la Europa de posguerra.

Apartado a su pesar de toda responsabilidad en el trazado de la política británica, tuvo, sin embargo, una última oportunidad. En 1951, cuando ya había llegado nada menos que a la edad de setenta y seis años, Churchill se convirtió de nuevo en Primer Ministro. El varapalo se lo había llevado ahora el partido laborista, justo cuando las cuentas del Estado pasaban por un mal momento y grandes nubarrones cubrían la política mundial con motivo de la guerra de Corea y las pruebas de la bomba de hidrógeno.

Pero volvamos atrás. En los meses previos a las elecciones, entre febrero y junio de 1945, Churchill había sido protagonista de la difícil configuración del mapa europeo de posguerra, participando en las conversaciones y tensiones que se habían sucedido entre los tres protagonistas de la victoria: norteamericanos, británicos y soviéticos. En febrero de 1945 había estado una semana en Crimea para asistir a la que se conocería como la Conferencia de Yalta. Aparte de otras cuestiones en absoluto menores como la de Grecia, una capital para el premier británico, una de las decisivas en los primeros meses después de la derrota de Alemania, era la de Polonia. Este asunto había sido el desencadenante de la declaración de guerra británica y ahora los aliados se enfrentaban a un terrible dilema. No habían sido sus ejércitos, sino los rusos, los que habían derrotado a los nazis en Polonia y ocupado el país.



Campaña electoral de 1945.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill, CSCT 5/5/140. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

El mismo Stalin que se había repartido el territorio polaco con Hitler en 1939, de acuerdo con el pacto Ribbentrop-Mólotov, era ahora quien tenía en sus manos decidir el futuro de Polonia. Esta fue, según apuntan diversos testimonios, una de las grandes preocupaciones de Churchill en esos meses finales del invierno de 1944-1945. Cuando regresó a Londres y compareció en la Cámara de los Comunes se refirió a la cuestión de Polonia como «la parte más difícil e inquietante de la declaración que tengo que hacer ante la cámara». Y formuló en voz alta la pregunta central: «¿Van a ser ellos [los polacos] los amos de su propia casa?». Aquello le parecía más importante incluso que la configuración de las fronteras.

La respuesta a ese interrogante hay que contextualizarla teniendo en cuenta al menos dos aspectos: uno, lo poco que cabía confiar en Stalin, y dos, la falta de unidad de criterio entre los dos principales aliados democráticos, ingleses y norteamericanos, que se había hecho patente horas antes de Yalta. Nada de esto salió a relucir en el discurso de Churchill, que prefirió dar esperanzas a la opinión británica en el tema polaco. Se ha acordado, dijo, que «se va a mantener la soberanía de Polonia» y que los polacos «tendrán el futuro en sus propias manos, con la única limitación de que deben seguir honestamente, en armonía con sus aliados, una política de amistad con Rusia». Esto último, sorprendentemente, le parecía a Churchill algo

«razonable». En cualquier caso, el premier aseguró que su gobierno haría «todo lo que esté en su mano para garantizar» que las elecciones en Polonia fueran conforme a la declaración acordada, esto es, «abiertas y sin restricciones». Y añadió algo que sólo se explica en su contexto: «La impresión que traje de Crimea y de todos mis demás contactos es que el mariscal Stalin y los líderes soviéticos quieren mantener una amistad y una igualdad honorables con las democracias occidentales. También me parece que nos podemos fiar de su palabras». En ese momento, el líder de los conservadores británicos todavía podía asegurar que sería «sombrio» el destino de la humanidad «si se produjera alguna escisión terrible entre las democracias occidentales y la Unión Soviética rusa, si la futura organización mundial se partiera en dos y si un nuevo cataclismo de una violencia inconcebible destruyera todo lo que queda de los tesoros y las libertades de la humanidad».

A la luz de lo que ocurrió más tarde, lo expresado por Churchill aquel día es sorprendente. No cabe, sin embargo, descontextualizar sus palabras. Como todos los grandes protagonistas de la política europea del siglo XX, la coherencia fue un arte sumamente difícil, y en no pocas ocasiones la complejidad de las circunstancias y el tamaño de los desafíos implicaron una buena dosis de pragmatismo y flexibilidad. Este es el caso del Churchill de los comienzos de 1945. ¿Acaso en ese momento no se vislumbraban ya buena parte de los supuestos que

llevarían al análisis presentado por él mismo en Fulton —y a los que nos vamos a referir más adelante—? Hay muchas razones para pensar que sí, aunque no cabe duda de que la agenda política y sus expectativas respecto de los acuerdos posibles con los soviéticos no apuntaban en ese sentido. La guerra en Asia no había terminado y Stalin era un aliado imprescindible tanto allí como en el futuro de la Europa situado al este de Alemania.

Por lo demás, acertó el primer ministro conservador en lo sombrío que sería un panorama como el que finalmente se configuró desde finales de 1945, en el que Stalin no sólo no cumplió sus vagos e hipócritas compromisos para con la libertad de los polacos, sino que puso en marcha una política expansionista que continuaba, ahora con más fuerza, lo iniciado en 1939 gracias a la alianza con los nazis. Churchill, ya fuera de la presidencia del gobierno, no tardaría en comprender las implicaciones de esta política y el horrendo futuro que podía esperar a las democracias occidentales si no entendían que la victoria había dejado en pie uno de los totalitarismos más sanguinarios, despreciables y voraces del siglo XX.

La Segunda Guerra Mundial fue, como ha explicado François Furet, una guerra ideológica y, por lo tanto, acabó con una victoria y una derrota ideológicas. Durante la guerra, y una vez roto el pacto germano-soviético, democracia y comunismo se habían aliado bajo la etiqueta del antifascismo. Pero la victoria de

W. Churchill, desalojado del poder, se relaja pintando, 1948.
BRDW 1/1/ 303. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

estos amigos circunstanciales no fue, conviene tenerlo presente, la de la democracia. Una vez derrotado el fascismo, no tardó en reaparecer el conflicto entre postulados que eran irreconciliables: democracia y comunismo. El inicio de la guerra fría era la consecuencia de esa lucha ideológica heredada del periodo de entreguerras y sólo parcialmente resuelta. La tensión entre la pasión revolucionaria y la defensa de la democracia liberal, legado de los años 20 y 30, siguió marcando durante al menos cuatro décadas la escena política internacional. Churchill no tardó mucho en comprenderlo y extraer las consecuencias.

En la conferencia de Postdam, celebrada en julio de 1945, el distanciamiento y las tensiones entre los vencedores se hicieron más evidentes, y no sólo porque estuviera en juego el trazado de las fronteras de buena parte de la Europa central y oriental, sino también porque empezó a ser irremediable la división del continente en dos áreas de influencia. Lo que esto significaba, en definitiva, era que las democracias estaban asumiendo, por diferentes razones, que buena parte de los pueblos europeos no podrían sustraerse a la dominación del totalitarismo ruso. Por lo que hace a Churchill, que ya se sabía fuera del gobierno británico, estaba cada vez más preocupado por la creciente influencia soviética y su desconfianza hacia el viejo amigo oriental aumentaba.

En ese contexto, con el reparto de Alemania ya consolidado y en medio de una durísima



tarea de reconstrucción del continente y de consolidación de la democracia allí donde no había llegado el Ejército Rojo, Churchill pronunció uno de sus más famosos discursos. Fue el 5 de marzo de 1946 en el Westminster College, en la pequeña localidad estadounidense de Fulton, Missouri. Acudió invitado por el nuevo presidente Truman. Disfrutó, además, de aquel viaje porque tuvo la oportunidad, algo que le complació especialmente, de compartir muchas horas de conversación y póquer con el presidente norteamericano durante el trayecto en tren. No representaba a su país y aunque era una figura fundamental de los conservadores, ni siquiera habló en nombre de su partido. Esa libertad es importante para entender algunas cosas que dijo. Allí expuso un análisis pesimista y realista de aspectos que todavía por entonces no tenían buena acogida en la opinión democrática de ambos lados del Atlántico: «Se han cubierto de sombras», explicó, «los escenarios que hasta hace poco iluminaban la victoria aliada». Y añadió una frase que alcanzaría con el tiempo un gran relieve: «Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha

From Stettin in the Baltic
to Trieste in the Adriatic,

an iron curtain has descended
across the Continent.

Behind that line
lie all the capitals of the ancient states
of Central and Eastern Europe.

Warsaw, Berlin, Prague, Vienna, Budapest,
Belgrade, Bucharest and Sofia,

all these famous cities and the populations
around them

What I must call

lie in the Soviet sphere

and all are subject
in one form or another,

not only to Soviet influence *in many cases*
but to a very high and increasing
measure of control in Moscow.



caído un telón de acero que atraviesa el continente. Detrás de esa línea, se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de la Europa central y del este», sometidos «no sólo a la influencia soviética, sino también a un grado elevado y, en muchos casos, creciente de control por parte de Moscú».

Churchill estaba convencido de que si bien la URSS no deseaba la guerra, sí buscaba «la expansión indefinida de su poder y sus doctrinas» y que los norteamericanos y los británicos debían aliarse para, «mientras estemos a tiempo», «prevenir la guerra de forma permanente y establecer las condiciones de la libertad y la democracia lo más rápidamente posible, en todos los países».

Atrás quedaban sus declaraciones parlamentarias a la vuelta de Yalta y más alejada todavía la esperanza de poder contener el expansionismo soviético antes de pactar el nuevo mapa político de Europa. En la mente de Churchill bullía ahora la obsesión de no repetir los errores de entreguerras y evitar que una potencia totalitaria pudiera consolidar su poder sin resistencia y coger nuevamente desprevenidos a los defensores de la libertad. Sus palabras fueron criticadas al día siguiente en la prensa estadounidense y acogidas con frialdad por la opinión política británica, y no sólo la laborista. Pero con el paso de los meses, parece evidente que ese discurso reflejaba bastante bien la creciente división de Europa en dos mitades irreconciliables y la necesidad de articular una

estrategia atlántica conjunta para hacer frente al viejo y desleal aliado ruso.

Más adelante, la llamada doctrina Truman («debe ser la política de Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que están oponiéndose al intento de sometimiento de minorías armadas o a la presión externa...») estaría basada, en buena medida, en premisas como las expuestas por Churchill y sistematizadas por George Kennan en «Las fuentes de la conducta soviética», de 1947. Sobre todo en lo referido a la idea de que si bien parecía que la URSS no buscaría abiertamente la guerra, su propósito expansionista era inherente a su naturaleza ideológica y su forma de dominación política. Frente a eso, diría Churchill en el Congreso de los Estados Unidos el 17 de enero de 1952, sólo podremos conjurar «la espantosa catástrofe [de un enfrentamiento nuclear], cuyo temor ensombrece la vida e impide el progreso de todos los pueblos del planeta» si «acumulamos todo tipo de disuasivos contra la agresión».

En ese contexto hay que considerar, también, la situación de España y de la dictadura franquista a los ojos de Churchill y la administración norteamericana. Pues si bien el día antes del discurso de Fulton se había hecho pública una nota conjunta de los gobiernos francés, británico y estadounidense en la que se condenaba el régimen español y se pedía la formación de un gobierno provisional. Sin embargo, con el tiempo el gobierno de Madrid pasaría a ser visto como un importante aliado anticomu-

nista en la Europa del «telón de acero», y no poco importante desde el punto de vista geoestratégico en el área del Mediterráneo. De hecho, aunque a finales de 1946 la ONU declaraba que la «dictadura fascista» española era una «amenaza» para la seguridad en Europa, año y medio más tarde, altos cargos de la administración estadounidense ya estaban estableciendo contactos con sus homólogos españoles con la vista puesta en su estrategia de contención del comunismo en el Mediterráneo. Y pocos meses después el gobierno de Franco empezaba a negociar acuerdos comerciales con Gran Bretaña y Francia. Aunque, evidentemente, todavía habrían de pasar unos cuantos años hasta el restablecimiento de relaciones oficiales con Estados Unidos en 1951 y la firma de los acuerdos militares dos años más tarde, ya bajo la administración de Eisenhower.

El combate persistente contra el avance del totalitarismo comunista no podía basarse únicamente en una estrategia de contención militar, sino que conllevaba también un reforzamiento de la unidad de los países europeos democráticos, los que no habían quedado bajo la influencia soviética. Y sobre todo el compromiso con el renacimiento de una Alemania democrática, asunto especialmente espinoso en la medida en que sobre él planeaba la vieja rivalidad franco-germana y el lógico recelo de los franceses acerca de una Europa unida pero controlada por una renacida potencia alemana. Para Churchill se trataba, por un lado

de fortalecer una férrea y duradera alianza de Gran Bretaña y su área de influencia con Estados Unidos; por otro, de promover una unidad europea que asegurara la consolidación del pluralismo y la libertad como garantías frente a la expansión soviética.

A este segundo aspecto dedicó buena parte de su tiempo e influencia personal durante los años en los que estuvo alejado del gobierno, en la segunda mitad de los cuarenta. Así quedó recogido en varias intervenciones. La más célebre fue la que tuvo lugar el 19 de septiembre de 1946 en la Universidad de Zurich, donde acudió a postular unos nuevos Estados Unidos de Europa. Todo el análisis se basaba en una premisa, lo que llamó «la tragedia de Europa». De este «noble continente», dijo, «han salido todas las grandes razas madre del mundo occidental. Es la fuente del cristianismo y de la ética cristiana. De él proceden la mayor parte de la cultura, las artes, la filosofía y la ciencia, tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos. Si Europa estuviera unida alguna vez compartiendo su herencia común, no tendrían límites la felicidad, la prosperidad y la gloria que disfrutarían sus trescientos o cuatrocientos millones de habitantes». Y sin embargo, también de esa Europa noble y modernizadora habían surgido una «serie de espantosas luchas nacionales, provocadas por las naciones teutonas, que en este siglo XX y en el transcurso de nuestra vida, hemos visto cómo arruinaban la paz y estropeaban las perspectivas de toda la humanidad».



Churchill en Zurich, 1946.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/6/108. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

Europa, desde ese punto de vista, era la cuna de la civilización occidental pero también el origen de los conflictos que habían asolado el mundo en el siglo XX. Para el Churchill de la inmediata posguerra, ahora desde la oposición parlamentaria en su país, sólo una vacuna podía poner las bases para que esa situación dramática no se repitiera y los valores de la cultura occidental no volvieran a estar en peligro: la unidad. ¿Cómo evitar la vuelta a la edad de las tinieblas? «¿Cuál es la solución suprema?». Ésta pasaba, en su opinión, por reconciliar a la familia europea, «o todo lo que podamos de ella», pues por ahora sólo parecía posible en el lado occidental, «y proporcionarle una estructura con la cual pueda vivir en paz, seguridad y libertad». En definitiva, había que «construir una especie de Estados Unidos de Europa».

Aquel fue uno de los discursos más importantes de Churchill en la posguerra, tanto por la orato-

ria como por el calado de la propuesta que había hecho explícita y que implicaba, lógicamente, la reconciliación de Francia y Alemania. El papel de Gran Bretaña no estaba del todo claro, aunque en ese momento pasaba por apoyar activamente esa unidad europea y promover la defensa de la democracia y la libertad en el mundo frente al enemigo comunista a partir de tres grandes bloques o áreas aliadas en esa tarea: los Estados Unidos, la comunidad británica y la nueva alianza de la Europa democrática continental.

Como cabía esperar, el regreso a la primera línea del combate introdujo algunos matices, sino cambios, en los planteamientos expresados por Churchill hasta 1951. De hecho, no mantuvo esa misma postura proeuropeísta que acabamos de reseñar. No obstante, sus últimos cuatro años al frente del gobierno siguieron marcados por lo que hasta entonces había sido su preocupación central: la política internacional. Y dentro

En Campaña, 1951.

BRDW 1/1/369. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

de ésta Churchill se ocupó ahora de algo que llegó a obsesionarle y ocuparle por completo en un contexto difícil, marcado por una salud personal más debilitada y una presión cada vez mayor por parte de sus compañeros, especialmente de su sucesor, Anthony Eden, para que renunciara a la presidencia. Se trataba del temor a que los avances tecnológicos de esos años pusieran en riesgo el precario equilibrio entre las potencias mundiales y se desencadenara una tercera guerra mundial. Churchill se alarmó por la capacidad destructora de la nueva bomba de hidrógeno y se desesperó por el tono y la forma en que el nuevo presidente estadounidense, Eisenhower, abordaba la cuestión. No hay que olvidar que son los años de la guerra de Corea, ese durísimo conflicto en el que los norteamericanos perdieron decenas de miles de vidas. Todo eso en un contexto en el que ya no eran sólo los Estados Unidos los que podían hacer uso de las armas nucleares.

Churchill se esforzó, no siempre con la astucia y la tenacidad que le habían caracterizado, por convencer a norteamericanos y soviéticos de la necesidad de celebrar conversaciones para evitar una escalada de la violencia que condujera a una destrucción mutua. Diversas intervenciones suyas indican que comprendió bien el alcance de ese nuevo armamento, advirtiendo que al haber llegado la capacidad destructora a ser tan brutal, esto desanimaría a las potencias nucleares a desencadenar un conflicto a gran escala, como explicó en una



«notable», a decir de Harold Macmillan, intervención parlamentaria el 3 de noviembre de 1953. Churchill, a diferencia del Presidente norteamericano, creyó que las características de la bomba de hidrógeno hacían de ésta un arma por completo diferente a cualquier otra convencional, por lo que su uso sólo podía implicar un conflicto mundial de consecuencias aniquiladoras. «Estoy cada vez más impresionado por la crisis y la tensión que se está creando en los asuntos mundiales», le dijo a Eden. Por eso, se empeñó sin demasiado éxito en usar su influencia para promover cumbres entre los implicados para hacer frente al nuevo desafío. La última vez fue durante y después de su visita oficial a Estados Unidos en el verano de 1954, en la que, según las palabras de John Colville, trató de «convencer al presidente de que debíamos cooperar más fructíferamente en la esfera atómica.... Y que debíamos ir a hablar con los rusos en un esfuerzo por impedir la guerra, disminuir el efecto de la Guerra Fría y procurar un periodo de diez años de *alivio*». Aunque un Churchill ya muy mayor y debili-

tado tuvo una estancia agradable y parece que un Eisenhower menos tosco que en otras ocasiones accedió a entablar conversaciones con los rusos, las gestiones posteriores del premier británico fueron un fracaso.

En aquel momento, finales del verano de 1954, Churchill estaba viviendo los últimos meses de su condición de Primer Ministro, a punto ya de ceder el poder a un sucesor que hiciera frente a las siguientes elecciones generales. Había resistido tal vez más de lo que su salud y su condición política hacían aconsejable. De hecho, el año anterior había sufrido una apoplejía que había hecho temer por su vida y que había animado incluso a la preparación de su sucesión, de la que, sin embargo, se había recuperado bastante bien para sus 78 años de edad. Es más, había vuelto a presentarse en el Congreso del Partido Conservador con la intención de «quedarse» todavía el tiempo suficiente para usar su «influencia en lo que me preocupa sobre todo lo demás»: la construcción de «una paz segura y duradera».

En estas circunstancias, parece evidente que en el caso del Churchill de posguerra los asuntos de política doméstica pasaron a un discreto segundo plano. No quiere esto decir que desaparecieran de su agenda, pero no ocuparon en ningún caso un lugar comparable al de sus desvelos sobre la política mundial. Sin embargo, algunas de las materias de política interior que se debatían en esos años tenían gran relevancia para la sociedad británica y la configuración

de su Estado en las próximas décadas. Como es sabido, en la Gran Bretaña de posguerra, al igual que en el resto de la Europa democrática, durante los años centrales de la década de los 40 se planteó un debate de gran calado sobre el papel de la acción estatal en la economía y el alcance de las políticas de protección social. En el caso británico fue trascendental la elaboración del informe Beveridge en el que, desde postulados keynesianos se justificaba una nueva y amplia intervención del Estado con un doble objetivo: de un lado, ordenar y sistematizar las formas de previsión social heredadas, creando un sistema de seguridad social nacional que protegiera a todos los trabajadores en los casos de enfermedad, accidente o jubilación; de otro, aplicar una política fiscal que permitiera un importante aumento del gasto público, incentivando así la demanda y coadyuvando a una situación de pleno empleo.

Este planteamiento descansaba en un análisis crítico del papel de los Estados europeos durante el periodo de entreguerras, asumiendo que el ascenso de los totalitarismos había tenido mucho que ver con la crisis económica y, sobre todo, la abstención del poder público en materia de protección social. Desde esa perspectiva se consideraba que había que promover un nuevo Estado del bienestar y un presupuesto público más preocupado por el crecimiento y el pleno empleo que por el déficit. Sólo desde ese enfoque se podría evitar una nueva crisis social que pusiera en peligro una paz duradera y de-

mocrática. Y no menos importante, se vinculaba ese nuevo intervencionismo a la premisa de que era imprescindible corregir los defectos que generaba el capitalismo; en definitiva, la nueva democracia debía estar ligada a intervención pública y reformismo social. A este programa se apuntaron, antes o después y en sus diferentes variantes, los partidos socialdemócratas europeos. También lo hizo el laborismo británico, con sus particularidades y dentro de una tradición reformista muy alejada del compromiso revolucionario de otros partidos como el español o el italiano antes de la guerra.

La postura de los conservadores británicos fue, por razones varias, diferente a la de los grupos democristianos del continente. Éstos estaban muy influidos por la doctrina social de la Iglesia católica y habían interiorizado la necesidad de que el Estado interviniera en el mercado, e incluso que planificara, aunque no al modo comunista. Los primeros venían de otra tradición política que no era la social-cristiana, aunque tampoco la propia del liberalismo clásico; y su adversario, además, no había sido un socialismo revolucionario, aunque sí tenían enfrente un potente sindicalismo.

Churchill se comportó en este tema dentro de lo que cabía esperar por su trayectoria anterior, aunque no exento de algunos bandazos y a veces un cierta dosis de demagogia bajo la presión de las campañas electorales. Por un lado se mostró implacable en su ataque a los laboristas inmediatamente antes de las elec-

ciones de 1945. En una intervención radiada del 4 de junio declaró incompatible «una política socialista» con las «ideas británicas de libertad», advirtiendo que el socialismo estaba «inextricablemente unido al totalitarismo y la abyecta adoración del Estado», pues no sólo atacaba la propiedad sino «la libertad en todas sus formas». Empeñado en presentar a los laboristas como sujetos «sedientos de controles de todo tipo», Churchill intentó avivar el miedo al comunismo llegando a decir que: «Desde lo más profundo de mi corazón, declaro que no se puede establecer un sistema socialista sin una policía política» y que «[n]ingún gobierno socialista que dirija toda la vida y la industria del país podría permitirse aceptar que el descontento público se exprese de forma libre... Tendrían que recurrir a alguna forma de Gestapo...». No es extraño que alguien que tanto admiraba a Churchill como John Colville, su secretario personal en esos años, calificara esta alocución en sus *Diarios* («The Fringes of Power») de «guerrera y provocativa» y recordara años más tarde que «levantó muchas críticas y no cayó nada bien». No en vano, aquellos a los que ahora acusaba de propósitos totalitarios eran en buena medida las mismas personas con las que había compartido el gobierno de coalición durante los duros años de la guerra que ahora terminaba.

Todo esto indica que sus planteamientos estaban próximos al análisis del célebre economista austriaco Friedrich Hayek, al que había

Celebrando la victoria de 1951.

BRDW 1/1/371. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.

leído con interés e incluso elogiado personalmente después de una cena que compartieron en Cambridge todavía en tiempos de la guerra. Hayek había planteado en su *The Road to Serfdom*, terminado en 1943 y publicado un año más tarde, que la intervención creciente del Estado ponía en peligro el régimen constitucional y la protección de la libertad individual, abriendo el camino a medio plazo para la implantación del socialismo. La planificación, había escrito Hayek y parecía compartir Churchill, «conduce a la dictadura» porque implica suprimir la libertad a expensas de las exigencias de la dirección económica. El riesgo de terminar en una dictadura del proletariado, «aunque fuese democrática», le parecía muy elevado.

Sin embargo, una conclusión así presenta algunos problemas a la luz de otras intervenciones de Churchill y de las políticas económicas, sociales y de vivienda llevadas a cabo por su gobierno en la primera parte de los años 50. En cuanto a estas últimas, nada indica, al contrario, que los conservadores británicos dieran marcha atrás en el desarrollo del nuevo Estado del bienestar, dismantelaran la política de nacionalizaciones o lanzaran un órdago al plan Beveridge. Y Churchill, desde luego, no ganó las elecciones en 1951 con un planteamiento abiertamente hayekiano, al menos no en el sentido de denunciar las políticas del gobierno Attlee como favorecedoras de alguna forma de dictadura comunista. Es verdad que en sus principales pronunciamientos de partido entre



los años 1946 y 1948 denunció vehementemente la política laborista, llegando a advertir de que los derechos de los británicos estaban en peligro porque, como dijo en octubre de 1947, «por todos lados y por todos los medios, la maquinaria que ejerce el control totalitario de la sociedad británica se está construyendo y perfeccionando». Sin embargo, durante la campaña electoral de 1951, en un importante discurso transmitido por radio el 8 de octubre, se movió dentro de planteamientos tan moderados que su mensaje principal ya no fue denunciar el peligro de una dictadura comunista en su país sino encontrar la forma de no poner «en peligro nuestra existencia», evitando seguir «consumiendo nuestra fuerza en amargos conflictos de partido o de clase». Esto no significa, en todo caso, que renunciara a las premisas liberales con las que había criticado lo que el nuevo socialismo de Estado podía tener de amenaza para la libertad.



El ocaso, W. Churchill y Clementine dejando Downing Street, 1955.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/8/120. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

Dejando al margen el discurso electoralista del miedo al comunismo, Churchill parece más comprensible si lo insertamos en la tradición del liberalismo reformista británico. No en vano, en marzo de 1945 había rendido un importante homenaje en los Comunes a Lloyd George en el que se había mostrado satisfecho con esa «línea que siguen ahora todos los partidos modernos» basada en «la mejora social y la seguridad social». Reconoció además «la impresión indeleble» que habían dejado en su mente la preocupación de Lloyd George por «los numerosos peligros» que acechaban a los trabajadores en momentos como la ancianidad o la enfermedad.

Así, como heredero de la tradición liberal británica, Churchill rechazaba radicalmente todo lo que sonara a socialismo en la medida en que éste implicaba, desde un punto de vista doctrinal, igualitarismo; y esto para él significaba, como dijo en el Congreso del Partido Con-

servador celebrado el 5 de octubre de 1946, forzar a los ciudadanos a dejar de ser individuos libres para convertirse en «una masa de proletarios dirigidos por el Estado». El socialismo, concluyó en mayo de 1948, «es la filosofía del fracaso, el credo de la ignorancia y la doctrina de la envidia». Un año antes, también en una reunión del partido, había responsabilizado a la política socialista del gobierno Attlee de aplicar «una tributación confiscatoria hasta un punto que sólo se practica en los países comunistas» y que estaba, a su juicio, empobreciendo a la antaño próspera nación de comerciantes.

Ciertamente, Churchill se dejó llevar en sus críticas de la política laborista en la inmediata posguerra por un lenguaje de una beligerancia que en ciertos momentos alcanzó la demagogia, sobre todo cuando pareció equiparar la situación británica con el totalitarismo. Tras esto había una actitud de firme defensa de un modelo de sociedad basada en lo que él llamaba la tradición británica de cristianismo, autonomía individual y libertad de comercio. Sus pilares eran los propios del liberalismo político en el que descansaba «nuestra constitución monárquica», así como la defensa de «la ley y el orden y la justicia imparcial, administrada por los tribunales, sin interferencias ni presiones del ejecutivo». A lo que se añadía el postulado de una «democracia propietaria», es decir, aquella que descansaba en las garantías de la libertad de empresa y propiedad pero que aspiraba, «en la medida de

lo posible», a «poner al asalariado en la categoría de socio, en lugar de en la de empleado irresponsable», como dijo en Blackpool a finales de 1946. Porque al «asalariado le conviene tener a su disposición muchas más alternativas, en lugar de prestar servicio a un solo patrón todopoderoso llamado Estado».

Pero Churchill también se cuidó de matizar en esa misma intervención que uno de los «principales» objetivos del Partido Conservador era «promover todas las medidas para mejorar la salud y las condiciones sociales del pueblo». Al igual que años más tarde, cuando ya se aproximaba la contienda electoral, reivindicó la política de construcción de viviendas de los conservadores, a su juicio más eficiente y cuantitativamente más significativa que la laborista. Incluso, aunque parezca paradójico, en la primavera de 1951, con las elecciones casi a la vista, aseguró que habían sido los conservadores, dentro del gobierno de coalición de la guerra, los que habían sentado las bases del «programa social» actualmente en vigor; solamente una idea era nueva en el programa de «los guías [los laboristas] que nos han llevado por mal camino», una idea que había resultado un completo fracaso: la nacionalización. Seguía entonces criticando duramente los seis años de gobierno laborista que, según dijo el 21 de julio de 1951, habían «resultado más perjudiciales que Hitler para nuestras finanzas». Pero frente a lo que calificaba de «socialismo doctrinario»,

también procuraba proponer como alternativa un conservadurismo teñido de un firme propósito de reformismo social.

En resumen, Churchill creía que el avance del intervencionismo bajo el sello de las políticas laboristas socavaba las bases sobre las que se asentaba la libertad individual y ponía en riesgo la identificación histórica entre Gran Bretaña y el constitucionalismo liberal. Era, además, un firme defensor de la iniciativa privada y alguien que comprendía bien los mecanismos que hacen funcionar un mercado libre y en virtud de los cuales los individuos generan riqueza y bienestar a la vez que persiguen su interés individual. Sin embargo, no hay motivos para pensar que Churchill no comprendía lo que Raymond Aron, gran analista y admirador de la política británica, explicó como una necesidad de no encarcelar los grandes principios del liberalismo político en las exigencias teóricas de la doctrina económica liberal. De hecho, descontado el coste del electoralismo, sus políticas al frente del gobierno no supusieron un giro tan radical como habían apuntado algunos de sus discursos y el conservadurismo no significó el fin del intervencionismo público y la redistribución. Aunque, sin duda, Churchill no aceptaba de buen grado la conclusión de Aron en el sentido de que «la competencia pacífica por el ejercicio del poder tiende a acentuar la evolución de las sociedades industriales en un sentido igualitario».



Winston Churchill: una reflexión

Mi búsqueda del carácter de Churchill ha sido continua desde mi vigésimo sexto aniversario en 1962, hace casi cincuenta años. En 1988 se publicó mi biografía en un volumen *Churchill: A Life*. ¿Cuáles son las características de la personalidad churchiliana que me han impactado más durante mi labor de investigador y escritor?

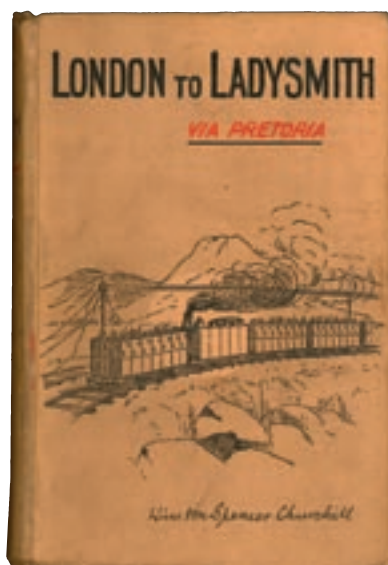
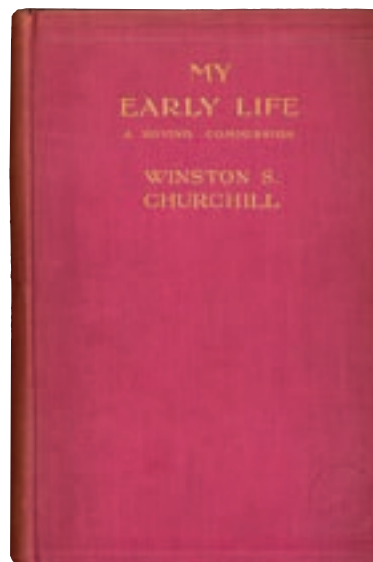
Aunque a veces retratado como un amante de la confrontación, Churchill fue, con frecuencia, un líder conciliador. Incluso las sufragistas se beneficiaron directamente de su decisión, durante su etapa en el Ministerio del Interior, de crear una categoría específica para tratarlas de forma especial en calidad de prisioneras políticas en lugar de como criminales comunes —a pesar de que Churchill se opuso firmemente a los métodos violentos para solicitar el voto femenino que, antes de la Primera Guerra Mundial, utilizaron tanto ellas como el simpatizante masculino que le golpeó con un látigo en un tren camino de Londres. En la misma línea, en 1908, Churchill resolvió la huelga de 14.000 técnicos de la construcción naval introduciendo un mecanismo permanen-

te de arbitraje. Aquel mismo año, y también por iniciativa suya, se creó el Tribunal Permanente de Arbitraje o *Standing Court of Arbitration* a modo de sistema nacional de mediación industrial independiente. Asimismo, la Comisión de Fronteras Irlandesas o *Irish Boundary Commission*, creada en 1925 por iniciativa de Churchill, sería el organismo que establecería pacíficamente los límites entre el Ulster y el Estado Libre que aún hoy permanecen como fronteras entre Irlanda del Norte y la República de Irlanda. Gracias a su labor como uno de los principales negociadores del Tratado Irlandés de 1922 y a sus esfuerzos para pilotar el trámite parlamentario del mismo Churchill sería incluso nombrado por los irlandeses *Companion of Honour*, tal y como lo sería 55 años más tarde el Primer Ministro Británico John Major por su contribución a la reconciliación irlandesa de los años noventa.

Que Churchill no fuera amante de la confrontación no significa que no expresara su punto de vista en los términos más duros cuando percibía un grave peligro para Gran Bretaña. En diciembre de 1940 el presidente Roosevelt envió un buque de guerra estadounidense para recoger las reservas de oro británicas de su depósito en la base naval de Simonstown

Monte Ángel, 1961.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill, CSCT 5/8/179. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.



Algunos ejemplos de la producción literaria de W. Churchill: novelista, polemista, memorialista y escritor político.

LIB 18 The People's Rights; LIB 18 India; LIB 39 My Early Life 1; LIB 34 London to Ladysmith 2; LIB 19 Savrola. Churchill Archives Centre. Scans of front covers and photographs of spines of books by Churchill, pre-1940.

en Sudáfrica, a fin de trasladarlas a Estados Unidos para contribuir al pago de las compras británicas urgentes de material de guerra. Sin ese oro, insistía el Tesoro norteamericano, no se permitirían más compras de material a los Estados Unidos. Para impedir que el oro escapara de control británico Churchill envió a Roosevelt una de las cartas más difíciles, más duras —y más efectivas— que jamás escribió: «si te “desentendieras de nosotros” negándote a darnos más de lo que podemos pagar por

adelantado nosotros, con certeza, no nos rendiremos, y creo que podremos salvarnos y proteger nuestro interés nacional por ahora. Pero, con certeza, no seremos capaces de derrotar a la tiranía Nazi y daros el tiempo que necesitáis para vuestro rearme...». A lo que Churchill añadió: «no es apropiado que una nación se ponga totalmente en manos de otra, mucho menos cuando esta última está luchando bajo condiciones cada vez más severas, para lo que se proclama como una causa de preocupación

Clementine recibe el premio Nobel.
Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill.
CSCT 5/8/56. Supplied courtesy of the Master, Fellows and
Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

general». Si, escribió Churchill, pudiera ver alguna señal «mostrándonos cómo están las cosas y que los Estados Unidos nos proveerá de los miles de millones de dólares de munición que necesitaremos en 1941 y 1942 para que el Nazismo sea derrotado, estaré muy satisfecho de ordenar que todo el oro de Ciudad del Cabo sea embarcado en cualquier buque que envíes» pero «no estaría cumpliendo con mis obligaciones hacia las gentes del Imperio Británico si, sin la menor indicación de cuál será nuestro destino en Washington, me desprendiera de mis últimas reservas necesarias para que podamos comprar alimentos para unos pocos meses». Churchill sabía que sin el apoyo de los Estados Unidos la lucha por la supervivencia, por no mencionar alguna perspectiva de victoria sobre la maquinaria bélica nazi, sería larga y dura. En su ruego por ayuda norteamericana dejó bien claro su punto de vista: Churchill nunca fue proclive a prevaricar u ofuscar. «Ocurra lo que ocurra», le dijo a Roosevelt, «no nos rendiremos y creo que podemos salvarnos y preservar nuestro interés nacional por ahora. Pero no te molestará, estoy seguro, si no te puedo garantizar que, si no nos apoyáis en todo salvo vuestra entrada en la guerra, no podamos garantizar la derrota de la tiranía Nazi y ganarnos el tiempo que necesitamos para vuestro rearme. Puedes tener la certeza que, independientemente de lo que hagáis o de lo que no hagáis, nosotros iremos hasta el límite último de nuestras fuerzas y recursos. Pero



mucho me temo que nuestra fuerza sin ayuda no será suficiente para producir un resultado mundial de carácter satisfactorio y duradero».

Churchill no se hacía ilusiones sobre la dificultad –si es que era en modo alguno posible– de convencer a los Estados Unidos de que abandonaran la neutralidad y entraran en la guerra contra Alemania. La noche en que escribió su petición a Roosevelt, le dijo a sus asistentes privados: «La constitución Americana fue diseñada por los padres fundadores para mantener a los Estados Unidos libre de los enredos europeos –¡Y por Dios que ha superado la prueba del tiempo!».

El carácter de Churchill ha sido, con frecuencia, falseado hasta la parodia. Mientras escribía el séptimo volumen de mi biografía de Churchill (que cubría los años 1942-1945), Elizabeth Layton, una de sus secretarías, respondió a la descripción elaborada por un compañero historiador de Churchill en términos como «profundamente ambicioso, egocéntrico



W. Churchill en familia, 1951.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/7/46. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.



W. Churchill en familia.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/7/37. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

y con frecuencia abominablemente egoísta, difícil y brutal» escribiendo un carta a la revista que había publicado lo anterior. Esto es lo que escribió: «han pasado muchos años desde aquellos días pero los recuerdos no se han borrado. ¿Ambicioso? Sí, supongo que sí; de otra manera no habría alcanzado el pináculo desde el que inspiró a su país y al mundo». ¿Egocéntrico y abominablemente egoísta? No, eso no lo era, aunque era con frecuencia desconsiderado, impaciente (también podía ser paciente) y exigente. Pero si exigía el máximo de aquellos que le servían, nunca se ahorro nada a sí mismo en su gran tarea. ¿Difícil? Sí, pero en ningún caso imposible; era adorable y una le perdonaba por ser difícil. Tenía tal cantidad de conocimiento almacenado, una inteligencia tan rápida y, sin embargo, había también algo sencillo en su carácter que le hacía no ver siempre cuando estaba siendo divertido –lo era de forma inconsciente. ¿Brutal? El diccionario lo define como despiadado e implacable y aquí, de nuevo, debo estar en desacuerdo –despiadado nunca, implacable quizás. En una ocasión Churchill le dijo a Miss Layton: «usted nunca debe temerme cuando soy brusco. No soy brusco por su causa, sino a causa del trabajo». Esto lo dijo con una sonrisa querúbica. Otra secretaria de Churchill, Marion Holmes, anotó en su diario que, estando en la residencia campestre del Primer Ministro en Checkers, el «PM [pareció] preocupado cuando descubrió que Elizabeth y yo trabajamos en la Hawtrey Room sin

calefacción [y dijo] “Pobrecillas. Debéis encender el fuego y poner los abrigos. Menos mal que he entrado”. Entonces encendió él mismo la chimenea y la llenó de madera».

Churchill fue, en diferentes formas, un igualitarista. En 1897, hace más de cien años, escribió su punto de vista sobre la educación de la siguiente forma: «El objetivo del gobierno debiera ser la educación en igualdad para todo el pueblo, no el aventajar a unos pocos». Noventa y cinco años más tarde viajaba en el coche cuando oí a John Major afirmar en la radio que «los viejos prejuicios y esnobismo no pueden tener lugar en la educación ni en nuestra sociedad».

Churchill también ha sido denunciado como un belicista. Sin embargo, habiendo sido un hombre que luchó como soldado y que lideró a su nación en la guerra, él siempre reconoció y escribió acerca del aspecto sombrío de la guerra. En 1898, escribiendo desde el campo de batalla en Sudán, afirmó «he pensado acerca de la mezquindad de la guerra. Uno no puede endulzarla. La crudeza se trasluce». Dos años más tarde, en calidad de corresponsal de guerra en Sudáfrica, informó a sus lectores: «Ah, qué horrible es la guerra, increíble mezcla de lo glorioso y lo escuálido, lo penoso y lo sublime. Si los líderes, hombres modernos e ilustrados, le vieran la cara más de cerca la gente simple no la vería casi nunca». Estos pensamientos nunca le dejaron. En 1909, siendo un invitado oficial en las maniobras del ejército



Pittura «Mary's first Speech», c. 1929».

CHHE 8/47. Painting(s) by Sir Winston S. Churchill reproduced with permission of Churchill Heritage Ltd.
Copyright © Churchill Heritage Ltd.



Pittura «View of Chartwell», c. 1938».

CHHE 8/286. Painting(s) by Sir Winston S. Churchill reproduced with permission of Churchill Heritage Ltd.
Copyright © Churchill Heritage Ltd.

W. Churchill con su hija Mary en Chartwell.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/9/43. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved.

alemán, Churchill le escribió a su mujer: «A pesar de lo mucho que me atrae la guerra con sus situaciones tremendas siento, con más profundidad cada año que pasa —y puedo calibrar el sentimiento aquí, en mitad de las armas— qué vil, perversa y bárbara estupidez es todo esto». Cuando, en 1920, el gobierno británico —del que él era miembro— contemplaba la guerra con la Unión Soviética tras la invasión de Polonia escribió del pueblo británico: «están completamente cansados de la guerra. Durante cinco amargo años han aprendido demasiado sobre su esclavitud de acero, su miseria, sus decepciones burlescas, su persistente sentido de pérdida». En 1942, tras ver la filmación de la Royal Air Force del bombardeo de la ciudad alemana de Wuppertal, en el que perecieron más de dos mil personas —hasta aquel momento el número más alto de civiles muertos en un solo ataque británico— Churchill se volvió a quienes veían la película con él y les preguntó: «¿Somos bestias? ¿Estamos llevando esto demasiado lejos?». En 1953, reflexionando en la preponderancia de los bombardeos en la guerra, Churchill le dijo a un amigo: «en general prefiero haberme enfrentado a los problemas que nos ha tocado vivir, pero creo que debo dejar constancia de que lamento que la especie humana haya aprendido a volar».

Churchill nunca mantuvo que él fuera «el hombre que ganó la guerra»: sabía que había sido la nación al completo quien lo había logrado con gran coste en vidas y riqueza y que nin-



gún individuo podía reclamar la victoria para sí. Durante un discurso a los mineros del carbón el 31 de octubre de 1942 dijo «...algún día, cuando los niños os pregunten “¿Qué hiciste para darnos nuestra herencia y para ganarte un nombre tan respetado entre los hombres” alguno dirá “fui piloto de caza”; otro dirá “fui oficial en el servicio de submarinos”; otro “marché con el 8.º Ejército”; un cuarto dirá “ninguno podría haber sobrevivido sin los convoyes de la marina mercante”; y vosotros diréis, con el mismo orgullo y el mismo derecho “nosotros sacamos el carbón”». En 1955, respondiendo a aquellos que le daban el crédito por la resistencia británica de 1940 dijo «quien tenía un corazón de león era toda una nación y toda una raza que vivía a lo largo y ancho del globo. Yo tuve la suerte de darle su rugido al león. También espero haberle sugerido, a veces, el lugar correcto en el que usar sus garras».

En el conflicto de la humanidad con la naturaleza Churchill fue lo que ahora llamaríamos un ecologista. Tan pronto como en 1929 ya expresó su desesperación ante la capacidad destructiva del ser humano, diciéndolo a su hijo durante una visita a Canadá «es curioso cortar los maravillosos árboles que vimos este

mediodía para hacer pasta para esos malditos periódicos –y llamarlo “civilización”».

Desde 1945, Churchill ha sido retratado con frecuencia como un beligerante que respiraba fuego durante la Guerra Fría. Sin embargo, su discurso «El Telón de Acero» pronunciado en 1946 en Fulton, Missouri, se titulaba, de hecho, «Los tendones de la paz» y en él declaró «yo no creo que la Rusia soviética desee la guerra. Lo que desean es los frutos de la guerra y la expansión indefinida de su poder y sus doctrinas». Lo que se necesitaba era «un acuerdo» con Rusia. En 1949, cuando la Guerra Fría ya estaba en lo más álgido, Churchill expresó claramente su punto de vista sobre el fin de la tiranía comunista: «no creo que ningún pueblo pueda ser esclavizado para siempre», le dijo a una audiencia en el Massachusetts Institute of Technology. «La maquinaria propagandística puede llenarles la mente de falsedades y negarles la verdad por muchas generaciones, pero el espíritu del hombre, aunque esclavizado o congelado en una larga noche, puede despertar por un chispa que venga de Dios sabe dónde y en un momento toda la estructura de mentiras y opresión se pone a prueba. Los pueblos esclavizados nunca deben desesperar».

Firme creyente y practicante durante más de medio siglo, en la democracia parlamentaria, tras su derrota en las elecciones generales de 1945 Churchill comentó de los votantes: «Tienen perfecto derecho a votar como quieran. Eso es la democracia. Eso es por lo que han

estado luchando». Sin embargo, ¿fue Churchill dictatorial durante sus años como Primer Ministro en guerra? Durante la Segunda Guerra Mundial nadie tuvo más poder –al menos sobre el papel– que él. El 10 de mayo de 1940, tras convertirse en Primer Ministro se autotituló Ministro de Defensa. Pero también formó un gobierno compuesto por los tres partidos políticos mayoritarios: Conservador, Liberal y Laborista. En enero de 1942 una moción de confianza contra Churchill fue derrotada por 437 votos contra 1. Habiendo estudiado todas las decisiones con las que Churchill estuvo asociado durante la guerra, queda bien claro que, una y otra vez, Churchill fue incapaz de imponer su poder o imponer su voluntad. En el momento más desesperado para Gran Bretaña, con las tropas alemanas avanzando hacia las costas francesas del Canal –a veintidós millas de los acantilados de Dover– y con los submarinos alemanes hundiendo los buques mercantes británicos –fue incapaz de persuadir al Presidente Roosevelt de que entregara a Gran Bretaña cuarenta destructores viejos necesarios para mantener abierta la vital línea transatlántica de repuestos y alimentos. Más tarde, tras unos agónicos –para Churchill– tres meses de intercambios telegráficos, Roosevelt accedió a enviar los destructores a cambio del alquiler a los Estados Unidos durante 99 años de las bases en Newfoundland y el Caribe. En los meses en los que era más necesario, el poder de persuasión de la pluma churchiliana falló. Cuatro



Funeral, con honores, de W. Churchill, 1965.

Churchill Archives Centre. Churchill Press Photographs, CHPH 9/F2/15. Photograph of WSC's funeral procession. 1965.

años y medio más tarde, Churchill y Roosevelt fueron igualmente impotentes contra el tercero de los Tres Grandes: José Stalin. Cuando, en la Conferencia de Yalta en Crimea en enero de 1945 Churchill y Roosevelt suplicaron a Stalin que permitiera elecciones libres en Polonia una vez finalizara la guerra, el dictador soviético mostró su acuerdo con una amplia sonrisa y firmó el trozo de papel requerido. Tan pronto como Churchill y Roosevelt se marcharon Stalin rompió el papel y arrestó a los políticos polacos no comunistas a quienes había prometido que podrían hacer campaña durante las elecciones.

Durante las primeras fases de la Guerra, cuando Gran Bretaña se enfrentaba al peligro

de una invasión, el poder de Churchill también fue frenado por sucesos fuera de su control. En primer y más importante lugar el abandono de la fuerza aérea británica y la industria de armamentos, durante los años anteriores a la guerra, por parte del mismo gobierno que había excluido al propio Churchill de tomar parte en el proceso de toma de decisiones y se había mofado de sus advertencias sobre los peligros del futuro. Churchill era un brillante defensor de sus ideas, capaz de usar el lenguaje para inspirar y para persuadir: pero este poder también le falló en junio de 1940, mientras las tropas alemanas avanzaban a toda velocidad hacia París y el dictador italiano Benito Mussolini se preparaba para atacar Francia por la re-

taguardia. Churchill puso, negro sobre blanco, una fuerte petición a Mussolini, urgiéndole a que no atacara y advirtiéndole que, de hacerlo, Gran Bretaña recibiría aún más apoyo de los Estados Unidos. Mussolini ignoró la advertencia. De resultas, Gran Bretaña tuvo que enfrentarse, durante dos años a un enorme coste en vidas y esfuerzo nacional, al ejército, la armada y la fuerzas aéreas italianas en el Mediterráneo y el norte de África. La pluma de Churchill no tuvo el poder de evitar la larga lucha en la que Gran Bretaña e Italia se iban a embarcar.

No sólo el poder de su pluma, también el de sus argumentos, encontró su igual en los japoneses. Dos veces antes de Pearl Harbor –en abril y de nuevo en agosto de 1941– Churchill envió cartas personales al Ministro de Asuntos Exteriores japonés. Su objetivo era persuadir a los japoneses de que no atacaran a los Estados Unidos. En la carta, Churchill explicó en detalle los motivos por los que Japón no sería capaz de ganar esa guerra «si ocurriera

que Alemania es derrotada, como ocurrió la última vez». Churchill enfatizó en particular la aplastante superioridad de la producción anglo-americana de acero. Aún así, a pesar de que sus argumentos eran poderosos y exactos, fueron ignorados. Costaría cinco años de guerra brutal que Japón pagara el precio.

Churchill nunca ambicionó el poder en sí mismo y siempre entendió sus limitaciones. «No puedo decir que esté disfrutando mucho siendo Primer Ministro», le confió a uno de sus predecesores mientras los bombardeos alemanes traían destrucción y muerte a las ciudades británicas y él se veía impotente para impedirlo. El poder supremo eludió a Churchill durante la Segunda Guerra Mundial pero, tal y como su hijo Randolph le escribió quince años más tarde, cuando su padre se sentía deprimido: «tu gloria está consagrada para siempre sobre el pedestal inmortal de tus logros; y jamás podrás ser destruida o manchada. Fluirá con los siglos».

Dos cartas para España

Hace años escribí un artículo sobre la sorpresa que me supuso conocer que una personalidad de la talla de Winston Churchill hubiera escrito una afectuosa carta de pésame a la madre de Manolete, con ocasión de la desgracia de Linares. La carta venía reproducida en un libro publicado a finales de los años cuarenta y yo expresaba mi extrañeza de que algo tan significativo hubiera caído prácticamente en el olvido y no se citase en la bibliografía más reciente sobre el torero cordobés¹. Hace poco he conocido que a la carta de doña Angustias había precedido, en mayo de 1946, otra de Churchill al propio Manolete, agradeciéndole el envío de una cabeza de toro disecada con un lucero en forma de «v» en su frente. Esta carta la conserva la familia Flores Camará, que amablemente nos ha permitido su reproducción.

Ambas cartas expresan el respeto del estadista británico por el valor del matador y el agrado por el trofeo recibido y nos parece son algo más que meras expresiones de cortesía, y que incluso se podrían interpretar como una muestra de que Churchill no compartía los habituales pre-

juicios anglosajones contra la fiesta de los toros. Ello no es extraño porque él, al igual que Hemingway, amaba los deportes de riesgo y estimaba en grado sumo la valentía personal y ello es evidente en estas dos cartas. Además, en la de Manolete, deja claro que el regalo le había sido enviado por el ganadero José Escobar, pero que Churchill quiso dirigirse en persona a quien había mantenido una dura lid con el toro. En la carta posterior a la madre del torero ya fallecido, Churchill se refiere al regalo como noble trofeo logrado en la plaza.

Nos queda un amplio reportaje fotográfico del acto público en el cual se hizo entrega al embajador británico en Madrid de la cabeza del toro *Perdigón*. Entre el público asistente reconocemos al duque de Alba y al torero Domingo Ortega, y es evidente que fue una ocasión aprovechada intencionadamente por los partidarios de los aliados para testimoniar su simpatía, en una ciudad en la que no tenían demasiadas oportunidades de hacerlo. Julio Caro Baroja nos ha dejado un fidedigno testimonio de cómo los simpatizantes de Inglaterra, en principio no muy numerosos, se reunían en Madrid en torno al Instituto Británico, dirigido por el profesor Walter Starkie, durante los años de derrotas de la guerra mundial y cómo, cuando las tornas se

¹ Córdoba, José Luis de, *Córdoba, cuna del toro*, 1948. Mi artículo llevaba como título «Aspectos inéditos de la personalidad de Manolete» y fue publicado en la revista *Taurología*, n.º 2, Madrid, invierno de 1990.

WESTERN 1617.

28, HYDE PARK GATE,
LONDON, S.W. 7.

May 29, 1946.

My dear Señor Manolete,

I received some time ago the head of a magnificent bull, which was sent to me by its breeder, Senor Don José Maria Escobar. The bull has a clearly marked "V" on its forehead, and was I am told killed by you at Valencia on V.E. Day. I want to thank you for the part you played in enabling me to be the recipient of this very pleasing expression of friendship and goodwill from Spain. Pray accept my congratulations on the happy result of what must have been a severe contest.

*Yours sincerely,
Winston S. Churchill*

Senor Manolete.

cambiaron, muchas más personas empezaron a manifestar sus opiniones contrarias a la Alemania nazi². El acto de la entrega de la cabeza de toro para Churchill, una vez lograda la victoria en Europa, se encuadra dentro de este segundo periodo, por lo que no se puede calificar de heroico, pero sí de muy comprometido frente a la administración franquista, a la que costó despojarse de su inicial simpatía por las fuerzas del Eje y de su germanofilia.

Carta 1. De W. Churchill a Manuel Rodríguez Manolete (Familia Flores Camará. Sevilla)

Western 1617. 28, Hyde Park Gate. London SW 7. May 29, 1946. My dear Señor Manolete (ms). I received some time ago the head of a magnificent bull, which was sent to me by its breeder, Senor Don José Maria Escobar. The bull has a clearly marked «V» on its forehead, and was I am told killed by you at Valencia on V.E. Day. I want to thank you for the part you played in enabling me to be the recipient of this very pleasing expression of friendship and goodwill from Spain. Pray accept my congratulations on the happy result of what must have been a severe contest. Gracias mil.(ms) Winston Churchill (ms). Senor Manolete.

Traducción: «29 de mayo de 1946. Mi querido señor Manolete: Hace algún tiempo recibí la cabeza de un magnífico toro, que me fue enviada por su criador, el señor José María Escobar. El

toro está claramente marcado con una “V” en su frente, y se me dijo que fue muerto por Vd. en Valencia el día de la Victoria en Europa. Quiero agradecerle a Vd. la parte que ha jugado en permitir que sea el receptor de esta expresión tan agradable de amistad y buena voluntad desde España. Le ruego acepte mis felicitaciones por el feliz resultado de lo que ha debido ser una dura lidia. Gracias mil. Winston Churchill. Señor Manolete».

Carta 2. De W. Churchill a doña Angustias Sánchez (Paradero desconocido)

October 10, 1947. Senora, I am most grieved to learn of your son's tragic death at Linares, and wish to send you the expression of my deepest sympathy. I was moved when I received the noble trophy of your son's superb skill in the bullring, sent to me on the occasion of our victory in Europe. I would wish to add my sincere condolences to all tributes which you have received. Yours faithfully (ms) Winston Churchill (ms).

Traducción: «10 de octubre de 1947. Señora: Estoy muy apenado al conocer la trágica muerte de su hijo en Linares, y quiero enviarle la expresión de mi más profunda simpatía. Me conmoví al recibir el noble trofeo de su hijo soberbiamente matado en la plaza de toros, enviado a mí con ocasión de nuestra victoria en Europa. Quiero añadir mis sinceras condolencias a todos los reconocimientos que Vd. ha recibido. Sinceramente suyo. Winston Churchill».

² Caro Baroja, Julio, *Los Baroja*, Madrid, 1972, págs. 400 y ss.

English Texts



Regional Government of Madrid

President

Esperanza Aguirre Gil de Biedma

Vicepresident and Regional Minister of Culture and Sport and Spokesperson of the Madrid Government

Ignacio González González

Regional Deputy Minister of Culture

Concha Guerra Martínez

General Director of Archives, Museums, and Libraries

Isabel Rosell Volart

Deputy Director of Museums

Álvaro Martínez-Novillo

Fine Arts Advisor

Lorena Martínez de Corral

Exhibition

This exhibition has been organised by the General Directorate of Archives, Museums and Libraries of the Deputy President's Office, Ministry of Culture and Sport and Spokesperson's Office of the Regional Government of Madrid.

In association with the Churchill Archives Centre (Cambridge), Chartwell House (Westerham) and the Museo del Ejército (Toledo).

Curator

David Sarias Rodríguez

General Coordination

Concha Vela

Coordination

Adriana Rexach

Pilar Gutiérrez

Research

Lucía Laín

Design and installation

Enrique Bonet

Conservation

Teresa Cavestany

Facsimile, prints and frame

Cromotex

Translation

Polisemia

Installation

ExmoArte S.A.

Transport

Manterola

Insurance

STAI

Catalogue

Editor

David Sarias Rodríguez

Texts

Roberto Villa García

David Sarias Rodríguez

Allen Packwood

Emilio Sáenz-Francés San Baldomero

Manuel Álvarez Tardío

Sir Martin Gilbert

Carlos Abella Martín

Head of Temporary Exhibitions

Concha Vela

Coordination

Marina Rodríguez

Adriana Rexach

Graphic Design

Fernando López Cobos

Translation

Nichola Clayton

Polisemia

Prepress

Cromotex

Printing

Comunidad de Madrid

Cover photo

W. Churchill in 1939.

Churchill Archives Centre, the Papers of Baroness Spencer-Churchill. CSCT 5/4/1. Supplied courtesy of the Master, Fellows and Scholars of Churchill College, Cambridge. Copyright reserved

© of this edition: Regional Government

© of the texts: the authors

© of the translation: Nichola Clayton, Polisemia

The publishers have made every effort to locate the copyright owners of all images appearing in this catalogue.

ISBN: 978-84-451-3379-8

Legal Deposit: M-9151-2011

Acknowledgements

Manuel Flores Camará
Catalina Luca de Tena
Pedro Romero de Solís

ABC Archives

Federico Ayala Sorensen

ABC Collection

Lucía Báez García

Army Museum of Toledo

General Antonio Izquierdo, director
M.^a Cristina Giménez Raurell
Carmen Pérez de Andrés

Assembly of Madrid

Pedro Muñoz

Chartwell House

Alice Martin

Churchill Archives Centre

Sarah Lewery
Allen Packwood
Madelin Terrazas

Churchill Heritage Limited

Anthea Morton-Saner

Curtis Brown

Gordon Wise y John Parton

*General Administration Archive,
Ministry of Culture*

Mercedes Martín Palomino
Ángeles Santoyo Romero

Getty Images

Lluís Pascual

Gtres, Associated Press

Manuel Montero

Library of Congress (Washington)

National Archive of Catalonia

Conxi Petit Cebrián

Oronoz Archive

Silvia Cermeño

Regional Archive of the Government of Madrid

Antonio González Quintana
Nieves Sobrino García

Spanish-Cuban Foundation

Cristina Álvarez Barthe
Flores Chaviano

The Regional Government of Madrid, honouring its commitment to bring the people of Madrid the best exhibitions, is proud to present *Walking with Destiny: Winston Churchill and Spain, 1874-1965* at the Sala El Águila. This event offers us an insight into one of the most extraordinary historical and political figures of the 20th century and the world he lived in and helped to shape.

Although the critical years of the Second World War are naturally present, the main theme of this exhibition is the fascinating and complex life of Sir Winston Churchill himself. From the Victorian Empire to the Cold War, Churchill is depicted in all of his many facets: soldier and military hero, journalist and war correspondent, biographer and historian, political leader and liberal-conservative thinker.

The highlight of this show is the collection of Sir Winston's documents and personal effects – which has never before been exhibited on the European continent – held at the Churchill Archives Centre in Cambridge and at Chartwell House, Sir Winston Churchill's extraordinary home which has since been turned into a museum.

Some of the most fascinating items on loan from the Churchill Archives are undoubtedly the original manuscripts of his famous speeches, such as "The Few", in which Sir Winston praised the heroism of RAF pilots during the terrible struggle of 1940, and the speech he gave in Zurich in 1946, in which he called for European unity and the triumph of liberal democracy.

The citizens of Madrid and visitors from other parts of Spain and abroad will be able to discover the British statesman's most personal side thanks to the collection loaned by Chartwell House, which includes the canvases and paints that Churchill painted until the end of his life, his famous black walking stick and top hat, and the Dictaphone and typewriters used to produce his prolific literary output.

The exhibition also features items contributed by the Museo del Ejército in Toledo, most notably the medal which Churchill received during the Cuban campaign, and documentary and graphic resources on loan from several Spanish archives.

With this show, the Regional Government of Madrid also offers its citizens an opportunity to examine the relationship of interest and affection that bound Churchill to Spain and the Spanish people, from the moment he earned his first military distinction alongside Spanish soldiers in Cuba in 1895 to the end of his life.

I would like to thank all the individuals and institutions who have worked to organise this exhibition, which is unprecedented outside the English-speaking world and which I am sure the people of Madrid and those who come to visit us will thoroughly enjoy.

This show, which will undoubtedly be one of the highlights of the Spanish cultural calendar this year, represents a unique opportunity to discover an incredible man: one of the greatest statesmen and orators the world has ever known, and a political leader who rallied an entire nation to the defence of freedom.

Esperanza Aguirre Gil de Biedma
President of the Regional Government of Madrid

Foreword

David Sarias Rodríguez

Winston Churchill (1874-1965) is one of the most universal British figures – and certainly the most universal *politician* – of all time. The texts featured in this publication and the exhibition they accompany are intended to provide the Spanish public with an insight into the life and personality of this British statesman, with particular emphasis on the relatively obscure details of his association with Spain. Thus, both the exhibition and the catalogue texts contemplate Churchill in the light of the changing and complex historical period stretching from his days as a young cavalry officer at the turn of the century to his experience as the leader of a nation threatened by the nuclear terror of the Cold War. As evidenced by the spirit of adventure that led him to travel halfway around the world and become a war hero, Churchill was born and educated in the Victorian values that characterised the heyday of the British Empire. After the Great War, however, his adult life was dominated by his country's gradual – and, for him, lamentable – decline. It would be hard to exaggerate the agonies Churchill suffered in the knowledge of Britain's limited capacity for action, first as the fascists rose to power and then as he stubbornly held out through the early, terrible months of solitude in the Second World War. Furthermore, after 1942 his resolute opposition to Soviet expansionism was extraordinarily conditioned by his country's growing and inevitable subordination to the United States. Even so, Churchill never stopped believing that Britain had a role to play as a world power. This position goes a long way towards explaining why he was such a strong supporter of European integration as a mechanism for guaranteeing peace on the continent – expressed, for example, in his famous speech at Zurich in 1946,

included in the collection on display – and why he argued so passionately for an autonomous Britain capable of operating on the European stage as both a privileged partner of the United States and the centre of the Commonwealth of Nations that grew out of the empire.

A second aim of this enterprise is to highlight Churchill's enduring – though relatively little-known – ties with Spain, which faithfully reflect the British premier's changing attitudes and thinking. Thus, his opinion about Spanish rule in Cuba (in general, he supported the Spanish position and opposed the United States' growing tendency towards capricious interventionism), which is represented in the exhibition by the military merit medal the Spanish authorities granted him and excerpts from the numerous articles he wrote about the issue, must be understood in the light of Victorian society and the heyday of the British imperial government. These realities also help to explain the friendship and affection Churchill felt for eminent Spanish political figures of the day such as King Alfonso XIII and Jacobo Fitz-James Stuart, Duke of Alba, reflected in the exhibition by the correspondence between Churchill and these two figures and by the fascinating photographs taken during his visits to Spain. Inevitably, Britain's position in the international order combined with Churchill's educational background and these ties of affection to colour his attitude towards Spain. Thus, the lack of British preparation sheds considerable light on why Churchill adopted such a cautious position on the Spanish Civil War, as reflected in his numerous articles in defence of the non-intervention policy – such as the famous “Spanish Tragedy” piece included in the exhibition – which contrasted starkly with his

outright rejection of the British government's appeasement of Hitler. The perceived weakness of Britain, magnified by the war and the inexorable rise of the Soviet Union and the United States as mighty superpowers, also helps to explain Churchill's pragmatic stance regarding Francoist Spain's ambiguity in the Second World War, as shown in the telegrams on display here in which Churchill and Franklin Roosevelt discuss how to deal with Spain during the war. And this same weakness, no doubt reinforced by Churchill's fervent anti-communism, was also a factor in his reluctance to jeopardise Spain's internal stability and his consequent tolerance of the Francoist regime, a position that was continued by Attlee's Labour government and is reflected in Churchill's lengthy missive to Franco in the closing stages of the war, which is included in the collection on display here.

As a third aim, both the exhibition and the texts in this publication examine Churchill's role in adapting the liberal-conservative discourse to the rise of Keynesian state interventionism and the spread of political models inherent to advanced democracies. As evidenced in an early speech from 1899 and a similar example from 1951, both included in the exhibition, Churchill's position on the government's role in social welfare evolved from what Allen Packwood describes here as 'Victorian paternalism' to an unmitigated acceptance of the welfare state in general and a free national health system in particular. With regard to financial administration, Churchill's disastrous personal experience with fading laissez-faire economics linked to the gold standard during the late interwar years, combined with the electorate's clear preference for an activist government, led him to respect and accept the growing role of

the state in regulating and, in short, intervening in the national economy.

From the visual and emotional perspective, the exhibition features a fascinating selection of personal items ranging from the passport with Spanish visas that Churchill used in 1959 and the painting tools from his final years to the top hats and walking stick traditionally associated with his public persona. These items are complemented by a rich collection of documents and photographs that illustrate the different facets of Sir Winston addressed in this project. Thus, a selection of pictures of Sir Winston in Spain during his visits of 1914 and 1959 accompany the opening essay in this publication, in which Roberto Villa compares the British and Spanish political systems and introduces readers on this side of the Pyrenees to the intricacies of the political stage on which Churchill played out his extraordinary public life. The second text addresses the first section of the exhibition and examines Churchill's early life, focusing particularly on his 1895 journey to Cuba in the final days of the Spanish Empire. This text also analyses the importance of Churchill's social position and character in forging his brilliant political career and is accompanied by another selection of photographs showing his progression from boy to man, including pictures of his days at the military academy at Sandhurst, close family members and the circles he frequented in Cuba. Allen Packwood, director of the Churchill Archives Centre where Sir Winston's personal papers are kept, has contributed to our enterprise with an essay on Churchill's early political career spanning the period from the turn of the century to the 1930s. The accompanying photographs include the famous picture of a young (and frustrated) Churchill held

prisoner by the Boers, snapshots from his stints in different government departments, a fascinating picture of him with the legendary Lawrence of Arabia, and images of his return to military life during the Great War. The next essay, by the lecturer Emilio Sáenz-Francés, appraises and explains Churchill's attitude towards Spain during the 1930s and 40s and is illustrated by some of the most powerful images of Churchill's 'finest hour'. Emilio Sáenz-Francés also discusses the British statesman's evident distrust of the Republic's legitimate government during the Spanish Civil War and the difficult bilateral relations between Britain and Spain (trilateral if we include the United States) during the Second World War. The final stage of Churchill's life and career is examined

by Manuel Álvarez Tardío, who also evaluates his adjustment to the new post-war situation – reflected, for example, in snapshots of Churchill giving his famous speeches in Fulton and Zurich – with a particular emphasis on the transition from the liberal-conservative tradition, to which Churchill belonged, to the advent of Keynesian social democracy. Finally, Sir Martin Gilbert, Churchill's official biographer, provides us with a personal reflection on some of the more persistent myths about his subject's character and personality. This last section is accompanied by a selection of photographs that focus on the more personal and private aspects of Churchill's life, including him receiving the Nobel Prize for Literature and the product of his passion for painting.

From Liberalism to Democracy: The British Political System in the Age of Churchill

Roberto Villa García

The long life of Winston Churchill (1874-1965) spans one of the most exciting phases of European political history. During the final quarter of the nineteenth century and the opening decades of the twentieth, a transition took place from liberal representative government to mass democracy as we conceive of it, and this was a process which involved considerable changes to European political systems. Broadly speaking, the sovereignty which had previously been shared between monarchs and parliaments shifted overwhelmingly towards the latter, while a franchise limited by property or education gave way to universal suffrage. Women ceased to occupy a marginal position in political life, and acquired the same civil rights already enjoyed by men. Political parties were no longer elite groupings which mobilised themselves according to electoral or parliamentary needs, but had become permanent organisations with impressive numbers of members. Finally, the supremacy previously enjoyed by liberal parties was beginning to be challenged by alternative political currents, such as the labour movement, confessional corporatism, and authoritarian nationalism.

While not revolutionary, these political transformations accelerated at the same rate as the accompanying economic, social and cultural changes. The years which elapsed between 1870 and 1914 are often referred to as the “Second Industrial Revolution”: an age characterised by brilliant innovation and swift technological changes, the emergence of big business, and revolutions in transport and communication. This was the period when international trade was truly unleashed, and which saw global exploration’s final discoveries provide a definitive knowledge of the earth’s entire surface; at the same time, the secularisation of European societies paved the way for the triumph of science paralleled by that of rationalism and positivism in the intellectual sphere. During these decades, as both modern trades unions and employers’ associations were emerging,

governments began to experiment with policies which were in effect the forerunners of the modern welfare state. Furthermore, state bureaucracies grew in size and were increasingly professionalised, while the expansion of literacy among the general population followed the spread of public education. Urban growth and the rise of various artistic movements also bore the imprint these changes: this was the age of the cinema and of the popularisation of forms of entertainment previously reserved to the elites; of the electric light, the car and the photograph; of new lifestyles and forms of leisure which, in short, inaugurated the world in which we live today. However, this was also the period which gave birth to a number of pathologies which would not have thrived were it not for the disastrous impact of the First World War: the exacerbation of trade protectionism; the growing rivalry between the various imperial powers; revolutionary socialism; and the development of Social Darwinism, of racist nationalism, and of an anti-liberal, corporatist Catholicism.

Churchill and the Europe of his time were also all too familiar with a less optimistic intermediate phase which interrupted the open path towards modernity that had been signalled by earlier decades. For European civilisation, the period between 1914 and 1945 contained a number of true *annus horribilis*. Firstly, the apparent international stability which had emerged in the aftermath of the Franco-Prussian war (1870-1871) was obliterated by two destructive world wars. In both cases, the European theatre saw the greatest damage, with millions of deaths and unprecedented devastation inflicted upon cities and the countryside. Meanwhile, the triumph of Communism in Russia had ruined the opportunity for transformation towards democracy which had been opened up in February 1917. If that alone were not sufficient, Communism’s internationalist calling would constitute a decisive destabilising factor in many other European countries. Together with totalitarian nationalism, Communism served

to encumber the difficult transition from liberalism to democracy. The process was checked in southern Europe, while the parliamentary regimes established in Eastern Europe after the First World War failed to endure and gave way to right-wing dictatorships. Fascism took possession of one of the continent's most important nations, Italy, while Nazism destroyed the Republic and forged a revolutionary dictatorship in Germany, the keystone upon which the stability of the entire continent had depended since the Treaty of Versailles (1919).

This crisis was not exclusively political: liberal optimism, the belief in the individual, rationalism and scientific positivism were all in steep decline during these decades. Instead, new ways of thinking based upon notions of community, the supremacy of the collective, irrationalism and voluntarism became popularised, and these in turn influenced scientific method and artistic trends. Although international trade resumed its expansion after stalling during the First World War, it would again retract in the aftermath of the crash of 1929, which in turn prompted a rise in economic nationalism. Moreover, this crisis represented an alarm call which had the effect of destroying confidence in the system of free markets and their capacity to secure prosperity for an ever-growing number of citizens.

Only after 1945 did the Europe resume the political, economic and cultural shape which had been plotted prior to the First World War. Nevertheless, it would do so against a background of uncertainty produced by the relative decline of Europe's power position, its division, along with that of the rest of the world, into two blocs, one liberal-democratic, the other Communist, and the latent confrontation between the two superpowers leading them – the United States and the Soviet Union – known as the Cold War. In effect, it was not until the dissolution of the USSR in 1991 that the liberal-democratic polities would recover the position of absolute hegemony which they had lost in 1914. This was an

achievement which Winston Churchill would not live to see: his death in 1965 occurred at a moment of relative relaxation in the struggle, when the nuclear balance between the two superpowers ensured that in the short-term there appeared to be little prospect of defeating of Soviet totalitarianism.

The political changes which took place during Churchill's lifetime, and which have already been delineated here with a broad brush, did not of course assume identical forms in all European nations. In fact, the British politician was lucky enough to live through these transformations from the relative calm that characterised his mother country during those decades. Without doubt Great Britain also faced serious problems during the interwar period, and she certainly suffered the consequences of the two world wars in which she was a main participant. Yet all of these challenges were met within the context of a remarkably stable political framework. Great Britain had successfully undergone the transition from liberalism to democracy in a gradual and deliberate fashion, without great upheavals. Political reform, far from weakening the age-old institutions of government, appeared instead to strengthen and modernise them simultaneously, with the additional bonus of infusing the status quo with sufficient legitimacy to ward off the challenge represented by nationalist or Communist authoritarianism. In contrast to the more or less abrupt political transformations experienced by nations such as France or Spain, where the revolutionary tradition ensured that competition between political parties unfolded with scant respect for the regnant institutional framework, Great Britain invariably appeared as the model liberal state.

The country in which Churchill drew his first breaths (1874) was at that time the world's greatest power, a position which then appeared to be unassailable. Only Germany and the United States could be considered comparable, and even these two rising powers fell considerably short in terms of economic and military might. Moreover, Great Britain

possessed the world's most extensive colonial empire, and one that was still expanding in both Africa and Asia. These were the years of so-called "splendid isolation," the golden age of a liberal order still marked by its distinctly aristocratic character. However, these were also years in which a broad-based middle class of rural property-owners and tenants, industrialists, shopkeepers, liberal professionals, civil servants, and workers with skills attuned to the needs of a capitalist economy was consolidating itself. Broadly-speaking, this period constituted a peculiarly British *belle époque* which was in many ways ahead of other nations in the twilight of the Victorian era.

Without doubt the long reign of Queen Victoria (1837-1901) represented the Great Britain's apogee as a global power. In political terms, Churchill's birth coincided with the second government led by Benjamin Disraeli, the first and only prime minister of Jewish origin in British history. Disraeli's new-look Conservatives, now in power, found themselves facing the new Liberal party of William Gladstone at election time. Colonial wars, social reform, and above all the Irish Question in its multiple manifestations (Home Rule, religion, economics) were the most pressing issues. Yet the final three decades of the nineteenth century were, within the context of an apparently unaltered institutional framework, a period in which changes to the British political system gathered apace. It was during these years that the nation began to democratise gradually, a process which would not be culminated until 1928.

What was the institutional structure to which these reforms were implemented? In general terms, how did the British political system operate? In the first place, it is commonly thought that Great Britain does not possess a written constitution, but this belief is somewhat misleading. In contrast with other countries such as Spain, the British "Constitution" does not consist of a unified legal text in which the principles and fundamental rules that govern the

political system are set forth. On the contrary, it is compromised of a collection of different laws which were superimposed on one another over the centuries: Magna Carta (1215); the 1679 law of *habeas corpus*; the 1689 Bill of Rights; the 1701 Act of Settlement; the 1707 Act of Union with Scotland, and perhaps most importantly for the establishment of the liberal representative system of liberal, the Great Reform Act of 1832. Along with these provisions, the Constitution is also manifested in a series of unwritten customs and conventions which address questions not regulated by law.

In some respects this type of constitutionalism was the direct legacy of the *Ancien Regime* with which Great Britain never entirely succeeded in breaking with – or if she did, the rupture took place in a peculiar manner which ensured that the weight of tradition and reverence for the past would not hinder progressive modernisation. In this respect the difference between Great Britain and other nations such as Spain is striking. In the case of the latter, as with the majority of European states, there was a revolutionary break with the *Ancien Regime*, which entailed that the new system be defined through constitutional law, codifying and thereby safeguarding all of the changes to the rules and institutions. Undoubtedly the alternative route followed by Great Britain acted to delay a number of political and administrative reforms which were implemented rapidly in Spain during the early nineteenth century. However, the British way appeared more successful in terms of safeguarding the stability of the stability of the underlying system.

In Spain, the rupture with the *Ancien Regime* was far more drastic. Although the reforms which had been introduced by the Liberals made a decisive contribution to the establishment of a representative system, their implementation generated far less consensus among the political elite. Therefore, these changes came at the price of serious bouts of institutional instability, the best example of which

is provided by the partisan constitutions (*Constituciones de partido*) of the nineteenth century. During the early years of the representative regime, each Spanish political grouping aspired, once in power, to enact its own particular constitutional model, with little or no reference to the aspirations of their opponents. As a result, with the Constitution of 1876 Spain unveiled the equivalent of no less than her sixth Magna Carta.

Nevertheless, a fair comparison demands that we do not merely focus on internal factors as explanations for the different manner in which the representative system was established in one country or another. Great Britain had emerged strengthened and unscathed from the metaphorical earthquake which had been provoked throughout continental Europe by Napoleonic expansion, and more importantly, she had not suffered the effects of fighting on her territory, and nor had her independence and traditional institutional structure been seriously endangered.

In contrast, Spain was a country at war almost continuously between 1793 and 1840. Furthermore, her existing institutions proved unable to respond to the Napoleonic invasion and as a result sank in 1808, while the political elite saw itself divided between Francophiles; those who supported the acceptance of the Bonapartist monarchy as *fait accompli*; and patriots, who fomented rebellion and armed struggle against the French. Although the latter grouping succeeded in the military arena, they did not manage to secure consensus around a new common institutional framework. While the Liberals aimed to construct an entirely new political system, the “Realists” sought to promote either reforms based on the legislation of the Ancien Regime, or a straightforward return to the pre-1808 status quo. So deep was the chasm between the two that the problem ultimately provoked a long civil war, one that was latent between 1814 and 1833, and open between 1833 and 1840. The fact that the issue of institutional

reform had to be resolved over such a long period of time, and by means of the violent exclusion of the opponent, had deleterious consequences. Indeed the repercussions on Spanish political culture would continue for a further thirty years. After the Liberals’ final victory, the new parties competed for power in the same spirit that had characterised the struggle between Liberals and “Realists” – with one side perpetually seeking to exclude the other – and used revolutionary uprisings and military revolts to put themselves in power and secure their desired constitutional reforms. Curiously enough, the birth of Churchill coincided with the end of this era in Spain: the new representative regime sponsored by Cánovas del Castilla from 1874 onwards, and codified in the 1876 Constitution, inaugurated one of the most stable periods in the political history of our nation.

Moreover, it should not be forgotten that even though Great Britain succeeded in preserving institutional stability through gradual reform, this approach also entailed a certain degree of delay in the adoption of some of the political innovations which the progressive implantation of Liberalism usually involved. In the nation usually considered to be “the cradle of parliamentarianism,” there were in reality few legal checks on any potential abuse or overreach of the crown’s prerogatives in the nineteenth century. Indeed it was not until the following century that the monarch’s functions would be regulated, at least by default. Therefore, it was only the crown’s respect for common law, and the unwritten customs and practices instituted after decades of upheaval and civil war in the seventeenth century, that preserved the primacy of parliament and established a *de facto* constitutional monarchy. In contrast, the legal limitation on royal power in Spain was a fact from the Constitution of 1812 (effectively the nation’s first constitution), and in formal terms, it was also enshrined in the Constitution of 1876. Nevertheless, in practical terms the particular circum-

stances in which the liberal regime was established in Spain would conspire to make the crown the true political arbitrator in the bitter disputes which ensued between the political parties.

At the close of the nineteenth century, both the appearance of the British parliament and its day-to-day workings remained notably archaic in comparison to its Spanish counterpart. Until 1911 the lifetime of a British parliament could be up to seven years, and it was only in that year that the term was reduced to five – a measure which had been adopted in Spain as far back as 1845, when even shorter parliamentary terms had been instituted. However, it was invariably the case that legislatures in neither country lasted for the maximum period allowed, and in fact the crown usually dissolved parliament early at the request of the prime minister in both cases. Since the Spanish Senate possessed an elected element from 1837 onwards, in Spain the dissolution affected both chambers, yet in the case of the Senate's British equivalent – the House of Lords – there was no overhaul of its membership through suffrage. Indeed, the Lords held their seats by virtue of their possession of a hereditary title, their position as archbishop or Law Lord (appeal court judge), or through the rights accorded by a lifetime peerage granted by the crown. The upper house's unrepresentative character presented no obstacle either to their ability to veto legislation passed by the elected lower house – the House of Commons – their capacity to act as the final court of appeals, or to oversee the work of government. Although the Commons always wielded a certain amount of primacy when it came to legislation, it did not become clearly and absolutely predominant until the early twentieth century.

However, it was the House of Commons which constituted the cornerstone of the British representative system. Of all British governing institutions, it was the Commons, together with the government (headed by the Cabinet), which underwent most

change in order to adapt itself to the principles of a democratic system. Despite the persistence of customs in the House's day-to-day rules dating from the unreformed system (pre-1832), in Churchill's lifetime a series of transformations took place, the most significant of which included the establishment of the committee system. These bodies evidenced the growing complexity which characterised the issues being addressed by Parliament, and were made up of at least sixteen MPs (Members of Parliament) who specialised in the particular material or subject at hand, and who took responsibility for organising the legislative work related to their committee's area.

The Age of Churchill also saw the consolidation of party and parliamentary discipline, which in effect curtailed the freedom of conscience and independence which each MP had traditionally enjoyed. The originality of British parliamentarianism is embodied in the whip, a figure which appeared from 1880 onwards and which would subsequently be emulated in other countries within Great Britain's sphere of influence. The whip was (and continues to be) a member of the party charged with maintaining discipline within the parliamentary party, and with keeping each MP informed of the party line on every vote. Moreover, the whips can resort to a number of measures to enforce discipline, including as a last resort the ability to remove the whip from any MP who refuses to toe the party line – in effect expelling them from the parliamentary party.

On the other hand, a number of the old customs which marked the British parliament as distinctive endured despite political reform. Perhaps the most remarkable of these is the figure of the speaker, which is only partially comparable to the president of the Spanish *Congreso de los Diputados*. Although the speaker is chosen by MPs, and therefore does not cease to be a figure of partisan origin, after their election they must break ties with their party. In fact to ensure impartiality, the speaker does not have the

right to vote in parliamentary divisions or to participate in debates. Like most other parliaments, the speaker is selected once Parliament is already sitting, but unlike the Spanish case, their political affiliation does not necessarily reflect that of the parliamentary majority. In fact, the time-honoured custom dictates that the same person may occupy the role of speaker for more than one parliament, with their continued presence in the House being ensured by another convention: the parties do not present candidates to contest the speaker's seat at election time.

Without doubt, it is the election of MPs which has seen most change over time, achieved via a series of reforms which progressively expanded the political rights enjoyed by the British people. In fact, during Churchill's childhood the system was still in the midst of these transformations. The Great Reform Act of 1832 had dispensed with many vestiges of the Ancien Regime, under which elections had been based upon an electoral map which was drawn following what was historically considered to be a constituency rather than being calculated with reference to population. Each constituency elected a number of MPs that was fixed without any reference to demographic changes.

Nevertheless, mindful of the weight carried by tradition, British politicians did not implement radical changes: they merely eliminated a number of constituencies known as "rotten boroughs," in which there was a dramatic imbalance between the size of the electorate and the number of seats, and redistributed the latter among the most populous constituencies. Along similar lines, the representation accorded to some other areas was reduced, allowing for the creation of new constituencies. In Spain this type of reform was carried out in a much more radical manner: in 1833 Javier de Burgos abolished historical political boundaries, and replaced them with the provinces. From 1834 onwards, the Liberals would base the distribution of seats upon these provinces, with particular consideration given

to the issue of population – a set of criteria which continues to be used today.

The British reforms of 1832 also expanded the electorate from around 400,000 to 650,000, or in other words, political rights were accorded to about one in six adult men. Even though this figure appears small in proportion to the total population, the Great Reform Act confirmed Great Britain's status as the country with largest electorate in Europe. Indeed Spanish Liberals drew direct inspiration from the British example, and as a result Spain became the European nation with the second largest number of voters between 1837 and 1846. In the elections of 1844, the number of Spaniards able to vote reached 640,000.

The reforms in Great Britain were extended further in 1867-1868 and 1884-1885. In both cases, constituency boundaries were again re-drawn, increasing the number of seats representing areas with dense populations to the detriment of others, and the right of suffrage was progressively expanded. In practice, the nation was transformed from one with an electorate of one million men in 1866 to one with five and a half million in 1884. Despite the striking appearance of these figures, these reforms were in fact introduced in a more deliberate manner than was the case in Spain: from 1846 onwards, the number of Spanish voters decreased and increased according to which political party was in power (moderates, progressives and Unión Liberal), until the nation, in advance of Great Britain, proclaimed universal male suffrage in 1868. This system remained place until 1878, when there was a retreat towards a more restrictive franchise, followed by a definitive re-enactment of universal male suffrage in 1890.

In fact, the comparative lack of gradualism in the Spanish reforms also gave rise to the prompt introduction of other measures which we would consider essential to any free and fair election. For example, the secret ballot was already in place in

Spain by 1812, while in Great Britain this would not be the case until Gladstone's Liberal government introduced the Ballot act in 1872. In Spain the most complete array of legislation dealing with electoral malpractice dates back to 1864, whereas the British equivalent was not in place until 1883. The limiting of voting in elections to a single day was established in Spain in 1878, but in Great Britain it would not come until 1918. Nevertheless, the British certainly introduced innovations in other areas, such as in the struggle against electoral corruption. In 1868 Parliament made provision for the establishment of electoral courts made up of High Court judges, and granted them the right to determine the legality or otherwise of electoral practices. However in Spain there would be nothing similar until 1907, the year in which the Supreme Court was granted jurisdiction in such cases. Even then, the British model failed to take root, since the *Cortes* retained the right in the last instance to intervene in the sentences passed by the Supreme Court, either confirming or overturning them by parliamentary vote. Above all, the difference which placed British political practice ahead of its Spanish counterpart lay in the role accorded to elections. While the British political parties came to accept that the formation of a government would be determined primarily by the verdict of the electorate, in Spain the parties were imbued with such a strong spirit of exclusion directed towards their opponents that they resisted the notion that a factor such as the vote should perform a similar function, given that the ballot box would inject the customary sharing out of power with acute doses of uncertainty.

This, then, was the background against which the political career of young Churchill unfolded. In fact, when this began with his defeat in the Oldham by-election of 1899, elections and political parties were substantially different to those of today's Great Britain. It is true that during the late nineteenth century, the British had accelerated the transfor-

mation towards mass politics: in the cities political clubs ceased to be elite entities, and instead became proper local branches of the parties with thousands of members. Furthermore, some were also moving away from the hitherto purely local framework, and began to accept more and more members from different areas of the country. The circulation of the partisan press grew dramatically, aided by the fact that literacy rates in Britain were among the highest in Europe. So-called local registration associations or committees proliferated, charged with ensuring that the supporters and sympathisers of their respective parties were registered to vote against the background of a changing electoral census. In terms of activities such as selecting candidates, and producing and financing electoral publicity, the central bodies of both the Conservative and Liberal parties became more and more influential; electoral campaigns accordingly became more complex and more costly, particularly with the introduction of billboards and posters, party political broadcasts by radio, and the use of the car. Once legal limits on campaign spending had been introduced, the role of the national party organisation in mobilising voters and providing the infrastructure to sustain political propaganda grew exponentially, to the point that by the second quarter of the twentieth century these central bodies clearly dominated the parties. After their respective renewals around 1870, the Conservative and Liberal parties gradually ceased to represent mere parliamentary groupings, and developed permanent structures designed to mobilise the electorate. In a similar manner, party leadership began to go beyond the walls of the House of Commons. Aside from the role of leader of the parliamentary group, the notion of "party leader" began to be popularised: that is, the leader of all of the extra-parliamentary groupings which gathered around the Conservatives or Liberals.

Nevertheless, Churchill's political career unfolded in an age of transition, in which elitism and the

politics of personality still played a notable role. For this reason, the structure of political parties did not yet constitute the hierarchical, pyramid-like network which today characterises most European political parties. On the contrary, parties were still coalitions of diverse associations (pressure groups, interest groups, bodies dedicated to specific reforms, women's and youth organisations), clubs, newspapers and, perhaps most importantly, local grandees with great influence in the small constituencies. From the 1870s onwards all of these groups were coordinated in each party by a permanent national committee, but their work remained somewhat ad hoc. In areas where the party lacked support, they interceded, assisting in the search for candidates and providing them with support during the ensuing campaign. However, in constituencies where the party was stronger, it was the local grandees who played the dominant role, and in their respective areas of influence, the former enjoyed what virtually amounted to independence. Candidates were selected by the grandees, and the costs of registering them and producing campaign material were also met by these same men. This was only possible due to the fact that the British system based representation on constituencies that were small in terms of geographical area, and therefore easy to control "from below."

However the successive expansions of the franchise initiated a decline in the influence of these local grandees, since the reforms worked to destroy the patron-client networks upon which that influence had been based, as well as complicating and raising the costs of registering a candidate and running their campaign. Nonetheless, this process was more drawn-out than anticipated, and would continue until well into the twentieth century. Indeed, the predominance of the local grandee was such that in many cases their chosen candidate won the seat unopposed. In the elections of 1900, which saw Churchill win his first seat in the House of Com-

mons, the number of seats won by uncontested candidates – that is, where other parties did not put forward a candidate – totalled 234 (no less than 36 per cent of the total number in the chamber). This figure steadily decreased in subsequent elections, and after 1945 the uncontested seat was practically unheard of. Although this phenomenon was often even more widespread in other countries (Spain included), the marked tendency remained similar to that of Great Britain: that of progressive decline in line with the growth in political mobilisation and competition between political parties.

In addition, the persistence of the politics of personality in British political life, combined with the fact that there had been no sudden ruptures or changes of regime, gave the nation's politics a peculiarly aristocratic air which was very different from that of other countries such as Spain – in which the old aristocracy had largely been displaced from political life by the mid-nineteenth century. The fact that Churchill, descendent of the Dukes of Marlborough, was of noble ancestry represented nothing exceptional in a House of Commons populated by the scions of dukes, marquises, earls and viscounts of ancient lineage. Neither were these titles for the most part of recent creation, unlike in Spain where politics proved to be a much more effective means to rise up the social scale than was the case in Great Britain.

With only four years of parliamentary experience behind him, Churchill left the Conservative party to become a Liberal, and he would not return to the Tory whip until 1924. Such switching between parties appears strange today, even to the point of having negative connotations, but was in fact relatively common throughout Europe prior to 1945 – particularly in Great Britain and in the Spain of the Restoration and the Second Republic. This phenomenon usually appeared as a result of ideological disagreement, as was the case with young Churchill and the protectionist policy pursued by a Conservative

government, and was also sometimes the product of internal friction within the party itself.

In fact the sub-division of political parties into factions which represented different interests and alternative leaderships was a constant feature of British politics. When the leader of a faction was presented with an intractable conflict with the party's direction, something which normally happened when the interests of a particular faction clashed with the official line, the most common solution was that faction's departure from the party, and its incorporation into another political party. In some respects, the growth of party discipline and the ascendancy of the whips were long-term processes which even today remain incomplete, since voting discipline remains more flexible in Great Britain than in other countries, Spain included. Undoubtedly this was another consequence of British political parties' decentralised character and the system of small single-member constituencies. Curiously enough, by the end of the nineteenth century only one political party – the Irish Parliamentary Party – had managed to establish a centralised party, organised around its leader, Charles Parnell, and his national committee.

As a Liberal in Parliament, Churchill participated in a number of constitutional reforms that were of lasting significance. The 1911 Parliament Act asserted the supremacy of the House of Commons, all but eliminated the Lords' ability to veto legislation – a crucial issue when it came to passing the annual budget – and reduced the maximum life of a parliament to five years. A further law passed in 1917 regulated for the first time the figure of the prime minister who, in a system which formally conferred executive power upon the crown, had already surpassed the role of *primus inter pares* (first among equals) during the nineteenth century to become the real political leader of the nation. In fact this law also belatedly defined the cabinet in the manner of a council of ministers, following a step that had al-

ready been taken in other parts of Europe (in the case of Spain, in 1823).

However, the most important of all was the electoral reform of 1918, which finally introduced universal suffrage for all men over the age of twenty-one, and for women over the age of thirty. Despite the unequal terms (which would be corrected with the final equalisation of the franchise in 1928), it remains the case that Great Britain was one of the first important nations to introduce female suffrage. In Spain this did not occur until 1931 (and in practice, women could not vote until 1933), and other countries such as France did not introduce women's suffrage until 1945. Without doubt this was also the most significant expansion of the electorate in British history, since it tripled the number of voters and signalled the successful culmination of the nation's democratising process. Universal suffrage did not, however, command unanimous support: Churchill himself, in his 1930 *Parliamentary Government and the Economic Problem*, would advocate the return to a more limited electorate, one qualified on the basis of income and intellectual capacity.

Of course the reforms of 1918 and 1928 did not signal the end of electoral reform. From the opposition benches, Churchill would observe the Labour Party take the initiative in this area, and it was the reforms introduced by Labour in 1948 and 1949 which completed the modern British electoral system. On the initiative of Prime Minister Clement Attlee, the remaining constituencies represented by more than one seat were eliminated, and the system made up of small electoral districts which could elect only one MP was thenceforth fully in place. Somewhat ironically, with these measures Labour was in effect culminating a process of reforming electoral boundaries which had been sponsored by Salisbury's Conservatives in 1885. Under the new system, Labour lost its majority in the closely-fought election of 1951.

It is interesting to compare the attitude of the British left with that of its Spanish counterpart, since the latter was staunchly opposed to the notion of single-member districts – a system which predominated in our country from 1846 until 1923, and which was abolished in 1931 due in part to the support of the PSOE (the Spanish Socialist Party) and their allies *Izquierda Republicana* (the Republican Left). Moreover, in contrast to many other European socialists, the British Labour Party never showed much enthusiasm for corporatist models of representation and supported the abolition of the parliamentary seats which had represented the universities. At the same time, Attlee realised the great ambition of Liberals everywhere: the pre-eminence of representation based on the citizenry rather than on territory. Under Labour, the Boundary Commission was created, its remit being to periodically re-draw constituency boundaries in order that population changes would not undermine representation. A final step was a new Parliament Act in 1949, which further reduced the ability of the Lords to delay bills passed by the Commons.

As is well-known, these reforms did not prevent the Conservatives from returning to power after the

elections of 1951, or from remaining in Number Ten until 1964. Neither Churchill during his final government (1951-1955), nor his successors, touched the institutional reforms which had been carried out by Labour. With a party newly modernised as a result of its restructuring in the late 1940s, and with the same drive to mobilise and compete that Lord Derby and Disraeli had instilled the party with a century previously, the Tories succeeded in defeating their rivals in a number of closely-fought contests. Indeed, they remained in power for thirteen years, and would subsequently govern the nation for much of the second half of the twentieth century. Along similar lines, the political reforms introduced by Labour demonstrated the party to be a worthy successor to the Liberals, in the sense of acting as a stabilising factor and supporting gradual changes to the system in order to allow for its ongoing rejuvenation. Undoubtedly, such attitudes provide a counterpoint to countries in which political conflict articulated itself as imposition and exclusion of the opponent and where, for these exact reasons, a long-lasting, stable legal framework within which rival parties could co-exist was difficult to achieve.

Churchill: An Adventurous Youth in the Victorian Age

David Sarias Rodríguez

Winston Spencer Churchill was born on November 30, 1874 at Blenheim Palace, the residence of the Duke of Marlborough, his paternal grandfather and head of what Churchill himself identified as one of the leading families among those that had traditionally governed Great Britain. Churchill was therefore heir to a tradition that went back to the first Duke of Marlborough, who had been the architect of the English victories against the armies of Louis XIV. As a consequence he received the typical education of the British upper classes of his day, according to which parents tended to delegate their educational role to governesses and the elitist public school system.

During this early period the young Churchill's life gravitated around Mrs. Everest, the nanny who would in many ways act as a surrogate mother and for whom Churchill would develop an intense filial love. Later on he was sent to Harrow School, where he neither enjoyed himself nor achieved outstanding results – except in composition and English language, subjects in which he was already showing the traits for which he would much later be awarded the Nobel Prize for Literature. So mediocre were Churchill's academic achievements that his father, Lord Randolph Churchill – then a prominent conservative politician – decided that the young Winston was not in a position to pursue a university education (a fact which Churchill resented for the best part of his young life) or to pass the demanding entry exams to the Royal Military Academy at Woolwich (where artillerymen and engineers trained). Instead he was sent to the Royal Military College at Sandhurst, which was devoted to the training of the infantry and cavalry. Lord Randolph's misgivings seemed to be confirmed when Churchill failed in his first attempt to pass the entry exams, and subsequently only managed to achieve the marks to squeeze into the cavalry, which was less intellectually demanding than the infantry.

This abundantly clear lack of paternal respect for his intellectual capacities contributed to reinforce

the young Churchill's evident feelings of loneliness. The dominant tone of his juvenile correspondence reflected a deeply-held sense of abandonment – on one occasion he even had to ask his parents for their address – and contained complaints about the lack of attention he received. Not much seems to have changed during his adolescence. Lord Randolph passed away immediately before the young Winston received his commission at Sandhurst, and his relationship with his mother was always distant and relatively cold. Once he reached maturity, it was no accident that Churchill strove to avoid reproducing the hardships of his youth, and he would do what he could to take a much more direct and active role in the lives of his children and grandchildren – the experience of the latter, as universally recalled by all of them, was markedly different from that of their distinguished grandfather.

In any event, the main legacy bestowed by Churchill's parents was without doubt the vast social network they bequeathed him, along with the prestige associated with his father – despite the sudden mental and physical decline he suffered in the months leading to his death – and the steely determination with which Lady Randolph would repeatedly place her considerable influence at the service of the advancement of young Winston's career. Last but not least, Lady Randolph had of course been born Jeanette Jerome in the United States, and therefore imbued her son with a considerable degree of sympathy for Americans, as well as the predictable contacts with East Coast social elites which would subsequently be strengthened during Churchill's youth and adult life.

The first occasion on which the social station of the Churchill family, together with the impetuous and determined character of the young Winston, came into play took place during his expedition to Cuba which, as Churchill would freely admit, he had embarked upon in order to gain glory and military experience. He travelled to Cuba between

November 20 and December 10 1895, as a military observer “embedded,” to use a modern term, with the Spanish troops then battling the nationalist insurgency. Although he did not stay on the island for long, his experiences there were a vital turning point, and would have considerable impact on his subsequent trajectory. It was in Cuba that Churchill first experienced combat, received his first medal, and first tested his skills as a war journalist. Moreover, his trip to the then-Spanish colony also offers a unique window on his character, as well as revealing certain peculiarities of the Victorian mentality which are essential to explain and understand his public career and, to a great extent, his political and ethical convictions.

When Churchill finished his education at Sandhurst early in 1895, he faced a bleak panorama for a young and ambitious cavalry lieutenant. With the great European empires at their apex, most of the “civilised” world sheltered placidly under the cover of *Pax Britannica*. Today we know that underneath a surface of apparent tranquillity, there already lurked the early tensions that would eventually lead to the horror of two world wars and the eventual disintegration of the empire into which Churchill was born. Nevertheless, in 1895 the complex diplomatic network of the European concert, together with the economic arrangements sustained by the gold standard and free trade, and the unrivalled power of the Royal Navy seemed to have secured peace between the great nations. Between the Crimean War (1853-1856) and the Great War (1914-1918) the British army only faced colonial warfare on a relatively modest scale, the Boer Wars excepted (1881-1882 and 1897-1902). Even the latter, although longer and more intense (and in which Churchill achieved considerable military glory), were still purely colonial conflicts, localised and therefore relatively minor.

It is not surprising then that among the young officers in Churchill’s regiment – the socially exclu-

sive 4th Queen’s Own Hussars – none had actual combat experience. Even more revealing is the fact that, during the periods when the regiment was safely quartered in England, the officers “working year” included five winter months during which they were expected to enjoy extended periods of leave devoted to fox hunting. Hunting, together with polo, was considered to be excellent preparation for war and both were socially appropriate activities for officers. Unfortunately for the young Churchill, the cost of both sports also happened to be exorbitant and well beyond the wage of recently-commissioned lieutenant. Thus in August 1895, Churchill confronted several months of professional inactivity and a double dilemma. Temperamentally, it was difficult for him to adapt the lack of action; economically, after spending his available income on the acquisition and outfitting polo ponies – polo was his favourite sport – it proved impossible for him to finance the hunting season.

After examining the international situation, Churchill decided that the war in Cuba offered him the perfect solution to both problems. Together with his brother-in-arms Reginald W. R. Barnes, he asked the permission of Colonel Brabazon, then the commanding officer of the 4th Hussars, to travel to the Spanish colony and accompany the Spanish army as a military observer. According to Churchill’s memoirs, Brabazon believed that observing actual military operations at first-hand was nearly as good as hunting, and he therefore gave his blessing to the plans of these two young officers.

Once Brabazon had been enlisted, Churchill resorted to his extensive network of family and personal contacts to ensure the project’s success. As Douglas S. Russell has noted, it was not difficult for Churchill to convince Sir Henry Drummond Wolf, the British ambassador in Madrid and an old family friend who had gifted Churchill some of his toy soldiers, to obtain the necessary permits in the form of a letter from the Duke of Tetuan, the Spanish Foreign Min-

ister. Subsequently, Churchill wrote to Marshal Lord Wolseley – who had, a year previously, authored a biography of John Churchill, young Winston’s illustrious ancestor – who, in turn, granted the relevant permits from the British military authorities. Not satisfied with merely addressing Churchill’s bureaucratic needs, Wolseley also arranged for army military intelligence to provide maps and relevant information about the island, and procured for Churchill the mission of writing a briefing on the new cartridges then being issued to the Spanish army. In this fashion, the expedition was bestowed both a military aim and a quasi-official character.

At the same time as Churchill managed to achieve official recognition for his tropical adventure, he also gained a contract with the *Daily Graphic*, a newspaper for which his father had already written from India. That contract would be his first opportunity to test his writing skills as a journalist and war reporter. Equally importantly, it was also the first occasion on which the young Churchill was able to supplement the limited income of a cavalry lieutenant with the considerably higher pay of a freelance journalist. Doubtlessly, Churchill was also aware of the value of his journalistic activities as a means of projecting a public image, and perhaps even to lay the foundations for a future political career.

The last, but by no means least important, stage of his plans was to gain maternal approval. Lady Randolph’s consent was not only essential from an emotional viewpoint, but was also crucial in practical terms to the success of Churchill’s project. Only with her financial support could he afford the transatlantic passage; although perhaps cheaper than a hunting season, a first-class cabin appropriate to the family’s social standing was beyond the reach of most people, including Churchill. The relatively dire financial straits generated by both mother and son – who fully shared the habit of managing income according to expenses – would be a source of trouble for the rest of their lives. Faced with the

possibility that Lady Randolph would be less than enthusiastic about the cost and risks involved in embarking on a foreign war, Churchill followed a strategy of *fait accompli*. His mother received a letter, sent when all the preparations for the trip had been concluded, in which she was informed that young Winston had decided to leave for Cuba. Lady Randolph replied suggesting that since it was she who would be providing the necessarily funds, it might have been more sensible to have commenced the operation by consulting her, and expressed the hope (in vain, as it would turn out) that the experience of life would teach her son to employ greater tact in any future enterprise.

Despite her understandable anger, Lady Randolph relented. Churchill’s New York-born mother behaved towards the Cuban expedition as she would in every other similar instance initiated by her son. She not only supplied the funds, but also resorted to her connections in New York’s upper class to smooth the trip, which would take Churchill from Liverpool to Havana via New York and Tampa (Florida). Among the contacts made through Lady Randolph, the most important for the young Churchill was Bourke Cockran – whom some biographers have described as enjoying more than a friendship with Churchill’s mother after Lord Randolph’s death – a Democrat politician from New York’s party machine. Churchill met him during this trip, and the two would subsequently maintain a lifelong friendship. It was Cockran who, according to Churchill, taught him to play with the English language as if it were a “piano.” As well as contributing to the development of the young Churchill’s speechmaking powers, Cockran also organised a visit to the U.S. army’s military academy at West Point, where Churchill recoiled in horror at the strict discipline inflicted upon cadets. Cockran, together with Lady Randolph’s Vanderbilt relatives, also facilitated Churchill’s entry into the upper-class circles of New York society.

Once they arrived to Havana, Churchill and Barnes moved into the Gran Hotel Inglaterra which, as Celia Sandys has noted, despite the island's general decline, is still standing today, and continues to offer luxuries well beyond the reach of ordinary Cubans. The Spanish authorities reacted in a predictable fashion to the letters of the Duke of Tetuan (and later to those of Martinez Campos, the most senior army officer in the Island), and viewed the trip as a show of support for the Spanish cause on the part of the British government. Martinez Campos assigned Juan O'Donnell, an English-speaking staff officer who also happened to be the son of the Duke of Tetuan, to take care of the two British guests. O'Donnell advised them to join the mobile column commanded by General Alvaro Suarez Valdes, then moving into the territory controlled by the rebels (also known as the *mambises*). Barnes and Churchill followed Valdes into the province of Santa Clara, employing, while en route, an armoured train, doubtlessly similar to the one with which Churchill would earn glory during the Boer War a few months later.

Churchill's movements while he stayed on the island and the evolution of his views on the war are very well documented, not least thanks to his early memoirs, which were published in 1930, and to the five lengthy illustrated reports published by the *Daily Telegraph* and two op-ed pieces printed in the *Saturday Review* in 1896. In his memoirs and wartime reports, Churchill provides an intelligent account of the difficulties encountered by the Spanish army, embroiled in an ugly guerrilla war against an elusive enemy which counted on significant popular support. Thus, Churchill wrote critically about the army's static tactics which, although standard for an European-style army of occupation, were inadequate against the Cuban guerrillas. Martinez Campos had designed a strategy aimed at isolating and thereby strangling the rebellion using *trochas*, fortified lines that connected strong-points (*blocaos* in Spanish military jargon),

all aimed at impeding the free movement of the guerrillas, but which only succeeded in turning the Spaniards into immobile targets. Yet, it should be emphasised that these criticisms never extended to the Spanish army's overall capacity or training, and nor did they evolve into anything close to sympathy for the Cuban patriots.

In reality, Churchill emphasised the excellent training and physical condition of the enlisted men – which flew in the face of the reports that he had seen about under-aged and demoralised troops – and the evident bravery of the officers. In particular, he was impressed by Valdes himself: the general was not averse to risking his own life (and crucially those of the staffers among whom Churchill was embedded) in reckless forays to the battle front. Churchill also informed his readers about the existence of units made up of Cuban volunteers, similar in number to the *mambises*, and openly criticised the destructive and, from the viewpoint of an European officer of the day, un-gentlemanly behaviour of the rebels. At least in part Churchill suffered the typical process experienced by journalists embedded in military units. As he recognised in his memoirs, the continuous contact and the shared dangers with the host unit inevitably influenced his viewpoint, and made it more favourable to the Spaniards. In a revealing fragment, he noted his own surprise when he heard the Spanish officers claiming that they were fighting to preserve the unity of their motherland. Up until then, Churchill confessed, he had not realised that other European nations employed a language similar to that of the British – of which he would be a prominent example – to defend their own colonial empires.

If Churchill was clearly sympathetic, he was not, however, uncritical. He soon realised (and informed his readers) that the Spanish administration of the island was a hotbed of corruption, and that the rebels, despite their limitations, were popular among ordinary Cubans. This popularity only increased as the

mambises extended the war over an enlarged area of the island. Still, once Churchill interiorised the fact that the Spanish cause was not all that different from that of the British in similar conflicts against the empire's less accommodating subjects, his final opinion was very much decided. In private, through a personal letter to Bourke Cockran, and in public, to the readers of the *Saturday Review*, Churchill displayed his belief that the Cubans were not capable of governing themselves better than the Spanish did, and deplored the growing interventionist mood and hostility towards Spain then prevalent in the United States. The alternative, he told Cockran, would be for the United States to assume Spain's obligations as the dominant power on the island. In Churchill's opinion – which turned out to be partially correct – in the long run American public opinion would not be willing to support an ongoing imperial commitment to Cuba.

Churchill also gained his first combat experience in Cuba when, on the day of his 21st birthday, the column commanded by General Valdes was attacked and our protagonist found himself under fire from the *mambises*. Only then, as he himself later acknowledged, was he sure that he was capable of confronting combat. Before leaving Cuba, the Spanish authorities – doubtlessly alert to the importance

of maximising the public impact of British presence among their troops – informed Churchill that he had been awarded the Military Merit Cross in recognition of his bravery under fire. Years later, he would also be awarded the Medal of the Campaign of Cuba, given to all who had participated in that conflict and the subsequent Spanish-American War of 1898. As he no doubt anticipated, Churchill's status among the officers of the 4th Hussars rose in proportion.

The preparation and organisation of the Cuba expedition represented for Churchill the first occasion – although not the last – in which he put to good use his extensive social network in order to overcome bureaucratic obstacles to his search for fame and military glory. His work in the *Daily Graphic* served to prove, not least to himself, that he was capable of earning his own keep through writing. The considerable public impact of his journalistic work in Cuba – engaged, as it was, in a useful and polemical debate in the British and American media – was also proof of journalism's utility as a means of increasing his stature and reputation among the general public. Finally, during the weeks that he spent travelling around Cuba, Churchill put in place the foundational elements of his deep relationship with both the United States and Spain. Both would last for the remainder of his adult life.

Churchill: The Young Politician, 1900-1930

Allen Packwood

“Little could we foresee how strong would be the tides that would bear us forward or apart with resistless force; still less the awful convulsions which would shake the world and shiver into fragments the structures of the nineteenth century.”

Winston Churchill first took his seat as the Member of Parliament for Oldham in the British House of Commons in February 1901. It was a suitably dramatic moment to enter political life. Queen Victoria had just died and Britain was wrestling with its imperial legacy in South Africa. Churchill was only twenty-six years old, but he was the scion of a noble family, the son of famous parents, and had been catapulted onto the national stage by his dramatic escape from Boer captivity. Like the age in which he lived, with the advent of motor cars and aeroplanes, Churchill was a young man in a hurry; determined to forge a name for himself, to “*beat my sword into an iron despatch box*,” and to defend the political name and legacy of his late father, Lord Randolph Churchill.

He was a controversial figure from the outset, using his first speech in the House of Commons to praise his former enemy, asserting that, “*If I were a Boer I hope I should be fighting in the field.*” He was quickly associated with a small group of active Conservatives, nicknamed “The Hooligans” after one of their number, Lord Hugh Cecil, but assumed a national prominence when he refused to follow the official Conservative Party line and abandon the Victorian policy of free trade in favour of tariff protection. On 31 May 1904 he dramatically crossed the floor of the House of Commons and took a seat on the benches of the Liberal opposition, switching party on a point of principle, sacrificing his constituency and risking his reputation.

It was a risk that he did not come to regret. The Liberal Party was in government from December 1905 and won a convincing majority in the General Election of 1906 and Churchill was soon embarked

on a meteoric rise; serving as Under Secretary of State for the Colonies (1905-8), President of the Board of Trade (1908-10), Home Secretary (1910-11) and First Lord of the Admiralty (1911-15).

Churchill’s preoccupations during the pre-war period might best be summarised as imperialism abroad and social reform at home. He was in many senses a child of empire. His first memories were of Dublin during his grandfather’s tenure as Lord Lieutenant, and his father had been Secretary of State for India. His education and his army service in India, the Sudan and South Africa would have reinforced an imperial world view. It was a world view in which the British Empire was both a progressive and civilising influence, and a vehicle for British power and prosperity. It was captured in one of his earliest political addresses, delivered at Oldham on 27 June 1899, during his first unsuccessful attempt to be elected as one of the town’s two members of Parliament:

“I see the British race marching steadily forward on the path of progress, combining the glamour and glitter of an ancient throne, the dignity and splendour of a Royal Court, with the might of a free and contented people and the justice of equal laws. A strong yet merciful nation, armed with Imperial power, comforted with the spoils of commerce, and enriched with the rewards of industry, beating all rivals, beating down all enemies in war – thus we shall march onward in triumph and in glory.”

It is worth pointing out, however, that Churchill was not an uncritical observer of Empire. His early writings often display considerable sympathy and understanding towards his more poorly equipped enemies, hence his remarks about the Boers in 1901, while the first edition of his book “The River War” contained a strongly worded condemnation of the British desecration of the Mahdi’s tomb after the battle of Omdurman. “*By Sir H. Kitchener’s orders the tomb had been profaned and razed to the ground. The*

corpse of the Mahdi was dug up. The head was separated from the body, and, to quote, the official explanation 'preserved for future disposal' – a phrase which must in this case be understood to mean, that it was passed from hand to hand till it reached Cairo... Such was the chivalry of the conquerors!" This scathing account, which Churchill omitted from later published accounts of the campaign, is less a criticism of the empire and more an attack on personalities and events that in his opinion fell below the expected level of imperial policy.

Another often overlooked constant is Churchill's interest in domestic social reform. It has been suggested that this may have been linked to his imperial vision, as a strong empire depended upon a healthy and prosperous people, though his outlook must also have been strongly influenced by the poverty that he observed in his working-class constituencies of Oldham, Manchester and then Dundee. At the Board of Trade Churchill worked along side the radical Liberal Chancellor of the Exchequer, David Lloyd George, to introduce rudimentary unemployment insurance, the very first Labour exchanges, factory regulation, and minimum wages for certain professions. As Home Secretary he reformed the prison system, and as First Lord of the Admiralty he took an interest in the conditions of the lower decks.

Yet the period also exposes the limits of Churchill's radicalism. He might best be described as a Victorian paternalist, keen to improve the conditions of the working classes but opposed to those classes taking direct and undemocratic action to improve their lot. He did not support the cause of female suffrage, and was opposed to the growth of trade union power and the rise of Socialism. Thus, he was always prepared to act to suppress unlawful industrial unrest and violent demonstration.

Indeed, Churchill's reputation was very much as a man of action. He learned to fly in 1913, when it was an incredibly dangerous thing to do, and he often took a "hands-on" approach to his responsibilities. Perhaps

the most famous example of this was his decision to visit the scene of the Sidney Street siege on 3 January 1911, where the police and army were besieging a dangerous gang of armed Latvian anarchists. Such actions guaranteed him publicity, but came at a price, for while his supporters praised his dynamism and forward thinking, his critics accused him of opportunism, ego and rashness. This is clearly illustrated by the rollercoaster of his personal fortunes during the First World War. Churchill was widely praised for having prepared and mobilised the British Fleet, but he was criticised for his personal involvement in the defence of Antwerp and for his strong advocacy of the disastrous Dardanelles campaign which ended in the defeat on the Gallipoli Peninsula. Finding himself removed from influence for the first time, Churchill found solace in painting, and then took his place in the trenches as the Lieutenant Colonel commanding a battalion on the Western Front. His personal bravery was never in question, nor his determination to resume a role on the British and world stage. When Prime Minister Lloyd George brought him back as Minister of Munitions it was recognition that Churchill's organisational talents were such that they could not be ignored for long.

The First World War did not just have a huge personal impact on Churchill's career. It also had a major impact on his world view that should not be underestimated. The devastating conflict in the European theatre was aptly described by Churchill as "*The World Crisis*" because it fundamentally weakened the old order. The old empires and nation states of Europe had failed to control the balance of power and been left in ruin. The new world in the form of the United States had been seen to come to the rescue of Britain and her allies. The dynamic of empire had been altered: Britain was left struggling to meet the cost of direct rule in its colonies, while the Dominions had gained in independence, for rather than relying on Britain for their imperial defence, Britain had been forced to rely on its empire

and Dominions for troops and resources. Moreover, the naval race with Germany in the years leading up to 1914, in which Churchill had played a key role as First Lord of the Admiralty, had removed Britain's naval supremacy. The arrival of the Dreadnought, the submarine, the aeroplane and the move from coal to oil, had created a new playing field on which British dominance could no longer be guaranteed. Revolution brought the Bolsheviks to power in Russia, while Russian and British weakness in the Pacific strengthened the hand of Japan.

How did Churchill view these developments? He abhorred the arrival of Bolshevism in Russia, famously comparing the transportation of Lenin into Russia by sealed train as being like the importation of a plague bacillus. Churchill saw Communism as a challenge to much of what he stood for: a challenge to empire, monarchy, nation states, parliamentary democracy, free trade and paternalistic control of the working classes. Thereafter, he saw the spectre of Moscow everywhere: behind the growth of Socialism and militant trade unionism in the United Kingdom, behind the General Strike of 1926, and behind plots to destabilize the British Empire overseas. This new element in his world view was a key factor in driving him away from the Liberal Party and back into the Conservative fold in 1924. To his pleasure and surprise he was rewarded with the post of Chancellor of the Exchequer, the Minister in charge of the nation's finances, and traditionally the second most important post in the Government.

During this period, Churchill's opposition to the Soviet Union can be juxtaposed by his strengthening admiration for the United States. In 1929 and again in 1931-2 he made two lecture tours of North America, and used the opportunities to comment for the press on many aspects of American politics, history and contemporary life. Of course, he did not like Prohibition! He described it as "*a spectacle at once comic and pathetic*" which had only resulted in "*the vastest game of 'hunt the slipper' that was ever known*"!

This impression could only have been made worse by the search of his luggage upon entering the country via Seattle in September 1929, and this in spite of his having obtained the necessary "diplomatic visas"!

Yet what really caught his eye was the level of technological sophistication prevalent in the United States, and the strength and vibrancy of American business and industry. He toured the Bethlehem Steel Factory, with its mechanised production line, and contrasted this with the outdated practices of British heavy industry, writing: "*The structure of American industry has qualities of magnificence not to be seen elsewhere and never seen before. In no other country has science so wide a field in which to range as in the vast territories of the United States.*" It was dampened neither by the Wall Street Crash, which he arrived in New York to observe at first hand, and in which he lost a considerable amount, nor by his own personal crash, when he was run over by a motor car on New York's Fifth Avenue.

The contrast between the old world of Europe, still damaged and divided in the aftermath of the First World War, and the emerging New World of North America, with its vast resources and potential (in spite of the Great Depression) and its lack of barriers to travel, trade and communication, prompted Churchill to write an article called "The United States of Europe." Produced in 1930, it is of interest because it sets out his mature world view – the world view that had grown out of his childhood and formative experiences, but which had been refined by his political career and by his observations on the complex international situation. The key to understanding this article is an understanding of where Churchill saw Britain. This is what he says:

"But we have our own dream and our own task. We are with Europe, but not of it. We are linked, but not comprised. We are interested and associated but not absorbed."

To Churchill Britain was not just a European power. She was a global power. Her empire gave her a presence in every continent. She should be prepared to act as a guarantor of Europe and to encourage and perhaps participate in schemes that brought Europeans closer together, but she also had the interests of her empire and dominions to consider. And then there was the question of the United States. Churchill felt, perhaps because of his background more keenly than most, that the shared language and culture gave Britain a unique position as the bridge between the old and new worlds. To quote the conclusion of his article:

“Great Britain may claim, with equal justification, to play three roles simultaneously, that of an European nation, that of the focus of the British Empire, and that of a partner in the English speaking world. These are not three alternative parts, but a triple part...”

In other words, Britain derived her power on the world stage from her position at the focal point of the empire, Europe and English-speaking World, and needed to play a role in all three to maintain her power and influence. This was the view that he took into the 1930s and then into the Second World War, and this was the philosophy that shaped his actions with profound effects for the world.

It is this world view that allowed him to see beyond his ardent anti-communism and to realise, by the mid 1930's, that the Fascist powers were a greater threat to British interests and to the world order than the Soviet Union or Communism. Churchill published his four volume biography of his illustrious ancestor, John, first Duke of Marlborough between 1933 and 1938. He was writing it against the backdrop of the rise of National Socialism in Germany. The contemporary resonances would not have been lost on the author. The theme of the work was a Churchill building and leading a coalition of states against a European despot. Then it was John Churchill against Louis XIV's France, but while writing Winston Churchill was actively campaigning against further appeasement of Hitler's Germany. While he disliked the nature of the Nazi regime intensely, and saw it as a clear threat to European stability that risked embroiling the great powers in another bloodbath, he was also motivated by his conviction that a Europe dominated by Germany would massively weaken Britain. It would remove one of her three spheres of influence and create a new central European superpower, a resurgent and despotic Germany capable of challenging for commercial, military and imperial supremacy.

Winston Churchill and Spain 1936-1945

Emilio Sáenz-Francés San Baldomero

Winston Churchill possessed a heartfelt sympathy for Spain. His deep sense of history perhaps led him to idealise the shortcomings of the *Restauración* and the worthiness of the Spanish politicians who dominated that period, and in whom Churchill discerned the same aristocratic ideal to which he himself felt so attached. To him, Spain remained the heir to a great European empire. She was “one of the oldest branches in the tree of the European nations” which had once rivalled, and subsequently been defeated by England, and was thereafter demoted from the geopolitical frontlines. Like many other Englishmen of his class and ideological viewpoint, Churchill identified our country and her people with a deep-felt sense of honour, an attractive bravery, and a quixotic spirit which had reached its zenith in the struggle, shared with Great Britain, to expel Napoleon from the Iberian Peninsula.

Indeed, the founding father of his family, John Churchill, 1st Duke of Marlborough, had made his fortune and prestige in a war which, if essentially European, originated and took place in Spain: our War of Succession. Churchill greatly admired his ancestor, about whom he would pen a biography, and this interest may have helped to strengthen his sympathy for Spain. For Churchill, Spain was an old European nation which, in his view of a fairer and more stable world, ought to occupy a prominent place within the continent’s politics. However, it was also a country marked by certain peculiar, atavistic and – in the last instance – dangerous and disquieting rites which had been fixed upon the country by the miseries of the nineteenth century. All this led British politicians to one conclusion: stay away from the Spanish wasps nest.

With regards to his personal experience of the country, Churchill had met Alfonso XIII for the first time in 1914, shortly before World War I. Both had got along famously, and their relationship was further strengthened by the king’s subsequent visits to Great Britain. As Roy Jenkins has stated, to some

extent Churchill regarded European monarchs to be his social equals, and therefore his relationships with sovereigns tended to be conducted on sympathetic terms, and during World War II were marked by a disposition on the part of the latter to accommodate Churchill’s policies. In the case of Alfonso XIII, the relationship appears to have been particularly natural, and Churchill’s sorrow on the king’s fall from power in 1931 was doubtlessly genuine.

On reading the chapter devoted to Alfonso XIII of Churchill’s *Great Contemporaries*, the author’s empathy for the already fallen king is clearly evident. The text, written when Spain was already being wracked by cruel civil war, offers a glimpse of the contempt and lack of confidence with which the future prime minister viewed the Republican regime of 1931. It examines the reasons, besides the errors of the king and the weight of history itself, that may have accounted for the fall of the *Restauración* political system. In effect Churchill explores the issue, and in his questioning we hear echoes of the war cries from a civil war which, five years after the fall of Alfonso XIII, was tearing Spain apart, and of the unstoppable rise of Nazi Germany in central Europe, two clarion calls to a world lurching towards disaster. His response could not evade this combined reality, and is extremely revealing: *the propaganda of Moscow*. This statement reveals much about the frame of mind with which the British politician interpreted the Republic and the origins of the Civil War.

The 1930s were for Churchill a period often referred to as the “wilderness years.” In 1928, as Martin Gilbert indicates, he appeared to be at the apex of his career, on the brink of releasing his fourth budget as chancellor of the exchequer in Stanley Baldwin’s government. Yet the defeat of the Conservative party a year later deprived Churchill not only of his political office, but also propelled him towards political ostracism, since he had never been fully embraced by the Conservatives, and was re-

jected by a Liberal party which he had earlier abandoned. This situation would continue until 1935, when the Tories once again returned to power under Baldwin's leadership. A year later, as the Spanish Civil War erupted, Churchill seemed to be a spent force; a shadow from the days of his adventurous policies in World War I. Fortunately, some believed, this past had been superseded by a more sensible epoch in which there was no place for mavericks of his type. His solitary support for Edward VIII's desire to marry Wallis Simpson only increased this sense of isolation.

Yet, after 1929 the Europe that had emerged from the Treaty of Versailles had begun to change with dizzying speed. The Spanish Republic fell in 1931, as we have already noted; in 1933 Adolf Hitler, riding the wave of fear about the advance of Communism unleashed by the tensions derived from the economic crisis, came to power in Germany. During the following months, Hitler subverted the constitutional process to establish himself as dictator. His new Reich did little to hide from the world its aim of reversing the effects of the Versailles treaty. In 1935 Italy began its aggression against Abyssinia, and was only met with a shameful answer from the democratic nations in the form of the Hoare-Laval accord, which gave a virtual *carte blanche* to the *Duce* in that territory. In March 1936 Hitler militarised the Rhineland, effectively dealing the death-blow to the Versailles treaty and its Locarno corollary. The Kellogg-Briand Pact's explicit renunciation of the use of arms as an instrument of foreign policy, less than ten years previously, was revealed to be nothing but a macabre and cruel grimace in the face of years of effort to avoid war.

In July 1936, a revolt led by a section of the army against Spain's Popular Front government provoked a civil struggle which would devastate the nation for the following four years. The Spanish war became another pawn on the chessboard of European diplomacy, as the Communists, and German and Italian

Fascists readied themselves – through their support of the contending parties – to fight a war by proxy which might prove to be a vital conflict, but one suffused by the framework of brutal politics then emerging in Europe.

Winston Churchill, sidelined and half-forgotten, was openly criticised by a new – or perhaps not so new – generation of politicians due to his reactionary positions on how India should be governed, the rise of militarism in Germany, his true intentions regarding the abdication, in short, on almost all of the questions then animating parliamentary discussion. Neither did Churchill neglect the Spanish war, a conflict which he viewed through a decidedly anti-communist lens. For him, Communism was an old acquaintance, a supreme evil which had transformed itself into a permanent companion since the end of the Great War. Indeed Churchill had already declared in his memoirs of those years that the best posting for the troops under Marshal Haig would have been to have taken the war into Russia and thereby destroy the root source of the Communist menace.

Without doubt, Churchill was a convinced anti-communist. His accurate perception of the dangers of Leninism-Stalinism placed him, already in the years immediately following the First World War, in a considerably more elevated position compared to that of most of his contemporaries. Yet he was also a skilled and realistic politician, capable of distinguishing the priorities of the moment. Thus, mid-way through the 1930s, in an effort to broaden his political base and reacting to the rise of Fascist extremism, he initiated a cautious withdrawal from his most ferocious statements regarding leftist ideologies. As Roy Jenkins has stated, party colleagues jokingly began to refer to Churchill's "flourishing friendship with Mr Maisky" (the Russian ambassador in London). Placing the blame on Communism for acting as the spark that had ignited the Spanish Civil War imperilled this political rapprochement.

Perhaps Churchill was already aware that, in order to defeat one evil, he would have to descend to hell and ally himself with another. In that dark struggle, his education, trajectory and political instincts pointed towards Nazism as a far graver peril than Communism to the survival of the British Empire. While Nazism was ready to pounce upon Europe and attempt to devour it, the peculiar and original characteristics of British society rendered Communism much less threatening in strictly national terms. However, this analysis was, in any event, only really applicable to Great Britain.

The future prime minister had never been a sympathiser of the Spanish Second Republic. He felt that it was a regime inspired by Moscow which had established a conflict-ridden and non-inclusive democracy; in the final months of its existence prior to the outbreak of the Civil War, it had been marked by spiralling social conflicts and political radicalisation which would eventually spark the war itself. For Churchill, these were the common ingredients of international Communist subversion in its purest form which, if not necessarily a threat to Great Britain, presented a grave danger to many European states. A few years earlier, when a *coup d'état* had given way to the Carmona regime in Portugal, Churchill had perceived the virtues of a stable and peaceful Portugal, ideological questions aside. In 1936 the situation in Europe had changed dramatically, yet in the final instance, the rebel forces seemed to represent, at least in the early stages, many of the principles which Churchill identified with "the good Spain." Socially, his Spanish friends and acquaintances were identified with the embryonic new regime, and almost all shared a ferocious hostility towards the Republic. Churchill, as he himself acknowledged, sympathised with the *Nacionales* in the early stages of the war, but moved to distance himself once Hitler and Mussolini began to be perceived as the sponsors of the new order in Spain.

At the start of the war, Great Britain and France had adopted a policy of non-intervention, which in itself revealed the Republic's general lack of prestige. For once, the British government, more focussed on its own internal tensions, and Churchill himself, followed the same line of reasoning: it would be suicidal to interfere in a war in which any mistake might imperil essential imperial interests, such as Gibraltar or tacit control of the Straits. For Prime Minister Neville Chamberlain and his appeasement-minded Foreign Secretary Lord Halifax, the war in Spain was an obscure and distant conflict in which Great Britain had nothing to win and much to lose, and there was also a reasonable prospect that international Communism might be defeated. In Churchill's mind, there was the additional possibility that the victors in the war would not be unequivocally favourable to Rome and Berlin. The resulting regime might be authoritarian, but more akin to Carmona in Portugal than to Mussolini, and thus one with which it would be possible to negotiate. Above all it would put an end to Communist aggression in Spain, which Churchill always considered – above and beyond any other issue – to be the force ultimately responsible for the nation's bloodletting.

Once these views had been accepted, at governmental level it was extremely difficult to alter the initial non-intervention policy. After 1937, this was even more the case, as the Nazi machinery began to expand, full steam ahead, in central Europe. The Aragon offensive of the Francoist forces coincided with the annexation of Austria to the Reich; just a few months later, while the Battle of the Ebro bloodily unfolded, Hitler imposed his will at Munich, and Czechoslovakia was reduced to an empty shell awaiting final destruction. Only a few weeks after the fall of Barcelona to Franco, Prague found itself in Hitler's hands.

Both of these conflicts, a European one anticipating a global explosion, and the Spanish one, which marked the fall of yet another country into the

hands of a single ruler, were paradigms of this difficult moment in European history. In the balance of dangers, Churchill – who was slowly regaining the attention of other MP's at Westminster, and had attacked, even if from a position of political solitude, the drama of the Munich “peace” – saw his “lesser-evil” view of the Spanish conflict increasingly strengthened. He hoped that Communism would not take root in Spain and that, in the process, the man en route to becoming the absolute master of Alfonso XIII's former realm would be more reasonable than his counterparts in Rome and Berlin.

At the close of the war in 1939, Franco seemed to give reason to expect the worst: Roman salutes inundated the streets of Madrid, accompanied by the warlike anthems of an emboldened *Falange*. Yet there were also signs of hope: aesthetic matters aside, the regime retained its deeply Catholic and traditionalist attachments, and once victory was assured, it quickly provided firm guarantees of its peaceful intentions through Foreign Secretary the Count of Jordana. In this context, a few months later two men – Franco, but above all Churchill – would become major figures in another conflict, one far more horrific than that which had taken place in Spain.

World War II broke out to protect the independence of Poland, and ended with that very same principle being crushed by the Soviet Union's domination of Eastern Europe. The most atrocious conflict in the history of mankind was fought for five years, after which Nazism was remanded to the margins of history, and a new bipolar world in which Europe had ceased to be the locus of global decision-making came into being. Without doubt, the war became a conflict largely defined by the unparalleled leadership and political inspiration exhibited by Churchill, who was elevated once more to the highest levels of political power and propelled towards the office of prime minister after the fiasco of the British intervention in Norway, and the onset of the inexorable German advance across France in May 1940.

Prior to Churchill's arrival to Number Ten Downing Street, and with more urgency still after the fall of France, it became an essential objective of British international activity to secure Spanish neutrality in the worldwide conflict. To some degree British concern was amply justified. More fascinated by Italian Fascism than by German Nazism, Spain imitated, one after another, the steps taken by Mussolini, who finally entered the war in June. Just as the *Duce* had done, the *Caudillo* modified his previous declaration of neutrality to one of “non-belligerence,” which was interpreted in the corridors of power as signifying more than probable belligerence.

Spain's entry into the war would in effect have been fatal for Great Britain. With the addition of Franco to the Axis military effort, any naval action in the Mediterranean would have been seriously hampered and the security of Gibraltar gravely compromised. The fronts in Africa and Greece, the only theatres prior to 1942 in which Great Britain was able – albeit with scant success – to wage war, simply would not have been viable under this scenario. In order to avoid this danger, the British government orchestrated an ambitious diplomatic strategy based, to a great extent, on Churchill's accurate perception of the deep-seated nature of the new Spanish regime. Firstly, Madrid was allocated a heavyweight ambassador, one of the British political scene's most experienced figures, and one also noted for his rivalry with Churchill during previous years: “Slippery” Samuel Hoare, who had numbered among the main advocates of appeasement during the 1930s. Facing little prospect of acquiring a key role in a domestic politics orchestrated by Churchill, Hoare was able to carry out a clear and well-defined mission in Spain, which was to avoid that nation's entry into the war. During the period up until late 1941, when Great Britain faced the Axis onslaught largely alone, this was undoubtedly the prime objective.

Hoare proceeded to employ the age-old tactic of the carrot and the stick in Spain, using the promise

of suggested future rewards, such as the post-war enlargement of the Spanish protectorate in North Africa (at the expense of the French), combined with manipulation of the sea-borne supplies upon which Spain was totally dependant and which were under the control of the powerful Royal Navy. On the other hand, Spanish relations with the United States were at best cold and distant. In an arduous process which saw Churchill draw Roosevelt towards a policy dictated by his own nation's wartime political needs, Britain was a major element in clearing the path towards the signature of a commercial treaty between Spain and the United States. Thanks to Churchill's personal efforts, the relationship between the two improved notably, and the U.S. embassy in Madrid began to act in political concert with its British counterpart to enable the Franco regime to obtain the oil supplies it lacked, and which were crucial to the sustenance of the Spanish economy. Even beyond that, Churchill was aware of the fact that, in the final event, it was the general staffs in Madrid who would have the final say. With a worst-case scenario in mind, in order to avoid Spain's entry in the war Britain conducted a vast programme of bribery directed towards senior generals, intended to further dampen their already weak combative spirit.

At this point Spain might indeed have tilted the balance of the war towards the Third Reich, but this in the end proved not to be the case. The outcome was not only due to Churchill's good offices, and his singular ability to comprehend the particular rhythms and demands of Spanish politics. General Franco was no Benito Mussolini: he had never shared, except in purely military terms, the latter's fascination with Nazi Germany. Franco's inclination towards the Axis during the first part of the war was hardly revolutionary, and more than anything else was a product of a contempt for France and Great Britain typical of a significant sector of the Spanish right, and which had its origins in the perceived role that these two powers had played in blocking

Spain's resurgence during the nineteenth century. In the early stages of the war, up to the fall of France, Franco's main aspiration was to position Spain to be key player in an early peace. Once it became clear that the Third Reich had become a military power capable of rendering impotent what was supposedly the best army in Europe in a matter of weeks, it was the prospect of an Allied defeat rather than the victory and subsequent domination of Europe by Hitler which most attracted Madrid. It should not be forgotten that the Fuhrer had commenced the war with a deal with the Communist devil in order to destroy Catholic Poland. At the end of the day Franco was aware that war was a dark, unpredictable and dangerous business, and that – his bragging and boastful speeches aside – his Spain was only imperial in its own imagination, and its only real concern at bottom was survival.

Moreover, Franco understood who, ultimately, controlled the hand that fed the Spanish people. The Reich may have been impressive on land, but the seas continued to belong to the British. Its navigation permits, the famous "*Navicerts*," clearly demonstrated that this was the case. In the final instance, the *Caudillo* was a thoroughly military man who was conscientious of when the numbers simply did not add up. While the Spanish army may have been a million men strong, it was also exhausted after the fratricidal struggle, poorly-armed, and even worse fed. All this clearly reflected the fact that this was a people who neither desired nor were able to absorb the immense effort that participation in the war would have demanded of them. As for Germany, unlike Italy the regime tended to demand rather than request, leaving little room for nuances. The relationship which resulted was therefore hardly a bed of roses.

Confronted with this set of realities, Franco stood ready to play his cards, which were none other than those of survival. These cards were his own and those of his regime, which was a bubbling cauldron

of proud generals, uncontrollable Falangists, reactionary Carlists, and monarchic conspiracies. In that game, the relationship with the Allies was never neglected, although the regime did make the mistake of underestimating the potential role of the Americans, both in the ongoing war and in Europe's future trajectory. Since the Civil War, Nationalist Spain had been represented in the United Kingdom by the Duke of Alba. Undoubtedly a capable diplomat, the Duke employed his excellent network of personal contacts to foster as cordial as possible a relationship between the two nations – bearing in mind the dominant pro-Axis sensibility in Spain – and used his privileged position to promote a moderate British policy that would favour neutrality. Although Alba had dispatched very negative briefings about Churchill during the months prior to his appointment as prime minister, from thenceforth the two men would become completely attuned to one another. After all, both had the same objective: keeping Spain out of the war.

Nevertheless, the path constructed on these foundations was plagued with stretches of tension and mistakes. During Great Britain's most difficult months of war, the Spanish press did not refrain from trumpeting the lighting successes of the *Luftwaffe's* Blitz against London. For many, this was the period in Franco was closer to entering the war than at any other moment, prompted of course by imminent British defeat. Yet the autumn of 1940 was also a time of German disappointment, crystallised by Ramon Serrano Suñer's visit to Germany, Heinrich Himmler's trip to Madrid and, above all, in the failed interview at Hendaye. Franco was distrustful; Great Britain was cornered, but not defeated; finally the RAF asserted itself in the struggle to control the country's skies, and Churchill's combative speeches imbued Londoners, Britons and the whole empire with a newfound strength.

For the *Caudillo*, at that moment it was clear that Germany could not lose the war, but once the oper-

ation to invade the British Isles had been cancelled, there was no clear prospect of victory either. Franco did not require anything more to maintain a position on the margins, and his indecision was further fed by Nazi Germany's divided representatives in Spain, who were split into factions engaged in conspiring against one another and occasionally against the regime itself so as to influence its foreign policy. The most radical National Socialists, for instance, had promised Berlin a change which would in turn hand power to the "real Spain," the *Blue Spain*, already poised and anxious to enter the war on the side of the Reich. Well aware that these movements threatened his own position, Franco acted firmly against these machinations. It was clear to him that beyond the understandable military fascination inspired by the *Wehrmacht*, ultimately little could be expected from Germany.

The German invasion of the Soviet Union in June 1941 would open up a completely new period in the history of World War II. Spain sent its *División Azul* (Blue Division) to the Russian front, and Churchill had to content himself with the fact that Franco had done nothing beyond that. The epicentre of the war had moved northwards, and consequently Spain and the Mediterranean momentarily declined in importance, but this was a mirage that would last only for a few months. By the end of the year, Churchill's prophecy came into being when the United States, after the Japanese attack on Pearl Harbour, entered the war. Churchill succeeded – thanks to his considerable skill – in persuading the Americans to accept a British-inspired project: the doctrine of "Europe First," according to which it was necessary to annihilate Nazism before concentrating energy and resources on the defeat of Japan. The first step of this project was to be a vast military operation, first known as "Gymnast" and later, more aptly, as "Torch." Churchill had convinced the U.S. president that the Anglo-American forces were not yet ready to wage war against Hitler in France. Instead, it was

necessary to take a longer route, which would first expel the Germans from Africa and knock out the Fuhrer's increasingly beleaguered Italian allies.

The November 1942 Allied landings in North Africa became one of the crucial moments in the wartime relationship between Churchill and Spain. The operation symbolised nothing less than the United States' irruption into the European theatre, and nothing could go amiss. A necessary prerequisite was to secure passivity on the part of French forces in Morocco and Algeria. This mission was taken up by American diplomats. However, it was Churchill who assumed the more complex task of procuring Spanish benevolence. The landings included operations on the Atlantic coast of Morocco, but also in Oran and Algiers, which were on the other side of Gibraltar Strait. As Samuel Hoare put it, this meant navigating between two sharp, and particularly treacherous, Spanish knives.

With regards to wartime relations with Spain, this was perhaps Churchill's finest hour; it was certainly also a crucial moment for General Franco. A hostile attitude to the landings on Spain's part could have thwarted the operation and, perhaps, taken the war to the Peninsula. Once Operation Torch began, there was no lack of Axis pressure on Spain to grant the use of aerodromes in the South, and thus allow the Luftwaffe to operate in the area. To turn the screw even further, Berlin brought out old 1940 maps in order to elaborate on possible pre-emptive operations in Spain to fortify the southern flank of Hitler's empire. With regards to Churchill, once again his political calculus turned out to be perfect. A skilled diplomatic strategy also contributed to the achievement of his aims: there was little movement in Spain during those days. On the contrary, in the hands of the new Spanish Foreign Minister and old Foreign Office acquaintance the Count of Jordana, the landings inaugurated a new period of greater understanding between the United Kingdom and Spain, while the relationship during the same period with

the Axis, then split between a desperate Italy and a Germany irrevocably heading towards the disaster of Stalingrad, endured some of the most tense and critical moments of the entire war.

Both globally and from a Spanish viewpoint, 1943 was the turning point of World War II. Up until the summer, Franco and his regime maintained the fiction that Allied gratitude for Spain's benign conduct during Operation Torch would shield the country from any complaints or demands on the part of the former. Churchill was prepared to carry on with that game for the time being, and opted to restrain the less flexible Americans, who were already demanding a firmer policy, at least until operations in Northern Africa had concluded. In July Operation Husky – the invasion of Sicily which would result in the fall of Mussolini – opened yet another epoch in the relationship between the Allies and Spain. Once Africa was pacified and Italy headed towards defeat, many in Washington and London felt that the time had come to treat Franco and his regime in the manner which they truly deserved.

From August 1943 onwards, there was a significant hardening in Allied attitudes towards Spain. Despite the improvement of earlier months and Franco's greater solicitude towards the United States and the British Empire, important questions still separated both sides. One such matter was the Spanish occupation, since the beginning of the war and in violation of the city's international status, of Tangiers, and a further issue was the ongoing presence, tolerated by the regime, of a significant network of German spies both in Tangiers and throughout Spain itself. Thousands of Spanish soldiers were still fighting shoulder-to-shoulder with the Germans on the Russian front, an anomaly that, from the British and American viewpoint, cast considerable doubt on Spanish declarations of neutrality. Something similar happened with the Spanish press, although it remained clearly slanted towards the Axis. More important still, Spain continued to be one of the Re-

ich's main suppliers of wolfram, a mineral essential for the armour of German vehicles. During the war, Spanish and Portuguese trade in this mineral (legal or otherwise) with Germany had reached immense proportions. The Allies on their part attempted to monopolise this trade, which contributed to skyrocketing prices. Forcing Spain to stop providing the Germans with wolfram and other materials appeared to be the only remaining option.

In this context, while Churchill, Roosevelt and the Canadian Prime Minister participated in the Quadrant, the Quebec Conference of August 1943, on his own initiative Sir Samuel Hoare brought up the question in an audience with Franco, and subsequently leaked to the press the information that the *Caudillo* had received an ultimatum from the British ambassador. Hoare was then engaged in rehabilitating his own public image, hopefully as step towards his desired return to frontline British politics, and was ready to employ Spain as his springboard. This move displeased Churchill and the Foreign Office, but was very much attuned to American sensibilities, which demanded a hardening of Allied policies towards Franco. Churchill was much more realistic; although he did not sympathise with the *Caudillo* or his regime, as a pragmatist he perceived that little would be gained by destabilising Spain. Indeed, if a scenario analogous to that of 1936 were to be recreated, the fall of Franco could very well complicate wartime, and even post-war, policy. The only thing that really mattered to Great Britain was the maintenance of its strategic interests.

The diplomatic hierarchy had, however, changed significantly. Up until 1943 it had been the British who had taken the lead with regards to Spain, but by the end of that year the balance had shifted. The United States was already displaying the fact that it was the great power of the future and, based on its economic and military capacity, it had emerged as the undisputed head of the western Allies. And America was ready to impose its rules. Churchill,

whose formative experiences had taken place among the grandeur of the British Empire, the defence of which had been the *raison d'être* of his political career, was also the first to realise that, although Great Britain might be victorious in the war, the consequence would be its displacement as leading world power. It was almost inevitable that the baton would be passed to the other side of the Atlantic, and in the future Great Britain would require a strong and durable alliance with the American superpower, the only nation capable of confronting the global danger already looming over the post-war horizon: Soviet Russia.

Thus, it was the State Department, reluctantly followed by American Ambassador in Madrid Carlton Hayes, which first established the new line on Spain. With Franco, Hoare may have played the wolf, but this was a façade which masked the appeaser which in reality he continued to be until the end. When the Americans began to establish a more demanding and harsh approach towards Spain, he could not help but be horrified. During this period British diplomats faced the unenviable task of tempering the American stance. Once again this functioned in the form of the same political triangle that had already proved fruitful in the past: Hoare, soon convinced that Spain, rather than Whitehall, was to be the end of his career; Halifax, sent by Churchill to Washington shortly after Hoare had been dispatched to Spain and for similar reasons; and, through his special and direct relationship with President Roosevelt, the prime minister himself. These three men shared a common objective: to put a halt to the most radical American initiatives towards Spain, and try to achieve more reasonable objectives, such as weaning Franco away from his loyalty and servitude to the Axis.

In any event, the final months of 1943 and the opening months of 1944 were particularly difficult for Spain. The *Caudillo* resisted Allied demands, not least because he suspected that behind them lurked

the ambitions of his monarchist generals. The latter, buoyed by the Allies' successes, had begun to lobby him – albeit with due respect – on the issue of re-designing the regime once the war was over, along lines which would favour the return of the king and establish a political system more acceptable to the Allies. Franco believed that if he caved in to the will of Washington and London, he would unleash the energies of these conservative generals, and thereby precipitate a serious challenge to his position of supreme leadership. Therefore he had little choice but to resist, buy time, and employ the *Falange* to buttress his position, the latter grouping being as much in need of allies as the *Caudillo* himself during this period of German decline. At the same time, Franco did not hesitate to resort to his favourite game of equivocation and confusion, even offering to replace the *División Azul* with a naval flotilla to fight against the Japanese in the Pacific.

In fact Franco resisted withdrawing the *División Azul* to the bitter end, and it would remain on the eastern front as a legion until well into 1944. Only a total embargo on petrol imports could convince the *Caudillo* to begin to submit, even if reluctantly, to Allied demands. The embargo was a policy considered to be inappropriate by many British officials, even though numerous Labour members of the National Government shared the Americans' deep-seated hostility towards Franco. The self-evident counter argument with which this hostility was answered was that deplorable as it might be, the Franco regime was still considerably more humane than that of Stalinist Russia, which was, of course, Britain and the Americans' ally. At least in the former country, Churchill's views prevailed, and parliamentary politics steered away from incendiary threats against Spain.

The war, on the other hand, continued, albeit with less speed than many would have wished, but ultimately it began to advance inexorably towards its climax. In June 1944 the Normandy landings

took place, an event that would mark the beginning of the end of what had become a worldwide conflict. Less than two months later, the successful architect of post-1942 Spanish foreign policy, the Count of Jordana, passed away in San Sebastian. Both landmarks, Operation Overlord and the death of the minister, signalled Spain's return to comparative international insignificance. A few weeks later, overland communication between Spain and the Reich was broken, putting an end to concerns about trade between the two nations or the role that the German spies in Spain might be playing in the war. Franco and his regime became a merely political question, little more than a topic of conversation in the summits of the great powers. Stalin might speak of the Peninsula and the need to, with time, settle scores with the *Caudillo* and perhaps also Salazar. Yet neither Roosevelt nor Churchill were willing to allow themselves to be duped: there were plenty of other priorities, many of which were very much related to the Soviet leader's own voracity. By the end of the year, Samuel Hoare had departed from Madrid, an unmistakable signal that Great Britain no longer possessed much of an interest in Spain.

When the war was finally over, with the Allies victorious and a new world order emerging in which the globe would be divided between the Soviets and the Americans, Churchill elected to spend a few days resting in Hendaye, on the French-Spanish border. As a consequence the Franco regime's press began to speculate about a possible prime ministerial visit to San Sebastian, but this yearning for international blessing was to lead to nothing but loud frustration. A few weeks later, with the Potsdam conference in full swing, Churchill's Conservative party was unexpectedly defeated at the ballot box. At one fell swoop, Churchill therefore lost, at least temporarily, any capacity to directly influence Spanish politics. This was but one of the many prerogatives that the election result forced him to relinquish, and his acquiescence, while not entirely without bitterness,

was characterised by a commendable dignity and aplomb that speak volumes of the entire British political system.

As we stated at the outset, Churchill was a genuinely fond of Spain. His understanding attitude, not to be confused with admiration or support, towards Spanish policy during World War II reflected that reality. During the conflict, despite all of its shortcomings, Spain had ultimately done what Great Britain had needed it to do. Churchill was a realist, and his demands did not go any further than this. Neither did he fall into common traps, or feel the

need to vent ideological vendettas in his dealings with Franco and the regime. To have favoured any broader attempt at political manoeuvring would have gone against his deeply-held sense of history.

When he viewed Spain, both during the suffering of the Civil War and later on when Francoism reached its apex, more than anything else Churchill saw an unhappy people, imprisoned in the painful contradictions of the past. Yet this was a dilemma which he remained convinced had to be resolved by Spaniards themselves. In this, as in many other things, he stood over and above most of his contemporaries.

Churchill's Final Years: The Paradoxes of an Incomplete Victory

Manuel Álvarez Tardío

On May 8, 1945 Winston Churchill, then prime minister of Great Britain, announced in a speech before the House of Commons that was broadcast to the whole country, that “yesterday morning, at 2.41” the German High Command had signed the “act of unconditional surrender of all German land, sea and air forces in Europe.” “The German war... is therefore at an end,” he concluded; at last “the evildoers” were “prostrate before us,” although the vanquishing of Japan, that author of “detestable cruelties,” remained the great task before the British nation and her allies.

The war in Europe had come to an end, and Churchill would continue in the highest office of the land for a matter of weeks. It had been the hope of the then-prime minister that the Labour party, with whom he had worked in coalition for almost five years of harsh war, would accept the continuation of their agreement and maintain the national government until Japan was finally defeated. Although aware that the time had come for the British people to express themselves via the ballot box, for reasons that he considered to be fundamental – basically foreign policy and the war – Churchill did not desire that elections be called immediately, but rather in a year's time.

However, his objective was not to be consummated: Labour refused to support the proposal, and the election was therefore called. On July 26, 1945 – the year of the Allied victory, but prior to the dropping of the new nuclear bomb on Japanese territory – His Majesty King George VI's Conservative prime minister learned the bad news: the British people had granted electoral victory to the Labour party. Having been in a strong position to reap the fruits of his solid leadership during the war, Churchill found himself unexpectedly facing the harsh reality of the popular vote. Great Britain was not, however, like other European countries during the interwar period, in which almost nobody was prepared to accept defeat. On the contrary, as might be expected of a Tory leader in the

country with that part of the Atlantic's strongest constitutional and democratic system, as soon as he was informed of the results, Churchill acted exactly as convention dictated: he headed for Buckingham Palace and tendered his resignation to the king, recommending that the latter “put himself in contact with [Clement] Attlee,” the leader of the Labour party. Shortly thereafter, he declared publicly that “the decision of the British people has been recorded in the votes counted today,” and that although he regretted that he had “not been permitted to finish the work against Japan,” he expressed his “profound gratitude for the unflinching, unswerving support” which the British people had given him throughout “these perilous years.”

From this moment onwards, Churchill's life altered substantially. In terms of national politics, it was a time to fade into the background and absorb the electoral defeat. His compatriots had opted to reward Attlee's service in the wartime coalition and place their trust in the Labour party's manifesto, which promised a significant expansion of government activism in peacetime, and a new agenda of establishing the Welfare State in accordance with the recommendations of the wartime Beveridge commission.

Churchill would continue to travel frequently, but would do so now as a private citizen. He devoted himself to the preparation of his *The Second World War* which, published in various volumes and with sales running into the hundreds of thousands, reaped him substantial profits. More importantly, as one of the still-central figures of the beleaguered Conservative party, he delivered various public speeches. Several among these would exert a powerful impact during the complex early post-war years, which saw the gradual emergence of the division into two great blocs that would in turn shape world politics for decades to come. Of these speeches two in particular stand out, although we could of course consider many others. The first was his 1946 speech at Fulton, Missouri, giv-

en in the presence of U.S. President Harry S. Truman, and the second one delivered several months later in Zurich, against the increasingly delicate background of post-war Europe.

Although Churchill had been displaced – much to his chagrin – from the position which would have allowed him to continue to chart British policy, he would, however, receive one final opportunity. In 1951, at the ripe age of 76, Churchill again became prime minister. On this occasion it had been the turn of the Labour party to receive the electoral blow, at a moment when the public finances were under considerable strain, and storm clouds gathered over world politics as a result of the war in Korea and the testing of the hydrogen bomb.

Yet first we must return to 1945. In the months prior to the election, between February and June, Churchill had been one of the key figures in the difficult task of configuring the post-war European map, participating in the discussions and tensions which had emerged between the three victorious powers: the United States, Britain and the Soviet Union. In February he had spent a week in the Crimea attending what would come to be known as the Yalta Conference. Aside from other less important matters such as the question of Greece (which was of particular concern to Churchill himself), one of the most pressing issues in the months following the final defeat of Germany was the future of Poland. Poland had, of course, been the *casus belli* of Britain's 1939 declaration of war, and the Allies now faced a terrible dilemma. It had been the Russians, rather than the British and American forces, who had driven the Nazis out of Poland and occupied the country. It was Stalin himself who, having divided the country with Hitler in 1939 following the Ribbentrop-Molotov Pact, held the future of Poland in his hands. According to diverse sources, it was this problem which preoccupied Churchill most in the final months of the winter of 1944-45. On his return to London, he addressed the House of Commons,

referring to the Polish question as “the most difficult and agitating part of the statement which I have to make to the House.” Speaking aloud, he expressed the central question: “Are they [the Poles] to be masters in their own house?” It was this, in Churchill's view, which was the paramount issue, more so even than the future shape of the country's borders.

The response to that question needs to be contextualised with reference to at least two factors: firstly, the fact that Stalin could scarcely be trusted, and secondly, the lack of common criteria shared by the two principal democratic Allied powers, Great Britain and the United States, which had already been made clear shortly before the Yalta Conference. None of this was brought up in Churchill's speech, which opted instead to offer hope to British public opinion with respect to Poland. It had been agreed, he stated, that “the sovereign independence of Poland is to be maintained,” and that the Polish people “will have their future in their own hands, with the single limitation that they must honestly follow, in harmony with their Allies, a policy friendly to Russia.” Surprisingly enough, the latter point was described by Churchill as “surely reasonable.” In any case, the prime minister pledged that his government would do “all in their power to ensure” that the Polish elections would be carried out in accordance with the agreed terms, that is, that they would be “free and unfettered.” Furthermore, he added something which only made sense in that particular context: “the impression I brought back from the Crimea, and from all my other contacts, is that Marshal Stalin and the Soviet leaders wish to live in honourable friendship and equality with the Western democracies. I feel also that their word is their bond.” At this time, the leader of the British Conservatives still maintained that the destiny of mankind would be “sombre” in the event that “some awful schism arose between the Western democracies and the Russian Soviet Union, if all the future world organisation were rent asunder, and if

new cataclysms of inconceivable violence destroyed all that is left of the treasures and liberties of mankind.”

In the light of what would subsequently transpire, Churchill’s statements on that occasion seem surprising. Nevertheless, his words should not be taken out of context. As was the case with all the great figures of twentieth-century European politics, coherence was an elusive art, and sometimes the complexities of circumstances and the scale of the challenges often demanded a strong dose of pragmatism and flexibility. In the early months of 1945, this was certainly the case for Churchill. After all, at this stage, were not a good part of the assumptions which would lead to the analysis which he himself went on to present at Fulton already apparent? There are many reasons to believe this to have been the case, although there is also no doubt that the political agenda and Churchill’s expectations with regard to possible agreements with the Soviets did not lead in that direction. The war in Asia had not yet come to an end, and Stalin was a crucial ally not only in that theatre, but also in relation to the future of the European countries to the east of Germany.

Aside from that, the British prime minister was correct in his depiction as “sombre” of the panorama which would finally emerge from late 1945 onwards, in which Stalin not only broke his vague and hypocritical promises regarding freedom for the Poles, but also set in motion an expansionist policy which continued, with even more force, the one that had been initiated in 1939 thanks to the Soviets’ temporary alliance with the Nazis. Already out of power, Churchill would not be slow to comprehend the implications of this policy, and the horrific future which awaited the western democracies if they failed to understand that victory had preserved in tact one of the cruelest, most despicable, and voracious totalitarian dictatorships of the century.

As François Furet has argued, the Second World War was an ideological struggle, and it therefore

ended in ideological victory and defeat. Once the Nazi-Soviet Pact had been broken, democracy and Communism had allied themselves for the duration of the war under the banner of anti-fascism. Yet it is important to remember that the victory of these temporary bed-fellows did not constitute the triumph of democracy. Once Fascism had been defeated, the conflict between two irreconcilable sets of principles – democracy and Communism – was quick to re-emerge. It was this ideological struggle, a legacy of the interwar period that had been only partially resolved, which led to the emergence of the Cold War. The tension between revolutionary passion and the defence of liberal democracy which had characterised the 1920s and 30s would continue to mark the international political scene for at least a further four decades. Churchill was not slow to grasp either this fact, or to sketch what the consequences of this situation would be.

At the Potsdam Conference, held in July 1945, the increasing distance and the tensions among the victors became more evident, not only due to the fact that shape of much of Eastern and Central Europe’s frontiers was in play, but also because the division of the continent into two areas of influence was beginning to appear unavoidable. What this signified in short was that the democratic powers were assuming, for a number of reasons, that a significant number of European nations would simply be unable to resist domination at the hands of Russian totalitarianism. As for Churchill, who already knew that he was out of power: the Conservative leader was becoming more and more concerned about growing Soviet influence, and animated by a growing distrust towards his former eastern ally.

It was against this background, with the division of Germany already underway and with Europe in the midst of the difficult tasks of reconstruction and consolidating democracy in those areas not occupied by the Red Army, that Churchill gave one of his most famous speeches. The venue was West-

minster College, in the small town of Fulton, Missouri, and the date March 5, 1946. Churchill was in attendance at the invitation of President Truman, with whom he had enjoyed a long train journey during which the two engaged in hours of conversation (something which particularly pleased Churchill) and played poker. At Fulton he did not represent his country, and although he remained a key figure in the Conservative party, he did not even speak on its behalf. This comparative freedom is important for any understanding of the statements that Churchill made there. In his speech he expounded a pessimistic, realistic analysis containing elements which did not at that point receive a warm reception from democratic public opinion on either side of the Atlantic: “a shadow has fallen,” he declared, “upon the scenes so lately lighted by the Allied victory.” He went on to add a phrase which would over time acquire great resonance: “From Stettin in the Baltic to Trieste in the Adriatic, an iron curtain has descended across the Continent. Behind that line lie all the capitals of the ancient states of Central and Eastern Europe,” subject “not only to Soviet influence but to a very high and, in many cases, increasing measure of control from Moscow.”

While Churchill was convinced that the Soviets did not desire war, they were seeking “the indefinite expansion of their power and doctrines.” Therefore it was imperative that the Americans and the British ally themselves in order to secure “while time remains,” “the permanent prevention of war and the establishment of conditions of freedom and democracy as rapidly as possible in all countries.”

His parliamentary statements on his return from Yalta lay far behind, and even further still stood the hope of being able to contain Soviet expansionism until the new political map of Europe had been agreed. What played upon Churchill’s mind now was an obsession with not repeating the mistakes of the interwar years, and how to avoid the eventuality of a totalitarian power consolidating its power with-

out resistance, and catching the defenders of freedom unawares. The Fulton speech was criticised the following day in the American press, and it also received a frosty reception from British opinion – and not only among segments sympathetic to the Labour party. Yet as the months passed, it became increasingly clear that Churchill’s speech was a fairly accurate reflection of the division of Europe into two irreconcilable blocs, and of the need to articulate a joint Atlantic strategy with which to confront the Russian former ally.

Later on, what became known as the Truman Doctrine (“it must be the policy of the United States to support free peoples who are resisting attempted subjugation by armed minorities or by outside pressures...”) would be based to a considerable degree on premises like those set forth by Churchill, and systematised by George Kennan in his 1947 “The Sources of Soviet Conduct” – above all, with reference to the idea that even if the Soviet Union did not appear to openly seek war, expansionism was inherent to its ideological make-up and form of rule. Confronted with this, Churchill would declare to the United States Congress on January 17, 1952, they would only be able to conjure up “the ghastly catastrophe [of a nuclear confrontation], the fear of which casts a shadow over life and hinders the progress of all the peoples of the globe” if “we accumulate all types of deterrents against aggression.”

In this context it is also necessary to consider the position of Spain and the Franco dictatorship from the viewpoint of Churchill and the U.S. administration. In fact only the day before the Fulton speech, a joint note penned by the British, French and American governments had been made public, in which the Spanish regime was condemned and the formation of a provisional government called for. However, as time passed the Spanish government would come to be regarded as a crucial anti-communist ally in the Europe of the “iron curtain,” and from a geostrategic viewpoint of no little importance in the

Mediterranean region. In fact, despite the United Nations' declaration in late 1946 that the Spanish "Fascist dictatorship" was a "threat" to European security, a year and a half later senior U.S. officials were already establishing contact with their Spanish counterparts, with their strategy of containing Communism in the Mediterranean very much in mind. Several months later, the Franco regime began to negotiate commercial agreements with Great Britain and France. Of course a number of years would pass before the official re-establishment of diplomatic relations with the United States in 1951, and the Eisenhower administration's signing of a military agreement two years later.

The ongoing struggle against the advance of Communist totalitarianism could not, however, be based merely on this strategy of military containment. It also required that the unity of Europe's democratic nations (those which had not fallen under Soviet influence) be strengthened, and above all involved a commitment to the re-birth of a democratic Germany – a particularly thorny issue given that it was clouded by old Franco-German rivalries and logical French misgivings about a united Europe controlled by a re-born German powerhouse. From Churchill's point of view, on the one hand it was a question of strengthening the close long-term alliance between Great Britain and her sphere of influence, and the United States, and on the other of promoting a European unity which would secure the consolidation of pluralism and freedom as bulwarks against Soviet expansion.

It was to this second aspect that Churchill would dedicate much of his time and influence during the years in which he was out of government, that is, the second half of the 1940s. This is reflected in various speeches, the most famous of which was delivered at the University of Zurich on September 19, 1946. On this occasion Churchill postulated a new United States of Europe, and his entire analysis was rooted in a single premise, what he referred to as "the

tragedy of Europe." It was "this noble continent," he contended, which had provided "the home of all the great parent races of the Western world, the foundation of Christian faith and ethics, the origin of most of the culture, arts, philosophy and science both of ancient and modern times. If Europe were once united in the sharing of its common inheritance there would be no limit to the happiness, prosperity and glory which its 300 million or 400 million people would enjoy." Nevertheless, it was from that self-same noble and modernising continent that had there had arisen a "series of frightful nationalistic quarrels, originated by the Teutonic nations in their rise to power, which we have seen in this twentieth century and in our own lifetime wreck the peace and mar the prospects of all mankind."

From this viewpoint, Europe was the cradle of western civilisation, but also the originator of the conflicts which had plagued the world in the twentieth century. For the Churchill of the early post-war years, now in opposition in his own country, there was only one panacea that could prevent a repetition of this dramatic situation once again placing the values of western culture in danger: unity. How could a return to the Dark Ages be avoided? "What is this sovereign remedy?" In his opinion, it lay in the reconciliation of the European family, "or as much of it as we can," since for now this only appeared possible in the western part of the continent, and in the provision of "a structure under which it can dwell in peace, safety and freedom." In conclusion, it was necessary to "build a kind of United States of Europe."

This speech was one of the most important of Churchill's post-war addresses, not only for its oratory but also for the scope of the proposal which he had explicitly put forward, and which logically implied a reconciliation between France and Germany. Nevertheless, the role of Great Britain was not entirely clear, even though at this time it was actively supporting this European unity and promot-

ing the defence of global democracy and freedom against the Communist enemy through three great blocs or areas allied in this task: the United States, the British Commonwealth, and the new alliance of democratic continental Europe.

As one might expect, Churchill's return to the political frontline brought with it certain nuances, if not changes, compared to the approach followed prior to 1951. In fact, he elected not to maintain the pro-European posture that we have just summarised. However, his final four years at the head of the government continued to be characterised by what had until then been his central concern: foreign policy. Within this field, Churchill was particularly engaged with something that would come to obsess him and monopolise his attention in increasingly difficult circumstances, marked not only by his deteriorating health, but also by growing pressure from his party colleagues, in particular his successor Anthony Eden, to step down as prime minister. This was the fear that the technological advances of those years would put the precarious balance between the world powers at risk and trigger a third world war. Churchill was alarmed by the destructive capacity of the new hydrogen bomb, and driven to despair by the tone and manner in which new U.S. President Eisenhower approached the issue. It should not be forgotten that these were the years of the Korean War, a horrific conflict in which tens of thousands of American lives were lost, and that all this took place in a context in which it was no longer only the United States who possessed the capacity to launch nuclear weapons.

Churchill therefore endeavoured, although not always with the astuteness and tenacity which had hitherto characterised him, to convince the Americans and Soviets of the necessity of holding talks to avoid an escalation of conflict which might lead to their mutual destruction. A number of his statements suggest that he understood only too well the scope of these new weapons. As he stated in what Harold

Macmillan described as a "notable" parliamentary speech on November 3, 1953, since such an extraordinary destructive capacity had been reached, the nuclear powers would be discouraged from holding back from a large-scale conflict. Unlike the U.S. president, Churchill believed that the characteristics of the hydrogen bomb rendered it totally unlike any other conventional weapon, given that its use could only lead to a worldwide conflict characterised by total annihilation. "I am more and more shocked by the crisis and the tension which are being created in world affairs," he stated to Eden. For this reason, he set about using his influence (without much success) to promote summits among the interested parties in order to address this new challenge. His final such attempt was during and after his official visit to the United States in the summer of 1954, which saw him, according to John Colville, attempt to "convince the president that we must cooperate more productively in the atomic sphere...and we must go to speak with the Russians in an effort to avert war, diminish the effect of the Cold War and obtain a period of ten years relief." Although the already elderly and weakened Churchill experienced a pleasant stay in the United States, and it appears that an Eisenhower less course than on other occasions agreed to enter into dialogue with the Russians, the British prime minister's efforts ultimately proved to be in vain.

At this moment – late summer 1954 – Churchill was living through his final months as prime minister, and was already close to yielding power to the successor who would fight the upcoming elections. He had resisted this eventuality perhaps more than his health and political condition made advisable. In fact the previous year he had suffered a stroke, which had initially caused people to fear for his life and had even encouraged the preparation of his succession, but from which he had subsequently recovered reasonably well given his 78 years of age. Moreover, he had once more appeared before the Conservative party conference and expressed his intention of

remaining for sufficient time to use his “influence in what worries me above everything else”: the building of “a secure and lasting peace.”

In these circumstances, it seems clear enough that in the case of Churchill post-war, the issues of domestic politics moved distinctly into the background. This does not mean that they disappeared entirely from his agenda, but that they did not on any level occupy a position comparable to that of his attention to world politics. Nonetheless, a number of the domestic political issues being discussed during these years were of great relevance to British society and the configuration of the state in the following decades. As is well known, in post-war Britain, as in the rest of democratic Europe, during the mid-1940s a crucially important debate took place about the role of the state in the economy and the scope of social welfare provisions. In the British case, the Beveridge report was groundbreaking in its use of Keynesian principles to justify new and extensive forms state intervention, which would have two objectives in view: on the one hand, to order and systematise existing forms of social provision, creating a national social security system which would protect all workers in the event of illness, accident or retirement; and on the other, to implement a fiscal policy which would allow for a significant increase in public spending, thereby stimulating demand and contributing to a situation of full employment.

This approach stemmed from a critical analysis of the role that European states had played during the interwar period, which in turn assumed that the rise of totalitarianism had been closely related to the economic crisis and, above all, the lack of state welfare provision. From this viewpoint, it was argued that it was necessary to promote a new welfare state, and a government budget more concerned with economic growth and full employment than with the deficit. It was only through such a focus that a new social crisis that would imperil a lasting democratic peace could be avoided. Of equal importance was this new

interventionism’s connection to the premise that it was essential to correct the defects which capitalism generated; in conclusion, the new democracy had to be tied to state intervention and social reformism. This programme was adopted, sooner or later and in varying formats, by all the European social democratic parties, the British Labour party included – notwithstanding its own peculiar characteristics, and position within a reformist tradition which was remote from the revolutionary commitment of other left-wing parties such as the Spanish or Italian Socialists prior to the war.

The stance of British Conservatives was, for various reasons, different to that taken by continental Christian Democrats. Due to the influence of the Catholic Church’s social doctrine, the latter had assumed that intervention in the market and even economic planning were necessary government activities, albeit not after the Communist fashion. However, British Conservatives came from a political tradition that was distinct both from that of Christian Democracy and Classical Liberalism; moreover, their traditional adversary had not been revolutionary Socialism, even though they did face a powerful trade union movement.

On this issue Churchill behaved as one might have expected based on his earlier political trajectory, although he was not totally immune to occasional swerves or, when under electoral pressure, to certain doses of demagoguery. On one hand, immediately prior to the 1945 elections he had been merciless in his attacks on the Labour party. In a radio address on June 4, he declared that “a socialist policy” was incompatible with “British ideas of liberty.” Socialism was, he warned “necessarily interwoven with totalitarianism,” and would not only attack private property but “liberty in all its forms.” Determined to present the Labour opposition as made up of men “thirsty for controls of all kinds,” Churchill also tried to rekindle fears of Communism, proclaiming “from the bottom of my heart that no socialist system can

be established without a political police,” and that “no socialist government conducting the entire life and industry of the country could afford to allow free, sharp and violently worded expressions of public discontent... they would have to fall back on some form of Gestapo.” It is not surprising that someone who admired Churchill as much as John Colville, his personal secretary during this period, would label the speech in his *Diaries* (“The Fringes of Power”) as “warlike and provocative,” and would remember, years later, that it provoked considerable criticism and did not “go down” very well. After all, those being accused of harbouring totalitarian intent were the very same people with whom Churchill had worked in the National government during the war which was then about to end.

All of this suggests that Churchill’s position was close to the analysis of the famous Austrian economist Friedrich Hayek, whose work he had read with interest, and who he had personally praised after a shared dinner in wartime Cambridge. In *The Road to Serfdom*, which had been completed in 1943 and published the following year, Hayek had argued that the growing encroachment of the state would jeopardise constitutional rule and the protection of personal liberty, paving the road, in the medium term, for the introduction of Socialism. Economic planning’, wrote Hayek, and Churchill seemed to agree, “leads to dictatorship” because it also implied the suppression of liberty in the interest of economic management. The risk of ending up under the dictatorship of the proletariat, even in a democratic form, was for Hayek simply too high.

Yet such a conclusion presents certain problems when examined in the light of other statements made by Churchill, and if the economic, social and housing policies pursued by his government during the first half of the 1950s are also taken into consideration. British Conservatives did not attempt to roll back the development of the new Welfare State, and neither did they seek to dismantle the policy

of nationalisation or challenge the Beveridge plan. Churchill certainly did not win the 1951 elections with an openly Hayekian manifesto, certainly not in the sense of denouncing the policies of the Attlee government as leading towards a Communist dictatorship. However, in major party statements between 1946 and 1948, he had vigorously denounced Labour’s policies, even to the point of warning that the British people were in danger because, as he put it in 1947, “everywhere and by every means” the machinery that would maintain totalitarian control over British society was being “built and perfected.” Yet during the electoral campaign of 1951, in an important radio broadcast speech of October 8, his position had moderated to the extent that the main message was no longer the threat of Communist dictatorship in Britain, but the need to find a way to avoid the imperilling of “our existence” through “bitter” class and party conflicts. This should not, of course, be taken as evidence that he had abandoned the liberal premises with which he had previously criticised the threat to liberty posed by the new state Socialism.

Leaving aside the populist message based on fears of Communism, Churchill is better understood if placed in the tradition of British Liberal reformism. Not in vain did he pay homage in the Commons, in March 1945, to Lloyd George, a speech in which he had displayed his satisfaction with the “line followed now by all modern parties” based on “social improvement and social security.” Moreover, he also acknowledged the firm mark that had been left on his own mind by Lloyd George’s preoccupation with the “numerous” dangers faced by workers in sickness and old age.

Thus, as the heir of the British Liberal tradition, Churchill was radically opposed to anything smacking of Socialism to such a degree because it involved, in ideological terms, an acceptance of egalitarianism; as he declared to the Conservative party conference on October 5, 1946, this would

mean forcing citizens to cease being free individuals, in order to become “a proletarian mass directed by the state.” Socialism, he concluded in 1948, was the philosophy of failure, the faith of “ignorance and the doctrine of envy.” A year earlier, and also at a party gathering, he had blamed the Socialist policies of the Attlee government for introducing “confiscatory taxes” only employed in “communist nations”; such taxes were, in his judgement, impoverishing an otherwise prosperous market-oriented nation.

Immediately after the war Churchill certainly got carried away somewhat by his own criticisms of Labour policies, and by a belligerent rhetoric that in certain instances became simply demagogic, especially when it seemed to be equating the situation in Britain with totalitarianism. Yet underneath this there was a firm defence of a social model based on what he referred to as the British tradition of Christianity, individual autonomy and freedom of trade. The pillars of this tradition were those of political liberalism which, according to Churchill, rested upon Britain’s “constitutional monarchy,” as well as the defence of “law and order” and impartial justice “administered by the courts” without interference or pressure from “the executive.” To this Churchill added the principle of a “property-owning democracy,” that is, that which stemmed from guarantees to freedom of enterprise and property, but was, as he best expressed it in Blackpool in 1946, inspired as far as possible by placing wage earners in the category of associates, rather than of non-responsible employees. According to Churchill, it was in the interest of wage-earners to have a range of alternatives at their disposal, rather than simply serving the single “all-powerful” state.

Nevertheless, Churchill also took care to clarify in the very same speech that one of the “main” objectives of the Conservative party was to promote all measures aimed at improving the health and social conditions of the people. Similarly, years later, in the run-up to an election, he would defend his

party’s record on building public housing, arguing that it was more efficient and extensive than that of Labour. Paradoxical as it may seem, in the spring of 1951, with the election close at hand, he claimed that it had been the Conservatives within the National government who laid the foundations for the “social programme” then in place. There was only one new idea in the programme of those who had led the nation down the wrong path (the Labour government): nationalisation. He continued to heap criticism upon Labour’s six years in government, which he asserted on July 21, 1951 had been “more damaging to our finances than Hitler.” Against what he labelled “doctrinaire socialism,” he sought to put forward the alternative of conservatism coloured by a firm attachment to social reformism.

In conclusion, Churchill believed that the advance of interventionism under Labour was undermining the basis upon which individual freedom rested, while also jeopardising the historical identification between Great Britain and liberal constitutionalism. He also remained a firm defender of private enterprise, and a man who understood the mechanisms through which free markets worked, enabling individuals to generate wealth and well-being while pursuing their individual interest. Yet there is no reason to believe that Churchill did not understand what Raymond Aron, a great analyst and admirer of British politics, explained as the need avoid imprisoning the great principles of political liberalism within the theoretical demands of economic liberalism. In fact, short-term electoral needs aside, Churchill’s policies as prime minister did not represent the radical departure suggested by some of his speeches, and the Conservatives’ return to power did not mean the end of state interventionism and redistribution. But then again, there is little doubt that Churchill would have found it difficult to accept Aron’s conclusion that “the peaceful competition for the exercise of power tends to accelerate the evolution of industrial societies in an egalitarian direction.”

Reflections on Winston Churchill

Sir Martin Gilbert

My search for Churchill's character has been continuous since 1962 – on my 26th birthday – almost fifty years ago, and in 1988, I published my single volume *Churchill: A Life*. What are the main features of Churchill's character that have struck me during my researches and writing? Although often portrayed as a confrontationalist, Churchill was often a leading conciliator. Even the suffragettes – whose violence in demanding votes for women before the First World War he strongly opposed (and one of whose male supporters struck him with a whip on a train to London) – were the direct beneficiaries of his Home Office decision to create, specifically for them, a category of special treatment as political and not criminal prisoners.

In 1908 Churchill settled a dispute of 14,000 striking shipbuilding engineers by introducing a permanent machinery of arbitration. That same year, the setting up of a national system of independent industrial arbitration the Standing Court of Arbitration was his initiative, as was also, in 1925, the establishment of the Irish Boundary Commission, which adjusted peacefully the Ulster/Free State border, which remains the border between Northern Ireland and the Republic of Ireland to this day. It was for his work as one of the main negotiators of the Irish Treaty in 1922, and his piloting of the Treaty through the House of Commons, that he was made a Companion of Honour (CH), as was, fifty-five years later, the British Prime Minister, John Major, for his part in carrying forward the Irish conciliation of the 1990s.

Although Churchill was not a confrontationalist, it does not mean that he could not speak his mind in the sternest terms when he saw grave danger for Britain. In December 1940, President Roosevelt sent an American warship to collect Britain's gold reserves from their safe keeping at Simonstown (a British naval bases in South Africa) and to take that gold to the United States to help pay for Britain's purchases on urgent war materials. Without that gold, the United States Treasury insisted, no further British war purchases would be allowed from the United States.

To prevent the gold from being taken from British control, Churchill sent Roosevelt one of the most difficult, most outspoken – and most effective letters – he ever wrote: “If you were to ‘wash your hands of us’ i.e. give us nothing we cannot pay for with suitable advances, we should certainly not give in, and I believe we could save ourselves and our own National interests for the time being. But we should certainly not be able to beat the Nazi tyranny and gain you the time you require for your re-armament...” Churchill added: “It is not fitting that any nation should put itself wholly in the hands of another, least of all a nation which is fighting under increasingly severe conditions for what is proclaimed to be a cause of general concern.”

If, Churchill wrote, he could some word from Roosevelt “showing us where we stand, and that the United States is going to supply us with the thousands of millions of dollars worth of munitions which we shall need in 1941 and 1942 if Nazi-ism is to be beat, I will gladly give directions for any gold in Cape Town to be put on board any warships you may send.” But he felt that “I should not be discharging my responsibilities to the people of the British Empire if, without the slightest indication of how our fate was to be settled in Washington, I were to part with this last reserve, from which alone we might buy a few months' food.”

Churchill knew that without United States support, it would be a long and uphill struggle to survive, let alone to see any prospect of victory over the Nazi war machine. In pleading for help from the United States, he made his feelings absolutely clear: he was never a person to prevaricate or dissemble. “Whatever happens,” he told Roosevelt, “we shall certainly not give in, and I believe we can save ourselves and our own national interests for the time being. But you will not, I am sure, mind my saying that if you are not able to stand by us in all measures apart from war, we cannot guarantee to beat the Nazi tyranny and gain you the time you require

for your rearmament. You may be absolutely sure that whatever you do or do not feel able to do, we shall go on to the utmost limit of our resources and strength. But I gravely fear that that strength unaided will not be sufficient to produce a world result of a satisfactory and lasting character.”

Churchill had no illusions about how hard it would be – if indeed it would be possible – to persuade the United States to give up its neutrality and enter the war against Germany. On the night of his plea to Roosevelt he told his Private Office: “The American Constitution was designed by the Founding Fathers to keep the United States clear of European entanglements – and by God it has stood the test of time.”

Churchill’s character has frequently been misrepresented, to the point of parody. While I was writing Volume Seven of the Churchill biography (covering the years 1942-1945) one of his secretary’s, Elizabeth Layton, responded to a fellow historian’s description of Churchill as “deeply ambitious, egocentric, often abominably selfish, difficult and ruthless” by sending a letter to the journal in which the comment had been published. This is what she wrote: “Many years have passed since those days, but memory has not faded. Ambitious? Yes, I suppose so; he could not otherwise have reached the pinnacle from which he inspired his country and the world. Egocentric and abominably selfish? No, these he was not, though he was quite frequently inconsiderate, impatient (but he could be patient too), and demanding. But if he demanded their all from those who served him, he never spared himself in his mighty task. Difficult? Yes, but nowhere near impossible; he was lovable, and one forgave him for being difficult. He had such an incredible storehouse of knowledge, such a quick intelligence, and yet something simple in his make up too, so that he could not always see when he was being funny – he was unconsciously so. Ruthless? Chambers defines this as ‘pitiless, unsparing’, and here again I must disagree – pitiless never, unsparing, possibly.”

On one occasion, Churchill said to Miss Layton: “You know you must never be frightened of me when I snap. I’m not snapping at you but thinking of the work.” This was said with a cherubic smile.

Another secretary, Marion Holmes noted in her diary while at the Prime Minister’s country residence, Chequers: “PM was concerned when he discovered Elizabeth and me working in the Hawtrey Room without a coal fire. ‘Oh, you poor things. You must light a fire and get your coats. It’s just as well I came in.’ He then lit the fire himself and piled it high with logs.”

Churchill was in many ways an egalitarian. In 1897, more than a century ago, He jotted down his thoughts on education. This is what he wrote: “The objects of government should be the equal education of the whole people, not the advantage of any one sect.” Ninety-five years later after Churchill wrote these words, on 22 January 1992, I was driving along in my car, listening to the radio, when I heard John Major say, to an interviewer: “Old fashioned prejudices and snobberies can have no place in education or society.”

Churchill has been called a warmonger, and denounced as such. Yet as a man fought as a soldier, and who led his nation in war, he always recognized and wrote about the grim face of war. In 1898, reporting from the Sudanese battlefield, he wrote: “I speculated on the shoddiness of war. You cannot gild it. The raw comes through.” Two years later, as a war correspondent at the war in South Africa, he informed his newspaper readers: “Ah, horrible war, amazing medley of the glorious and the squalid, the pitiful and the sublime, if modern men of light and leading saw your face closer, simple folk would see it hardly ever.”

Such thoughts never left him. In 1909, while an official guest German army manoeuvres, Churchill wrote to his wife: “Much as war attracts me and fascinates my mind with its tremendous situations – I feel more deeply every year – and can measure

the feeling here in the midst of arms – what vile and wicked folly & barbarism it all is.” When, in 1920, the British government – of which he was a member – contemplated war with the Soviet Union following the Russian invasion of Poland, he wrote, of the British people: “They are thoroughly tired of war. They have learned during five bitter years too much of its iron slavery, its squalor, its mocking disappointments, its ever dwelling sense of loss.”

In 1942, after having watch a Royal Air Force film of the bombing of the German city of Wuppertal, in which more than two thousand people had been killed – the highest civilian death toll in a single British bombing raid thus far, Churchill tuned to those watching the film with him, and remarked: “Are we beasts? Are we carrying this too far?” In 1953, reflecting on the predominance of bombing in warfare, Churchill told a friend: “On the whole I think I would rather have lived through our lot of troubles than any of the others, though I must place on record my regret that the human race ever learned to fly.”

Churchill never claimed to have been “the man who won the war”: he knew that it was the whole nation that had done so, at great cost in life and treasure, and that no individual could claim the victory. During a speech to coal miners on 31 October 1942, he said: “...some day, when children ask, ‘What did you do to win this inheritance for us, and to make our name so respected among men?’ one will say: ‘I was a fighter pilot’; another will say: ‘I was in the Submarine Service’; another: ‘I marched with the Eighth Army’; a fourth will say: ‘None of you could have lived without the convoys and the Merchant Seamen’; and you in your turn will say, with equal pride and with equal right: ‘We cut the coal.’”

In 1955, in answer to those who gave him the credit for Britain’s resistance in 1940, he said: “It was a nation and a race dwelling all around the globe that had the Lion’s heart. I had the luck to be called upon to give the roar. I also hope that I sometimes suggested to the Lion the right places to use his claws.”

Of mankind’s conflict with nature, Churchill was what we would now call an environmentalist. He expressed as early as 1929 his despair at the destructive capacity of human beings, telling his son, during a visit to Canada: “Fancy cutting down those beautiful trees we saw this afternoon to make pulp for those bloody newspapers – and calling it ‘civilization’.”

A believer and practitioner for half a century of parliamentary democracy, on his defeat in the 1945 General Election Churchill commented, of the voters: “They are perfectly entitled to vote as they please. This is democracy. This is what we have been fighting for.” Churchill has often been portrayed, during the post-1945 era, as a Cold War Warrior, breathing fire. Yet his “Iron Curtain” speech of 1946, at Fulton, Missouri, was in fact entitled: “The Sinews of Peace.” In it he declared: “I do not believe that Soviet Russia desires war. What they desire is the fruits of war, and the indefinite expansion of their power and doctrines. What was needed was ‘a settlement’ with Russia.”

In 1949, when the Cold War was at its height, Churchill set out his thoughts on the ending of Communist tyranny: “I do not believe that any people can be held in thrall for ever,” he told an audience at the Massachusetts Institute of Technology. “The machinery propaganda may pack their minds with falsehoods and deny them truth for many generations of time but the soul of man thus held entranced or frozen in a long night can be awakened by a spark coming from God knows where and in a moment the whole structure of lies and oppression is on trial for its life. Peoples in bondage need never despair.”

Was Churchill dictatorial, during his years as war-time Prime Minister? During the Second World War no one had more power – on paper at least – than he did. On 10 May 1940, having become Prime Minister, he appointed himself Minister of Defence. He made up his government from all three political parties: Conservative, Labour and Liberal. In January 1942 a vote of confidence against him was defeated by 437 votes to 1.

Having studied each wartime decision with which Churchill was associated, it is clear that, again and again, he was unable to assert his power or achieve his will. At Britain's most desperate time, with German troops advancing to the Channel coast of France – twenty-two miles from the cliffs of Dover – and German submarines sinking Britain's merchant ships, he was unable to persuade President Roosevelt to let Britain have forty old United States destroyers, needed to keep open Britain's transatlantic lifeline for military supplies and food. After – for Churchill – an anguished three months of telegraphic exchanges, Roosevelt finally agreed to send the destroyers in return for a 99-year lease by the United States on British naval bases in Newfoundland and the Caribbean. In the months when it was most needed, the power of Churchill's persuasive pen had failed.

Four and a half years later, Churchill and Roosevelt were both equally powerless in the face of the third member of the Big Three, Joseph Stalin. When, at the Yalta Conference in the Crimea in January 1945, Churchill and Roosevelt pleaded with Stalin to allow free elections in Poland once the war was over, the Soviet dictator agreed with a broad smile, and signed the necessary piece of paper. No sooner had Churchill and Roosevelt sailed away than Stalin tore up the paper, and arrested the Polish non-Communist politicians whom he had promised to allow to campaign for election.

In the early stages of the war, when Britain faced invasion, Churchill's power was curbed by events beyond his control: first and foremost by the pre-war neglect of Britain's air force and munitions production by the government that had excluded Churchill from any part in the decision-making process, and had mocked his warnings of the dangers that lay ahead.

Churchill was a brilliant advocate, able to use language to inspire and to persuade: but this power failed him in June 1940, as German troops swept to-

wards Paris, and the Italian dictator, Benito Mussolini, prepared to attack France in the rear. Churchill, putting pen to paper, sent a strong appeal to Mussolini, urging him not to strike the blow, and warning that if he did so, Britain would be increasingly aided in its fight by the United States. Mussolini ignored his warning. As a result, Britain had to face for two years the Italian army, navy and air force in the Mediterranean and North Africa, at great cost in lives and national effort. Churchill's pen did not have the power to avert the long struggle on which Britain and Italy were embarked.

Not only the power of his pen, but of his arguments, found their match with the Japanese. Twice before Pearl Harbor – in April and again in August 1941 – Churchill sent a personal letter to the Japanese Foreign Minister. Its aim was to persuade the Japanese not to attack the United States. In the letter, Churchill set out in details the reasons why Japan would not be able to win such a war, "if Germany should happen to be defeated, as she was last time." The overwhelming superiority of Anglo-American steel production once German was defeated was one factor Churchill stressed. His arguments, powerful and accurate as they were, were ignored. It was to take five years of brutal war before Japan paid the price.

Churchill never relished power for its own sake, understanding its limitations. "I cannot say I am enjoying being Prime Minister very much," he confided to one of his predecessors as Prime Minister, while German bombers brought death and destruction to Britain's cities, and he was powerless to halt them.

Supreme power eluded Churchill in World War Two, but, as his son Randolph wrote to him fifteen years after the end of the war, when his father was feeling low: "Your glory is enshrined for ever on the unperishable plinth of your achievement; and can never be destroyed or tarnished. It will flow with the centuries."

Two Letters For Spain

Carlos Abella Martín

Some years ago, I wrote an article about how surprised I had been to discover that such an eminent person as Winston Churchill should have written a letter of condolence to Manolete's mother on the occasion of the bullfighter's tragic death in Linares. The letter had been printed in a book published in the late 1940s, and I expressed my astonishment that something so important should have practically fallen into oblivion and been omitted in the most recent bibliography about the Córdoba bullfighter.¹ Not long ago I discovered that the letter to Doña Angustias had been preceded in May 1946 by another one from Churchill to Manolete himself, thanking him for sending him the head of a stuffed bull marked with a "V" on the forehead. This letter is in the possession of the Flores Camará family, who have kindly allowed us to reproduce it here.

Both letters clearly convey the esteem in which the British statesman held the bullfighter and the gratitude he felt on receiving the trophy, but I believe they are more than mere expressions of courtesy and that they might even be interpreted as proof that Churchill did not share the habitual prejudices of the English-speaking world towards bullfighting. This would have been quite normal because, like Hemingway, he loved extreme sports and admired personal courage; both letters make this abundantly clear. Furthermore, in his letter to Manolete he states that the gift had been sent to him by the breeder José Escobar, but that he wished to thank the person who had waged such a severe contest with the bull. In the subsequent letter to the bullfighter's bereaved mother, Churchill refers to the gift as a noble trophy won in the bullring.

There is an ample collection of photographs of the public ceremony where the British ambassador in Madrid was presented with the head of the bull "Perdigón". Among the guests in attendance are the Duke of Alba and the bullfighter Domingo Ortega, and the occasion seems to have been deliberately

seized by the supporters of the Allies as a chance to openly express their sympathies in a city where such opportunities were all too rare. Julio Caro Baroja has left us a reliable testimony of how, during the years of defeat early on in the war, sympathisers of England's cause—initially fairly thin on the ground—would gather in Madrid at the British Institute run by scholar Walter Starkie, and how when the tide changed many more people began to criticise Nazi Germany.² The presentation of the bull's head to Churchill, after victory had been won in Europe, took place during this latter period and therefore cannot be described as a heroic act. It was, however, a flagrantly political act and an affront to the Francoist administration, which had a hard time renouncing its initial sympathies for the Axis powers and its admiration for German culture.

Letter 1. From W. Churchill to Manuel Rodríguez "Manolete" (Flores Camará family. Seville)

Western 1617. 28, Hyde Park Gate. London SW 7. May 29, 1946. My dear Señor Manolete (ms). I received some time ago the head of a magnificent bull, which was sent to me by its breeder, Senor Don José Maria Escobar. The bull has a clearly marked "V" on its forehead, and was I am told killed by you at Valencia on V.E. Day. I want to thank you for the part you played in enabling me to be the recipient of this very pleasing expression of friendship and goodwill from Spain. Pray accept my congratulations on the happy result of what must have been a severe contest. Gracias mil. (ms) Winston Churchill (ms). Senor Manolete.

Letter 2. From W.Churchill to Doña Angustias Sánchez. (Whereabouts unknown)

October 10, 1947. Senora, I am most grieved to learn of your son's tragic death at Linares, and wish to send you the expression of my deepest sympathy. I was moved when I received the noble trophy of your son's superb skill in the bullring, sent to me on the occasion of our victory in Europe. I would wish to add my sincere condolences to all tributes which you have received. Yours faithfully (ms) Winston Churchill (ms).

¹ Córdoba, José Luis de, *Córdoba, cuna del toreo*, 1948. My article was entitled "Aspectos inéditos de la personalidad de Manolete" and was published in the journal *Taurológia*, issue 2, Madrid, winter 1990.

² Caro Baroja, Julio, *Los Baroja*, Madrid 1972, pp. 400 and ff.



Maniobras conjuntas con el Kaiser, 1913.
BRDW II 7/6. Reproduced with permission of Curtis Brown Ltd, London on behalf of the Broadwater Collection.





Churchill Archives Centre